

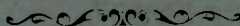
HOJAS DE LAUREL

POESÍAS PREMIADAS

EN MAS DE 40 CERTÁMENES LITERARIOS

DE

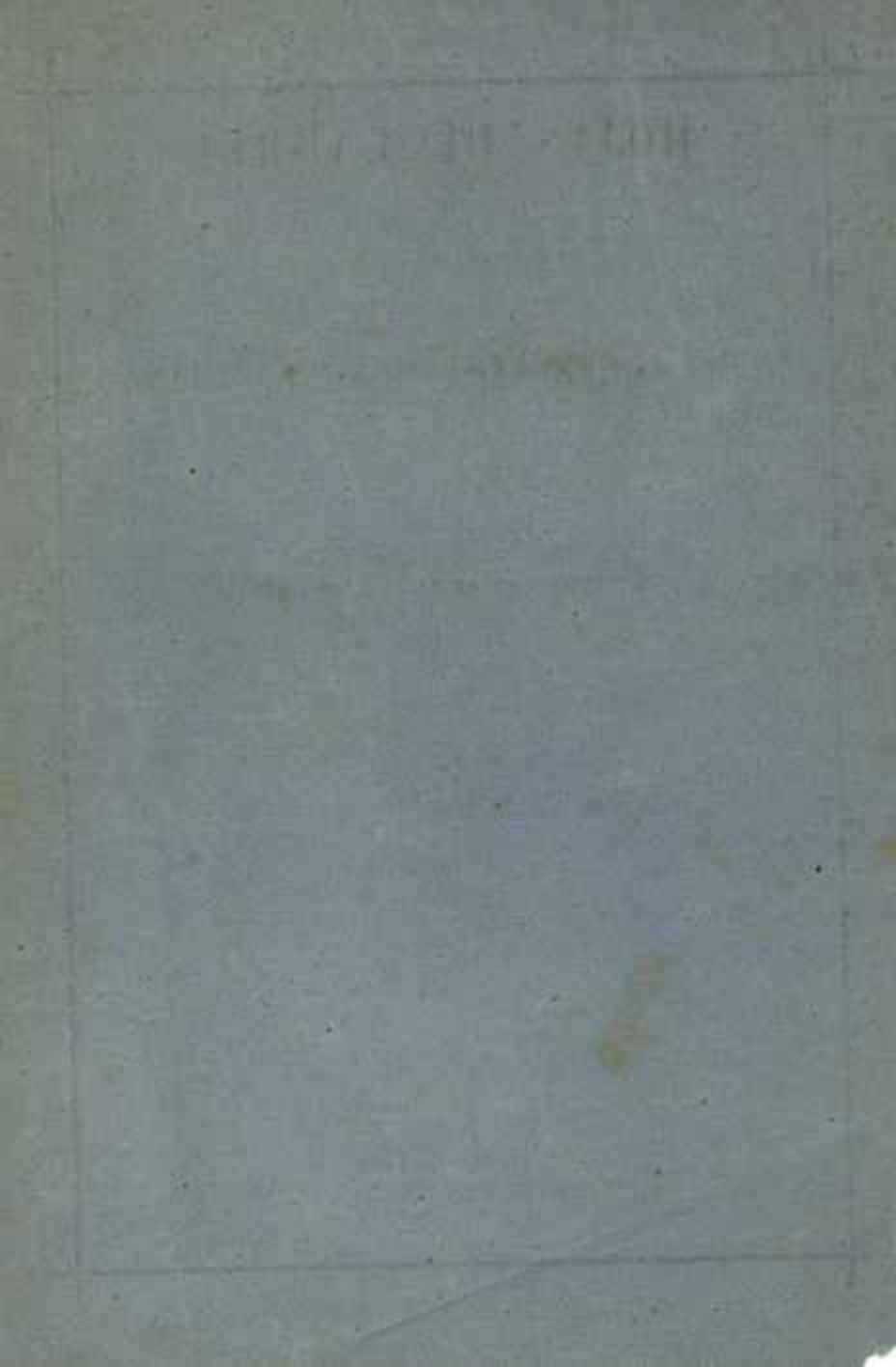
D. ANTONIO ALCALDE Y VALLADARES



MADRID:—1882

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE MONTEGRIFO Y COMPAÑÍA.

Bolsa, 8



XIX
3263

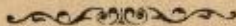
HOJAS DE LAUREL

POESÍAS PREMIADAS

EN MAS DE 40 CERTÁMENES LITERARIOS

DE

D. ANTONIO ALCALDE Y VALLADARES



MADRID:—1882

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE MONTENEGRO Y COMPAÑÍA,

Bola, 8

Es propiedad del autor.—Queda
hecho el depósito que marca la ley.

AL EXCMO. SR. D. RAMON GOICOERRETEA

MARQUÉS DE GOICOERRETEA

Queridísimo Jefe: el nombre de V. al frente de este libro le presta el mérito de que carecen sus páginas, y revela que la gratitud de mi corazón es tan grande como la consideracion y aprecio con que ha distinguido siempre á su mejor y más leal amigo.

Antonio Alcalde y Valladares.

1.º de Abril de 1882.

LA BATALLA DE BAILEN

ODA ⁽¹⁾

A MI QUERIDO AMIGO Y DISTINGUIDO PERIODISTA

D. JOSÉ MORALES Y RODRIGUEZ

¡Qué es de tu ayer, amada pátria mía!
¡quizás se han agotado
los rasgos de tu antigua bizarría!
¿Por qué en las sombras de la noche umbría
se pierde el esplendor de tu pasado?

¿Pasaron tus hazañas,
robando vida al varonil aliento
y arrancando el valor de tus entrañas
como arrancan las ráfagas del viento
el tronco secular de las montañas?

¿Por qué las flores marchitadas lloras,
perdida su frescura

(1) Esta poesía obtuvo el primer premio en el asunto histórico en los juegos florales de Burgos, celebrados el 29 de Junio de 1879. El premio consistía en un pensamiento de oro esmaltado.

y ya exhalados sus aromas puros,
por qué de piedra en piedra
va extendiendo sus ramas trepadoras
sobre tus viejos, carcomidos muros
la solitaria yedra,
mudo testigo de tus tristes horas?

Tus lauros, ¿dónde están? ¿dónde se han ido
aquellos héroes en las lides rayos
que asombraron al mundo y las historias?
¿Dónde están los Guzmanes y Pelayos,
y dónde el Escorial, tumba de glorias?

¿Dónde están los indómitos gigantes
que al romper las columnas herculanas
que el universo limitaban antes,
intrépidos cruzaron
el mar de Atlante hasta la opuesta orilla,
y á los bosques de América llevaron
el nombre y los confines de Castilla?

.....
¡Ay noble pátria!... Aún quedan en tu suelo
restos de aquellos hombres
que hicieron retemblar bajo sus pasos,
los frágiles cimientos
de la tierra feliz que vió sus nombres
por el mundo volar sobre los vientos!

¡Pensaban que á sus duelos sucumbiera!
¡Pensaban, que al solaz de sus vergeles,
acaso se durmiera
soñando con sus triunfos y laureles!
¡Pensaban que al rumor de impura orgía,
olvidando su suerte,
cual nuevo Baltasar, encontraría
la negra mano que escribió su muerte!

¡Ah! No; jamás. Abierto, ancho camino
le enseña el porvenir, y en él escribe
sus páginas brillantes el destino.
Miradla despertar: fresca revive:
es una flor que brota en la montaña
cuando las nieves el Abril deshace:
¡Quién duda que esa flor es ¡ay! España
que de entre el polvo de sus triunfos nace!

Sí; ya amanece la risueña aurora
que con las mágicas tintas purpurinas
las altas crestas de los montes dora,
y embellece las pálidas ruinas.

Ella es el astro de vital consuelo
que alumbra la esperanza
que hermosa brilla en nuestro pátrio suelo;
y antes que el pueblo en la piedad se inflame
é inspire en la templanza,
lo encienda con el rayo de venganza
que ahogue y confunda la traicion infame.

Por eso entre sus iras y rencores
el pueblo corre, desgarrado el pecho,
á defender su casa, sus amores,
y la pureza de su casto lecho.

.

Ya sus pendones con valor despliega:
ya su bravura y su valor recobra,
y al júbilo se entrega,
ya se acaban sus dudas y zozobra,
y al siniestro rumor que escucha y siente
se muestra cada vez más arrogante,
y con la imagen del honor delante
provoca al enemigo frente á frente.

¿Oís su voz? Por el tirano herida
grita la pátria ante el traidor sin miedo,
que nunca se intimida,
ni de horrible borrasca á la fiereza,
el pueblo que en sus sienes, con denuedo
ostenta el resplandor de su grandeza.

Fiado en la amistad, que es tan sagrada⁽¹⁾
para las almas que el honor escuda,
durmióse ante el peligro, sin que nada
sospechase jamás; pero sañuda
el águila imperial turbó traidora
su lánguido desmayo,
donde alumbróle la sangrienta aurora
que la noche rompió del *Dos de Mayo*.

Rabioso el pueblo á la venganza corre,
ruge en su pecho el cráter de la ira,
en tanto que insidiosa
el águila los ámbitos recorre,
el luto siembra, y por doquiera gira
revolcándose en sangre generosa.

¡Y quién se atreve á detener el paso
del invencible Corso, á cuyas plantas
las naciones vencidas se revuelven;
del héroe que, cruzando las gargantas
de los helados Alpes, que aún envuelven
el sol de Mayo en sus nevadas cimas,
humilla el Vaticano;
consigue en Austerlitz triple victoria,
del Vístula se torna en soberano,
y arranca á las Pirámides su gloria!

¡Quién se atreve á luchar! Quien ¡ay! enfrena
esa tormenta que arrojó el acasol
¡Dónde hay un pueblo convertido en hiena!

que pueda al tigre detener el paso!
¡Dónde está el pueblo que, en gigante lucha,
el vuelo audaz del águila detiene,
que con rabia infernal y fúria loca,
por las ásperas cuencas del Pireneo
la obligue hasta rodar de roca en roca!

¡España sólo!... Con su férrea mano
rompió la intolerable ligadura
con que sujeta el pérfido tirano
á los pueblos que oprime,
dando ejemplo, á la Europa, de bravura,
de pátrio amor y de virtud sublime.

Mántua arrancó del invasor sangriento
la máscara insolente
con que ocultaba hipócrita su intento,
y puesta frente á frente
del imperio feroz, á cuyo ultraje
sublevó las católicas conciencias,
halló que con su espíritu salvaje
pugnaban nuestras férvidas creencias.

Y ya nada bastó: do quiera buscan
armas con que luchar, mientras los gritos
penetran del dolor en sus hogares;
los pueblos ¡ay! con el ardor se ofuscan,
y por la pátria y religion benditos
á defender se lanzan sus altares.

Y ni miran que, lobos sin entrañas,
se desbordan las huestes altaneras
vencedoras quizás en cien campañas;
que talan nuestras plácidas riberas,
que asolan nuestras fértiles campiñas,
que queman nuestros bosques florecientes,

que nuestros templos roban y saquean,
que la sangre derraman á torrentes
y en todas partes con horror campean.

Mas ¡ay! no importa que en traidora liza
recorran con instintos inhumanos
la comarca que el Tajo fertiliza
hasta tocar los montes Marianos,
donde quizás entre el silbido horrendo
que lanza el viento que en los pinos zumba
esté el Betis abriendo
¡su inmensa ambicion perpétua tumba.

¿Le veis allí? La intrepidez le impone
de la hispana legion que altiva avanza
y á sus designios con valor se opone.
Perdida la esperanza
de dominar la codiciada tierra
cuya riqueza y esplendor le asombra,
forma sus huestes, deja atrás la sierra,
y sale silencioso entre la sombra.

«Ese es Dupont, las torres almenadas
de Bécula murmuran á su paso,
y el eco funeral de sus pisadas,
como triste y fatal remordimiento
que revela el rigor de su destino,
»Ese es Dupont, repite por el viento
y sigue repitiendo en su camino.

Dupont detiene su atrevida huella;
quiere retroceder, pero es ya tarde,
y tiene al fin que soportar su estrella
que por última vez apenas arde.

«¿Quién se pone delante? ¿Quién se atreve
»á disputar el triunfo á mis legiones
»y hasta con ellas temerario cierra,
»que han dejado la Europa hecha girones
»sembrando de cadáveres la tierra?»

Dijo Dupont, mientras airado vuelve
su soberbio corcel, y ardiendo en saña
cual tigre carnívoros se revuelve
contra el león mortífero de España.

Mas era tarde: con marcial desnudo
el soldado español se enseñoorea
de los cerros cercanos, y sin miedo
al imperial ejército rodea.

Dupont, al hado y al honor sumiso,
forma en columna y detenerse manda,
después de comprender que le es preciso
ó triunfar ó morir en la demanda.

Allí ve la verdad; porque asombrado
contempla al enemigo frente á frente,
que le estrecha con ímpetu bravío
avanzando cual rápido torrente:
entonces, con la cólera y el brío
que prestan el valor y hasta los años,
á sus tropas gritó con arrogancia:
«mirad, ese es Castaños;
»¿jurais llevarlo prisionero á Francia?»

Ni una palabra más: la hispana gente
á su coraje y su rencor cediendo
como alígera tromba los arrolla,
formando extensa impenetrable valla,
que, en medio de los gritos y el estruendo,

á romper no llegó ni la metralla
que horrisono el cañon iba esparciendo.

Cual onda fiera de la mar turbada
que, al rudo empuje de huracan violento,
al mísero bajel combate airada,
y á su bárbaro choque turbulento
lo rompe y lo destroza,
y cuando más resiste en su porfía
lo hunde en los antros de la mar bravía;
así el valiente castellano embiste,
contra el fiero invasor que acuchillado,
como lobo carnívoro resiste,
sus filas desbarata denodado,
y al sonoro escapar de sus corceles
los escuadrones galos desordena,
y arrastra por el polvo los laureles
que antes ganaron en Marengo y Jena

Impávido el francés ruge de ira
contra el sino fatal que le persigue,
y en torno suyo irreverente gira
sin que el pasado su dolor mitigue:
dobla su esfuerzo, sus columnas lanza
cual torbellino que huracan impele;
hiere, mutila, se retira, avanza,
y el hierro con el hierro lo repele.

¡Fiero momento aquel!... Horas fatales
en que todos luchando se confunden
entre el humo que sube en espirales;
el plomo abrasador hiere los vientos
con sus silbidos que el terror infunden,
relinchan los caballos, los clarines
exhalan sus agudas armonías
que repiten los últimos confines:

los sables cimbradores
despiden chispas al chocar cortantes,
y al ronco redoblar de los tambores
gritan los combatientes jadeantes.

Truena el obús y luminosa comba
describe por el aire enrarecido,
al tiempo de estallar la hirviente bomba.

Resuena el alarido
del pobre moribundo
por todas partes, triste y lastimero,
que se despide con el ¡ay! postrero
de las venturas que soñó en el mundo.

Cual tempestades que el averno arroja
y en la preñada atmósfera suspensas
á impulsos de encontrados aquilones
que rompiendo sus túnicas inmensas
las arrastran en fúnebres girones
y desgarrando sus profundos senos
iluminan los ámbitos celestes
entre rayos, relámpagos y truenos,
así al juntarse las retadas haces
en medio á tanto horror y estruendo tanto
los abismos recónditos retumban,
retiembla el suelo con fragor y espanto
y los cielos parece se derrumban.

Ni unos se rinden ni los otros ceden;
pero la muerte á todos los confunde,
y muchos caen porque siquiera pueden
sufrir el fuego que el cenit difunde.

Estremece mirar la roja tierra
sembrada de despojos ¡ay! humanos,
tributo infando de homicida guerra,
ofrenda á la ambicion de los tiranos.

Al soberbio francés, nunca vencido,
ni la muerte ni el hierro le amedrenta,
y al bélico rüido
en que su fama y su valor ostenta,
redobra su furor, relucha, hiere,
y en medio del estrépito tremendo,
ante el soldado que matando muere
van su coraje y su rencor creciendo.

El águila voraz, pérfida, artera,
tinto en sangre el fatídico ropaje
grita y se desespera,
y en frenético ardor arrebatada,
tanta virtud sobre el soldado ejerce
que éste muere á los filos de la espada
y al morir con la espada se retuerce.

Mas ya no hay salvacion; el sol candente,
los secos campos con su fuego arrasa
y el galo audaz con su tostada frente
sucumbe por la sed que ya le abrasa.

Reding en tanto, enronquecido, negro,
por el polvo y el sol que sofocante
incendia aquella atmósfera abrasada,
abriendo ancho sendero va delante
con el tajante filo de su espada:
así del valle se remonta al cerro,
cuando concibe la feliz idea
de cerrar con un círculo de hierro
al aturdido galo que aún pelea.

Por eso las legiones, que cargadas
vieron siempre de lauros y coronas
las márgenes del Sena afortunadas,
retroceden allí, viendo asombradas
que los héroes visos son atletas,

que con arrojo y prepotente brío,
á un lado les presentan bayonetas
y al otro lado el valladar del río.

«¡Somos vencidos!...» Con feroz semblante
y triste acento, en su dolor exclama
el altivo francés en el instante
que mira lentamente
al Bétis arrastrar en su corriente
su sangre, sus soldados y su fama.

«¡Estoy vencido!» el inmortal guerrero
exclamó al ver temblar con su corona
el invencible pomo de su acero:
y al ver con pena su laurel marchito,
iba el rauda Garona
repitiendo también su triste grito.

Y el soldado tembló, viendo perdidas
sus ínclitas hazañas,
y las brillantes glorias adquiridas
con sangre y con valor en cien campañas.
Por eso con el ódio y la vergüenza
grabados en sus tétricos semblantes
espejos de sus fieras agonías,
aquellos bravos que á su patria dieron
tantas victorias en mejores días,
con el alma quizás hecha pedazos
mientras de rabia en su interior rechinan,
las armas rinden, crúzanse de brazos
los ojos bajan y la frente inclinan.

.
¡Victoria! grita el aguerrido ibero
con himnos de alegría
que repiten los campos andaluces
con mágica armonía.

¡Victoria! exclama el castellano invicto,
en su entusiasmo ardiente,
haciendo al eco de las brisas coro
y bendiciendo al génio de la guerra,
mientras al son del cántico sonoro
el triunfo de Bailen corre la tierra.

¡Cuánto estos hechos, que el valor inspira,
el patriotismo y el honor levantan
en que el ardiente corazón respira!
Ellos también decantan
la fé de nuestros pechos generosos
al mundo todo con razón diciendo:
«que es grande la península española
»venciendo con Gonzalo en Cerignola
»ó con Gravina en Trafalgar muriendo.»

El sol ¡ay! de Bailen fué la esperanza
primera que brilló en el horizonte,
al orbe concitando á la venganza
contra el famoso capitán del siglo,
que al fin de sus conquistas y proezas
sujetaba á sus plantas las naciones
afirmando su imperio con cabezas
y lavando con sangre sus pendones.

Allí nublóse la constante estrella
que tantas veces alumbró fulgente
su victoriosa huella:
allí cayó impotente
el poder que los pueblos respetaron
víctimas de afrentoso cautiverio;
allí se marchitaron
las bellas siemprevivas del imperio
que el universo contempló de hinojos;
y allí, al recuerdo de su honor, brotaron
las lágrimas primeras de sus ojos.

Allí empezó la triste decadencia
del hombre afortunado
que hasta la gloria le meció la cuna;
del que, en la instable humanidad fiado,
al hollar nuestra santa independencia
vió hundirse el pedestal de su fortuna
y perderse el presente en el pasado.

Allí tras el encono!
que tanto al débil corazon arredra,
de las marmóreas gradas de su trono
vió desprenderse la primera piedra.

España fué la que, al lanzar un reto
con fiero impulso y corazon bizarro
al héroe, que sujeto
llevaba el orbe á su triunfante carro,
le mancha sus recuerdos y aureolas,
su poder encadena,
y entre el ronco bramido de las olas
le señala una tumba en Santa Elena.

Por eso ya, cuando con férrea mano
rompió la amarga copa
que entre el martirio le brindó el tirano,
España al mundo su valor imprime,
ejemplo dando á la aterrada Europa
de pátrio amor y de virtud sublime.

FIN:

A LA PURISIMA CONCEPCION

ODA (1)

Á MI QUERIDO AMIGO EL EMINENTE POETA

DON ANTONIO ARNAO

(Novi quod pulchra es, mulier.)
(Génesis, cap. 12, Ver. 11.)

Dáme, Señor, la voz atronadora
Que, cruzando los ámbitos celestes,
Domina á la tormenta rugidora:
La que, rasgando la azulada esfera,
El rayo enfrena, al viento desafia,
Sobre el bramido del volcan impera,
Y el son apaga de la mar bravía.

Dáme la voz grandiosa
Que, llevando los ecos de tu nombre,
Cayó sobre el pecado de improviso,
Y condenando por rebelde al hombre
Por su mal lo arrojó del Paraiso.

Dáme el aliento que impulsó la mano
Que sobre el muro fuerte

(1) Esta poesia obtuvo el primer premio en el tema religioso en los Juegos florales celebrados en Búrgos el 29 de Junio de 1879. El premio consistia en una corona de plata y oro.

Trás el que impura bacanal se oía,
Con negras sombras escribió la muerte
En el festin de Baltasar un día.

Dáme la voz de fuego,
Que impuso el sacrificio de su hijo
Al Patriarca y le contuvo luego;
Que esparciendo relámpagos y llamas
Estremeció el Siná, y con entereza,
Dictó á Moisés en su fervor profundo
Las leyes de tu amor y tu pureza,
Que son las leyes de moral del mundo.

Dáme el arpa sonora
De regalada y mística armonía,
Que hizo sentir magníficos cantares
Cuando al rayo benéfico del día
Que quebraba su luz sobre los mares,
Te vieron los querubas
Romper de tu sepulcro el cautiverio,
Cruzar los vientos, taladrar las nubes,
Y alzar tu trono en el divino Imperio.

Quiero cantarte, madre soberana,
Y para alzar mi canto á las estrellas
Con que tu frente pura se engalana,
Necesito las arpas virginales
Que te celebran en el santo coro,
El eco de las iras celestiales
Que por su impura y vieja idolatría
Los muros ¡ay! de Jericó derrumba,
O el grito universal que tiene un día
Que levantar los muertos de la tumba.

Quiero cantarte y siento en mi alegría
Temblar mi sér bajo dolor profundo,

Porque tanta grandeza, madre mia,
No cabe ni en mi canto, ni en el mundo.

Deja que yo la majestad adore
Con que el amor de nuestra vida encantas,
Deja que yo tu bendicion implore
Postrado humilde á tus divinas plantas

.
.

¿Por qué tú sola exenta de pecado,
La sien orlada de azucenas llevas
Hasta el trono de Dios inmaculado,
A donde el casto corazon elevas?

¿Por qué se ostenta de esplendor ufana
El alma hermosa que en tu sér palpita,
Blanca como el albor de la mañana?
¿Por qué, Mujer, ni tu virtud marchita
Ni empaña el brillo de tu escelso nombre,
Ni tu rubor profana
El estigma fatal del primer hombre,
Que es el estigma de la raza humana?

¡Ay!—porque Dios en su poder inmenso,
El Nuncio te envió que en tus hogares
La santa luz de la infinita gracia,
Vertió á torrentes, porque tú, María,
Santificada en vida fuiste sola,
Preservada de la culpa impía
Que encontró su Jordan en tu aureola:
—Porque fuiste escogida, y Dios por eso,
Glorificada te elevó á su trono
Entre el cariño del materno beso:
—Porque los siglos que pasaron antes
Y en la insondable eternidad se ahogaron

Para nunca volver, en sus brillantes
Páginas ¡ay! grabaron
Que de la casa de Judá vendría
La Virgen adorada
Que al soplo del Señor concebiría
Quedando al concebir inmaculada.

Porque al tomar la carne Jesucristo
Para romper los lazos criminales
En que la triste humanidad gemía
El fin de sus locuras mundanales,
El Angel, con espíritu sereno,
Te anunció en tu retiro solitario
Que iba á elegir tu inmaculado seno
El alma del Señor para Sagrario.

Y por eso al sentir que palpitaba
Tu virginal regazo
Con el divino sér que de él brotaba,
Sin manchar el pudor de tu alba frente,
Sin rasgar tu inocencia,
Ni ajar el caliz de la flor naciente,
Ni empañar al cristal su transparencia,
El Hijo reverente
Clavó los ojos en su tierno Padre
Con mágico embeleso,
Y dijo al mundo al imprimirla un beso:
«Mi Madre es á la vez *Virgen y madre*».

Y el universo entero, en la esperanza
De lograr ese bien que solo el bueno
Por el camino de la gloria alcanza,
Dejó su senda oscura,
Y en júbilo tornando su quebranto
Cantó á la Virgen pura

Que á España cubre con su régio manto,
 Y admiraron las Vírgenes la estrella
 De aquella Vírgen de hermosura tanta
 Que nunca el Cielo la admiró tan bella;
 Su voz la iglesia con fervor levanta,
 Y entre los arcos de su cláustro inmenso,
 El Divino Pastor la canta y reza,
 Y en blancas nubes de oloroso incienso
 Envuelve su pureza.

El dogma de la fé se alza esplendente,
 Sus rayos esparciendo
 Sobre la vieja humanidad creyente,
 Que á impulso de su aliento soberano
 Humilde se prosterna,
 Adorando en la Cruz del Vaticano
 La realidad de la virtud eterna.

Los Angeles la adoran y le cantan
 Himnos sin fin en el celeste coro,
 Y el frís lo iluminan y abrillantan
 Con los fulgores de sus alas de oro.

El sacro Empíreo con su voz gigante
 Alfombrando tus piés con su corona
 De pórfido y diamante,
 En tanto que amontona
 En tu solio sus lauros y que ensancha,
 Las puertas de su imperio;
 «Esa mujer, exclama en su misterio,
 »Es Madre y Vírgen y quedó sin mancha.»

Madre del alma, incomparable perla,
 Que entre la pompa celestial resalta,

La que adivina el corazon sin verla;
La que de Cristo la diadema esmalta.

Madre del corazon, que santificas
Al pecador en tu cariño intenso,
Que al alma pervertida purificas
Con las venturas de tu amor inmenso;
Tú eres tan pura como el manso ambiente
Que apaga los suspiros de la tarde
En la corola de la flor riente,
Como el lucero que en las nubes arde,
Y refleja en las rosas de tu frente.

Magnánima beldad, bálsamo santo
Que las llagas del pecho cicatriza;
Vencedora del ángel del espanto,
Jazmin que el universo aromatiza:
Lámpara eterna cuya ardiente lumbre
En penachos flamígeros ondea;
Palma de Cades que, en la enhiesta cumbre
Del Líbano feraz se balancea.

Estrella, que en su mágico retiro
Sus rayos brillan cual radiantes faros,
Más linda que la púrpura de Tiro,
Más pulcra que los mármoles de Pharos;

Cruzan los vientos rápidas las aves
Sin dejar una ráfaga tras ellas,
Pasan ligeras por el mar las naves
Sin grabar las señales de sus huellas,
Bate la esfera rebramando el viento
Sin dibujar su paso por la altura
Y el sol por el cristal, pasa y su aliento
Ni empaña su tersura;
Así pasó, pero al pecado ageno,

Como emblema etenal de tu grandeza,
El casto amor de tu inocente seno
Por el limpio cristal de tu pureza...

Madre de la piedad, que siempre has sido
 Consuelo del que llora,
 Amparo del caído,
 Fresco raudal para el viajero errante,
 En la noche del bien fúlgida estrella,
 Puerto de salvacion del navegante.

Palmera de Sion, que corta el vuelo
 Del águila altanera
 Que anida entre las rocas del Carmelo,
 Que ofreciendo al Señor noble tributo
 Rinde á sus piés su verde cabellera
 Con las primicias de su rico fruto:
 Copo de blanca nieve,
 Que al viento purifica en la montaña
 Siempre que sus carámbanos remueve,
 Cuando en sus hilos congelados bebe,
 O en su concha argentífera se baña;

Rosa de Jericó siempre hechicera,
 Pura como la espuma
 Que va dejando el mar en su ribera;
 Flor delicada que el Eden perfuma
 Y viste de colores,
 En magnífica eterna primavera
 De verdes campos y lozanas flores;

Violeta solitaria
 Que, á los pies de la cruz bañada en llanto,
 Rezaste melancólica plegaria
 Cuando viste cerrarse en tu quebranto
 Del Hijo muerto los helados ojos,

Apagarse su pecho,
Y sucumbir en su afrentoso lecho
Coronada la frente con abrojos;
Blanca y dulce paloma
Que goza en paz de venturosa calma,
Que lleva un nido de virtud y aroma
En las fibras purísimas del alma;
Arroyo cristalino
Que manso corre y placentero riega
El nardo que en sus márgenes florece,
Y en cuyas ondas susurrante juega
La blanda brisa que las plantas mece.
Madre del corazon, Virgen bendita,
Que endulzas nuestras horas de amargura;
En cuyo aliento la virtud palpita
Y en cuya frente la verdad fulgura:
Astro de bendicion; lucero santo
Que el alma envuelves en fulgor divino,
Que enjugas ¡ay! al corazon el llanto
Y le siembras de flores el camino.

Sé en nuestra sombra refulgente aurora,
Iris de salvacion en las borrascas,
Bálsamo celestial en nuestros males,
En los sueños de amor luz y ventura,
Dulce puerto de paz, vida de calma,
Mágica luna en nuestra noche oscura,
Santo consuelo en el dolor del alma.

Tú, que en las horas de afliccion y duelo
Conjuras el peligro que amenaza
A éste tu noble agradecido suelo;
Tú, cuyo amor incomparable traza
La senda salvadora
Del pueblo que te reza en sus altares
Y te elige su santa Protectora;

Tú, Virgen pura, á cuya luz se enciende
 La fé de la virtud que te acompaña,
El régio manto de tu gracia extiende
Sobre el creyente corazon de España.

Y en el mundo de la vida y de la gloria
 Que lleva en nido de virtud y amor
 En las flores purísimas del alma:
 Arroyo cristalino
 Que manna corre y placentero riega
 El campo que en sus márgenes flores
 Y en cuyas ondas resplandece
 La blanda brisa que las plantas mece
 Madre del corazón, Virgen bendita,
 Que endulzas nuestras horas de angustia:
 En cuyo aliento la virtud palpita
 Y en cuyo frente la verdad fulgura:
 Astro de bendición; incensario santo
 Que el alma envuelves en fuego divino
 Que engrajas rayo al corazón el llanto
 Y le enseñas de luz el camino.

FIN

Sé en nuestra sombra resplandiente aurora
 Iris de salvación en las tormentas
 Bálzamo celestial en nuestros males
 En los sueños de amor las y vigilias
 Brice puerto de paz, veda de calma
 Música lina en nuestra noche oscura
 Santo consuelo en el dolor del alma.

Tú, que en las horas de aflicción y duelo
 Conjurás el peligro que amenaza
 A este in nido de virtud y amor
 Tu, cuyo amor incomparable traza
 La senda salvadora
 Del pueblo que te ama en sus afanos
 Y te elige en santa Protectora.

A LA LIBERTAD

ODA (1)

A MI QUERIDÍSIMO PRIMO DON JOSE MARIA ALCALDE

Nunca la noche lóbrega y sombría
Pudo ahogar en los pliegues de su manto,
La luz brillante de tu hermoso día
Ni el resplandor de tu risueño encanto:
Nunca sobre tu seno,
Puro como el aliento del ambiente
Que á veces gime sobre el mar sereno,
Pudo la rabia loca,
Que siempre en la virtud su diente clava,
Sobre tus lauros estampar su boca
Ni salpicarte con su inmundicia baba.

Jamás en la impotencia
Con que revela el corazón gastado
El secreto fatal de su influencia,
Pudo enfrenar cobarde
Tu mágico ardimiento,
Ni ahogar la luz que en tus altares arde,
Ni empañar tu pureza con su aliento.

Desde el rincón oscuro
Donde las dudas de mi suerte sigo
Envuelta en las miserias de la vida,
Que á veces miro caminar contigo

(1) Esta poesía obtuvo el primer premio, consistente en una pluma de plata, en los Juegos Florales celebrados en Santiago de Galicia el 25 de Julio de 1880.

Con la esperanza herida,
Hermosa libertad, yo te bendigo.

¡Cuántos en tus despojos
Eternas penas para siempre vieron
Y aún lágrimas quizás para sus ojos!

¡Cuántos te aborrecieron
Y de su saña en el funesto lujo
Escribieron con sangre tu reinado,
Atribuyendo á tu fatal influjo
Los males del presente y del pasado!

¡Cuántos tambien con intencion impía
Quisieron marchitar tus esperanzas
Con fiera alevosía;
Y en las tristes mudanzas
Que impone la fortuna, hasta el veneno
Hacerte ¡ay! apurar villanamente
Arrastrando tus glorias por el cieno
Y arrojando calumnias á tu frente.

Mas, ¿qué te importa el huracán bravío
Ni el trueno horrible que en sus alas ruge,
Ni el rayo que se engendra en el vacío
Ni el vasto incendio que á tus plantas cruge;
Ni qué, el eterno encono
De los que siempre ven tras de tus huellas
Odiosidad y sangre y abandono,
E inagotable fuente de querellas?

De los que al ver tras su dorado encaje
Aparecer tu aurora y su misterio,
Del horizonte azul entre el celaje
Desdeñan el imperio
Que ejerces en el mundo, y te maldicen
Sin ver lo que tú vales
A pesar del horror que te rodea.

¡Qué culpa tienes tú de nuestros males
Ni que el hombre te admire y no te crea!
Con tu grandioso manto,

Azote siempre del tirano impío,
Escude salvador, lábaro santo,
¿No estendiste tu inmenso poderío
A todos los confines de la tierra?
Con él embelleciste al Capitolio,
Por él Cartago llora entre ruinas.
La gloria brota del britano sólio,
El capitan del siglo muere errante,
Eternizas las glorias numantinas
Y traspasas las olas del Atlante.

¡Oh noble España! Tu valor acaso
Puede temer de tan fecunda idea
La luz sublime ni el divino paso!
¿Su rayo no hermosea
El sentimiento grande de la historia
Que llena el alma de su ardor profundo?
¿Acaso, pues, la libertad y gloria
No pueden hérmannarse en este mundo?

¡Hermosa libertad!... tras el ruido
Que en tu marcha triunfante siempre llevas,
Ni tu beldad ni tu virtud olvido:
No importa que conmuevas
Las naciones con él y los imperios
Que acaso se estremecen á tu nombre
Presintiendo su muerte ó su ruina,
Y es porque abusa de tu gloria el hombre
Y mide el bien por su pasion mezquina.

Es cierto, sí; que en nuestra eterna lucha
El principio y la fé no se respetan
Ni se rinde homenaje á la justicia.
Las almas al honor no se sugetan,
Y apenas tus albores
Asoman, libertad, ya la malicia
Convierte tus venturas en horrores,
Torna en venganzas tus valientes bríos,
La quietud de los pueblos amenaza,

Hace tuyos sus locos extravíos
Y á tu sombra las leyes despedaza.

¡Ay! cuando el sol de la verdad preclaro
Nuestra obcecada mente fecundice
Y se acoja también bajo tu amparo
El que en oscura soledad maldice
Tus fúlgidos reflejos,
Ya en una vida de profunda calma
Tal vez podremos divisar de lejos
El suspirado porvenir del alma.

Tal vez entónces la virtud querida
Con álito profundo,
En su feliz y rápida partida
Lleve la paz y la ventura al mundo.
Quizás cuando te vean
Hermosa y pura relucir entre ellos,
Los hombres ya te crean
Y admiren tus magníficos destellos.

En la anchurosa tierra
Que inspiracion profunda
No partió de tu fé?... ¡Oh cuánto encierra
De grande acaso, cuanta luz fecunda
Sobre su faz se agita
En tí el amor la bebe:
Y aún la creadora mente que palpita
A tí también su inspiracion te debe!
¡Oh! ¿No aspiraron tu divino aroma
En Navarino, Grecia,
Y los potentes Cónsules en Roma?
¿No llevastes al alma de Lucrecia
La virtud y el amor?... ¿No fuiste amada
De la hermosa Virginia que no quiso
Vivir sin libertad? ¿En tus altares
Caton no halló para su muerte encanto?
¿No dedicó la Estrella de los mares
Por tí á Israel su inolvidable canto?

Cuando escuchó llorar entre cadenas
 A su pátria infeliz esclavizada
 Por el soberbio vencedor de Atenas,
 Leonidas valiente,
 No te invocó con entusiasmo ciego,
 Muriendo en las Termópilas valiente
 Al noble impulso de tu sacro fuego.

Cuando tu estrella comenzó á eclipsarse,
 Y tu brillante luz miraba á Italia,
 Bajo el cetro de César apagarse,
 El poeta de Córdoba no gime,
 Llorándote en los campos de Pharsalia
 Con su divina inspiracion sublime?

Tu espíritu no inflama
 Al Justicia infelíz, que en su delirio
 Tu santo imperio en Aragon aclama
 Entre el dolor horrible del martirio?

Tu mágica bandera desplegando,
 Padilla acaso en Villalar no sella
 Con su sangre tu amor allí espirando
 Abrazado en su júbilo con ella?

Pero cómo olvidar lo que tú vales,
 Ni tu grandeza que celebra el suelo
 En himnos celestiales!

Tal vez por eso en el profundo duelo,
 Cuando en sus horas últimas sentía
 Su cuerpo reclinarse en el sudario,
 En el ronco estertor de su agonía
 Cristo te proclamó desde el Calvario!

¡Oh! yo te admiro, y en mí afán á veces
 Te canto con el alma, y te deseo
 El altar en la pátria que mereces.

Yo tus grandezas creo,
 Comprendo tu bondad, mas no te asombres
 Que siempre que tus rayos se divisen
 Al ostentar su ingratitud los hombres,

Ciegos tus glorias y virtudes pisen.
Jamás mi corazón vertió su llanto
Sino en aras del bien que tú prodigas,
Cuando te cubres con tu régio manto.
Tú sus penas mitigas,
Alientas su valor, y si indeciso
Se muestra á tu esplendor, lleno de encantos,
Le enseñas en tu amor un paraíso.

Ven libertad, que mi cariño ardiente
Beba tu gloria, tu candor aspire,
Que tus alas se claven en mi frente
Como el beso de amor que nos inspire.

Ven libertad, y encarna el sentimiento
En nuestro pecho que ardoroso exhala
Tu perfumado aliento;
Con él al par al corazón herido,
Su espíritu cansado vivifica,
Y al reanimar su porvenir perdido
Las creencias del alma purifica.

Ven y no tardes, que el placer destella
Dentro del alma que tu bien evoca,
Ven y no tardes, que tu lumbre bella
Fulgura mucho más cuando se toca.

Mas no, detente: el corazón mezquino
Del hombre, ve tu varonil firmeza;
Pero llena de espinas tu camino
Y te arroja á la cara su flaqueza.

Ve en tu verdad su apetecido centro,
Nivela su cariño con tu honra,
Entusiasmado corre hasta tu encuentro
Y en sus brazos te estrecha y te deshonra.

Detente libertad, tu santo imperio,
La sociedad en su furor respeta
Como admira y celebra tu misterio:
Siempre fué la ilusión ¡ay! del poeta
Cantar tu gloria y bendecir tu nombre,

Por mas que sienta de dolor transido
 Generosa deidad, que siempre has sido
 Tan grande tú como pequeño el hombre.
 Mientras te invoque en miserable orgía
 Y atruene con tus cánticos la tierra,
 Y en bárbara anarquía
 Y atroz desórden te declare guerra,
 No vengas, libértad deten el paso
 Que en otro tiempo tus radiantes galas
 Podrás lucir acaso
 Y extender por los ámbitos tus alas.
 No vengas como sombra del ultrage
 Sin abrir al escándalo tus ojos
 Ni manches tu purísimo ropaje
 De noble sangre entre vapores rojos.
 Con frenético ardor tal vez mañana
 Oirás en medio á tu dolor profundo
 El grito de la plebe soberana
 Que te proclama, emperatriz del mundo;
 No cedas al engaño, esquivá el dolo:
 Quita á tus ojos la importuna venda,
 Y ven, hermosa libertad, tan solo
 Cuando el hombre te lllore y te comprenda.

Á JULIAN ROMEA (1)

Allí está: su cuerpo helado
Tornose en polvo infecundo
Al fiero rigor del hado,
Quedando tan solo al mundo
Recuerdos de su pasado.

Allí está: eterna memoria
Sólo guarda de su nombre
En sus páginas la historia,
Que mide el valor del hombre
Por el fulgor de su gloria.

Pálida su sombra inerte
Sobre los espacios vaga,
Do luz incesante vierte
Como estrella que no apaga
La oscuridad de la muerte.

En su desventura cierta
Luto el corazon hoy viste
Al mirar la tumba abierta,
Donde un sentimiento triste
Llora una esperanza muerta.

(1) Esta poesia obtuvo el primer premio en el certámen literario celebrado en Barcelona el 29 de Setiembre de 1879.

A sus lentas agonías
Dejad que el alma se entregue
Llorando mejores días;
Dejad que con llanto riegue
Sus muertas cenizas frías.

Dejad que en duro tormento
Antes que herida sucumba
En alas del sentimiento,
Contemple estrecha la tumba
Para encerrar su talento.

Dejad que la fé reviva
Aunque perdida la calma
Llore del dolor cautiva,
Y que sus glorias escriba
Con las lágrimas del alma.

De su inmensa inspiracion
Queda tan sólo un suspiro
En esa triste mansion
Que guarda la religion
Como su santo retiro.

Allí está: nublada aurora
Alumbra el bendito suelo
Donde hoy el arte le llora:
De aquella mente creadora
No queda ya más que hielo.

Sobre la tierra alfombrada
Por rosas y por claveles
Que abrieron á su mirada,
Cayó su frente abrumada
Al peso de sus laureles.

Mas si la muerte ha vencido
Y el sepulcro en que no cave
Trono de su gloria ha sido,
No hay corazon que en él grabe
Nunca la palabra olvido.

La parca que le encadena
Al tornar sus ricas galas
En desmoronable arena
Nubló el sol de nuestra escena
Rompiendo al génio sus alas.

Con él acabó el profundo
Talento, que á su partida
Apagó el rayo fecundo
Que animó al *Hombre de mundo*
Y á *Súllivan* le dió vida.

Si alguna vez en la escena
Un eco triste le nombra
Que en los ámbitos resuena,
Aun parece que su sombra
Toda la cubre y la llena.

Y es que cuando ya la mente
Sucumbe por siempre rota
A impulso de hado inclemente
Parece que el génio flota
Entre el soplo del ambiente.

Así cuando al aire ondea
Negro el ciprés macilento
Que el Santo Campo sombrea,
Parece exhala en el viento
El último á dios Romea.

Parece su frente herida
Sobre la tierra en que yace
Con ella ya confundida,
Que muere el sol de la vida
Y el sol de la gloria nace.

¡Murió! Mas vive serena
La estrella de su aureola
Que iluminó nuestra escena,
Venid y llorad con pena
Sobre una tumba española.



A UNA BOCA (1)

~~~~~  
¡Que boca para hacer boca!  
EL AUTOR.

Mil veces bendigo al arte  
En este feliz momento  
Porque me dá fé y aliento,  
Hermosa, para cantarte.

Mas te aseguro que no  
Puedo cantarte á placer,  
Porque eres mucha mujer  
Para que la cante yo.

Quiero decir que me apura  
Cantarte aunque ves que accedo,  
Porque yo solo no puedo  
Cantar á tanta hermosura.

Mas como mi fuerza es poca  
Y de compromisos huyo,  
Voy á cantar algo tuyo,  
Voy á cantar á tu boca.

Veremos si hay quien me pague

---

(1) Esta poesia obtuvo el segundo premio concedido al asunto festivo en el certámen literario celebrado en Barcelona el 29 de Setiembre de 1879.

Lo atrevido de la empresa  
 Porque es una boca ¡ay! esa  
 Que Dios quiere que me trague.

¡Qué boca! Nunca más bella  
 La ví desde ocaso á Oriente:  
 ¡Quién fuera siquiera diente  
 Para dormir dentro de ella!

Al mirarla tan bonita  
 Te lo aseguro, mujer,  
 Quisiera cuchara ser  
 Para hacerla una visita.

Te juro que en la mania  
 Que asalta mi mente loca,  
 Siempre que miro tu boca  
 Agua se me hace la mia.

Conforme te la estoy viendo,  
 Lo digo porque no es mengua,  
 Yo quisiera ser tu lengua  
 Para estarla relamiendo.

No sabes cual me sofoca  
 Mirarla sin poseerla,  
 Así digo siempre al verla:  
 ¡Qué boca para hacer boca!

Cuando se mueve desbarro  
 Y es tal lo que me arreбата,  
 Que me mata, como mata  
 Un tiro á boca de jarro.

Siempre que la miro abierta

Por costumbre ó por resabio.  
Quisiera volverme lábio  
Para vivir á su puerta.

Es tal lo que me interesa  
Esa boquita, mujer,  
Que quisiera el perro ser  
Que tanto tu boca besa.

Si no es tu pecho de roca  
Ni tu amor de diletanti,  
Te encuentras aquí infraganti  
Un novicio á pedir de boca.

Y no importa que esta vez  
Contemplando mi persona  
Digas con risa burlona,  
Por la boca muere el pez.

¡Qué boca! Quitan los males  
Sus gracias tan solo al verlas;  
Parece un nido de perlas  
Suspendido entre corales.

¡Ay! hasta echára mi casa  
Por la ventana, hija mía,  
Si escrito le viera un día:  
«Esta boca se traspasa.»

¿Te parece una bicoca  
Lo que á mí me pasa hoy?  
Al ver la tuya, ya estoy  
Yo con el credo en la boca.

Quisiera ser de esto en pago

El agua que bebes fría,  
¡Con qué gusto yo entraría  
Por tu boca trago á trago!

Si te enfadas, sin trabajo,  
Tal tu boca se contrae,  
Que sólo al abrirla, cae  
Todo el mundo boca abajo.

No me carga ni desboca  
Que al ver mi cara fané,  
Me digas tú: mire usted  
Que la edad tiene en la boca.

Te digo, y es cosa cierta,  
Que no debes ignorar,  
Que el pez que me ha de tragar  
Ya tiene la boca abierta.

Quisiera ser trucha ó pava,  
Caramelo ó arropía,  
Para pegarme á una encía  
Mientras me saboreaba.

¡Ojalá que cuando evoca  
Mis recuerdos, inhumana,  
Pueda encontrarla mañana  
Así, de manos á boca!

O la ocasion aguardando  
En mis delirios presentes,  
Como palillo de dientes  
Entrar en ella escarbando.

En tal grado me coloca

De exasperacion, mujer,  
Que quisiera un ángel ser  
Para el cielo de tu boca.

Y hasta á veces, al mirarla  
Tan esquivá á mis cautelas,  
Quiero ser dolor de muelas  
Solo por mortificarla.

¡Qué boca tan mona y linda  
Cuando enamora ó saluda!  
Parece tan remenuda  
El corazon de una guinda.

Tanto el verla me disloca,  
Que he comprado en ocasiones  
Bocas y hasta boquerones  
Para recordar tu boca.

Es el cólera, una suegra;  
Un rewolver, una tranca;  
Juro que tu boca blanca  
Mata más que *Bocanegra*.

¡Ay! te digo que esa boca  
Mas fresca, niña, que el aura  
Me recompone, restaura,  
Me reverdece y revoca.

Y cuando Dios me destruya  
Y me mande al panteon,  
Quiero me mate un cañon  
Cuya boca sea la tuya.

¡Ay! niña, cual me sofoca  
Mirarla sin poseerla,  
Así digo siempre al verla:  
¡Qué boca para hacer boca!

# LA BATALLA DE COVADONGA

ODA (1)

Á MI QUERIDISIMO AMIGO

EL DISTINGUIDO ESCRITOR

DON SATURNINO ESTÉBAN COLLANTES

SUBSECRETARIO DE LA PRESIDENCIA DEL CONSEJO DE MINISTROS Y DIPUTADO Á CÓRTEZ

No canto, no, la dulce primavera  
Que alienta los amores  
Que acaso lloran su ilusion primera  
Entre el perfume de lozanas flores.  
No canto la armonía  
Que alegre presta el ruiseñor canoro  
Al bosque ameno en que feliz se cria,  
Ni al ángel canto de las alas de oro  
Que guarda el sueño de la patria mia.  
No canto al héroe que en sus fuertes hombros  
Llevó un imperio y lo cubrió de gloria,  
Ni al pueblo augusto que guardó entre escombros  
De aquellos siglos la brillante historia;  
Ni en el cariño ardiente  
Que nunca se entibió con desengaños

---

(1) Esta poesia, que obtuvo el primer premio, ó sea el *pensamiento de oro* en el certámen literario de Gerona de 1872, obtuvo nuevamente la medalla de oro y un título académico para su autor en Matanzas, concedido por la sociedad de *Covadonga*.

Canto al Guadalquivir, cuya corriente  
Regó la flor de mis primeros años.  
Canto la fé sublime  
Del pueblo generoso  
Que su corona con valor redime;  
Que, al tornar sus palacios en cabañas,  
Herido por su mísera fortuna,  
En polvo de sus ásperas montañas  
Para siempre enterró la media luna.  
Canto la gloria y esforzado aliento  
Del pueblo que constante  
Luchó con ardimiento  
Izando su pendon siempre triunfante;  
Del que, encerrado en la fragosa sierra  
Que al Cantábrico mar sirve de valla,  
Atronó con sus cánticos la tierra,  
Arrollando en su indómita corriente  
Hasta el fin de las playas españolas  
Los restos del imperio de Occidente,  
Que hizo rodar por las revueltas olas;  
Del que en la rota de Rodrigo un día  
Recogió los pedazos  
De aquella ensangrentada monarquía,  
Y en medio de tan débil abandono,  
En sus robustos brazos  
Meció la cuna del naciente trono.  
¡Y cómo no cantar!... Si á su memoria  
El corazon entero resucita,  
Canta la lira sin pesar ni duelo,  
Y, arrebatada por la fé, palpita  
El alma que nació bajo este cielo.  
Cuando á aquellas recónditas pendientes  
Desgarrado el pendon, rotas las cruces,  
Llegaron los valientes  
Vencidos en los campos andaluces,  
Y en su rencor y vengativa saña

Allí clavaron la cristalina enseña,  
Convirtiendo en castillo la montaña  
Y erigiendo un altar en cada peña;  
Cuando al morir el áura de la tarde  
En lánguido desmayo  
Y tembloroso en los confines arde  
Del sol poniente el moribundo rayo;  
Cuando al fulgor del cárdeno celaje  
Que el horizonte azul tiñe y sombrea,  
Reflejando en la frente de Pelayo,  
Velada por la nube del coraje,  
Tostada al resplandor de la pelea...  
¿No renace la fé con la esperanza  
Y el espíritu débil no se alienta?  
¿No se vé aparecer en lontananza  
El iris matador de la tormenta?

.....  
¡Es Pelayo!... Callad; que en sus entrañas  
Lleva desde la cuna  
El valor de esa raza nunca extinto;  
Por eso á las montañas  
Sube impulsado por su noble instinto  
A reencender la lumbre salvadora  
Con ardoroso brío.  
E iluminar con la cristalina aurora  
La negra noche del Corán impio.

.....  
Mirad el polvo en raudo remolino  
Arrojado por fieros vendavales,  
Arrancando en montones del camino  
Y subiendo en espesas espirales;  
Oid la confusion con que por cerros  
Corre veloz trepando,  
Hiriendo el sol sus afilados hierros  
Y en sus áureos vestidos reflejando.  
Tostados los semblantes por el fuego

Del astro abrasador del medio día;  
Y ondeando en mortífero oleaje,  
Arremeten con furia y gritería,  
Al eco ronco de su voz salvaje,  
Al ímpetu feroz de saña impía.  
Así como culebras silbadoras,  
Que van desengarzando sus anillos,  
Subiendo trepadoras  
La sierra donde tienen su guarida,  
Sube el muro en tropel hasta la cumbre  
Quemando cuanto encuentra á la subida  
Y haciéndola sentir su pesadumbre.  
De sangre ansioso, de matar hambriento,  
Ruje y rebrama en loco desvarío  
Como tromba impelida por el viento,  
Como torrente de revuelto río:  
Lucha y relucha y sin cesar pelea;  
Sin que el horror le imponga  
Del cuadro funeral que le rodea;  
Mas ántes que incendiario  
La fiera planta ponga  
Sobre el humilde altar del santuario,  
La cima inmemorial de Covadonga  
Vacila y cruje, y por do quier se abre,  
Y cuando quiere en sus gigantes hombros  
Lá mole sostener de aquella loma,  
En pedazos la sierra se desploma  
Dejándole enterrado en sus escombros.  
Huyen los pocos que aterrados quedan,  
Y por las faldas del hundido monte  
Ciegos y mudos despeñados ruedan  
Creyendo se les cierra el horizonte.  
Triste, abatida la soberbia frente,  
Corren con ánsia loca,  
Maldiciendo el rigor de la fortuna,  
Que ha sepultado bajo aquella roca

Con su inmenso poder la media luna.  
Confusos y aturdidos,  
Con el terror pintado en los semblantes,  
Corren despavoridos,  
Tirando cimitarras y turbantes  
Por atajos y páramos perdidos.  
Nada detiene su cobarde huida;  
Vencidos por el miedo,  
Ni siquiera defienden ya la vida,  
Ni dan señales del brutal denuedo  
Con que aterraron siempre en sus campañas;  
Sino que piensan en su ciega mente  
Que recrujen de nuevo las montañas  
Y á desplomarse van sobre su frente.  
En tal desmayo, sin valor se entregan  
A aquellas huestes de indomable brío  
Que, espada en mano, sus gargantas siegan,  
Cual mies que troncha el huracan bravo.

. . . . .

¡Nada quedó! Cuanto el naciente día  
Tendió su manto de zafir cubierto,  
Sólo sonaba el eco de agonía  
Por toda la extension de aquel desierto.  
Callaron las blasfemias, los insultos;  
Sólo en el bosque umbrío  
Los mutilados cuerpos insepultos  
Convulsos retemblaban con el frío.  
Callóse el valle; enmudecióse la tierra;  
Ni un grito se escuchó, ni una amenaza;  
Mas sobre el pico de la antigua sierra  
Se alzó triunfante la vencida raza;  
Y volviendo á latir sus nobles pechos,  
Despertando del lánguido desmayo  
Que convirtiósse en entrañable encono,  
Al grito de Pelayo  
Que la España corrió de zona á zona,

Rescataron con sangre una corona  
É hicieron de cadáveres un trono.  
Por eso entónces al potente aliento  
De aquellos aguerridos campeones,  
Que á impulso del cristalino sentimiento  
Llenaban con la fé los corazones,  
Nada imposible fué: rotas rodaron  
Las huestes que en Alarcos vencedoras  
Nuestras enseñas de baldon llenaron,  
Y en Córdoba y Sevilla,  
Cuando cruzaban sus tranquilas horas  
En grato regocijo,  
Vieron sus hijas suspirar esclavas,  
Cubiertas de mancilla  
Por los bravos soldados de Clavijo  
Y los invictos héroes de las Navas.  
Y tras la estrella lúgubre y sombría,  
Que, trémula y llorosa,  
Sobre su pueblo vacilante ardía,  
La reina de Occidente,  
Oscurecida de Almanzor la gloria,  
Dobló su egregia frente,  
Y ante el fulgor de la verdad cristiana  
Rompió el pasado, destrozó el presente  
Y el manto desgarró de la Sultana.  
¡Y en Covadonga fué!... De allí brotaron  
Los rayos que encendieron sus hogares  
Y el imperioso semítico asolaron  
Reduciendo á cenizas sus altares:  
¡Y así todo acabó! Sierra Nevada  
Blanco sepulcro fué de sus despojos;  
Y allí, en los torreones  
Que bordaban los muros de Granada,  
Se abrió el tremendo abismo  
Por donde al cabo en su dolor intenso,  
Miró el Rey desdichado

Apagarse la luz de su pasado  
Y hundirse el sol de su poder inmenso.  
Y en Covadonga fué!... Bajo sus faldas  
Perdió el Islam su refulgente historia,  
Y el pueblo aquel que recogió en sus venas  
La sangre de los hijos de Numancia  
Y hasta con ellos compartió su gloria,  
Cayendo en las cantábricas arenas  
Que hirieron su arrogancia,  
Buscó la paz en los opuestos mares,  
Cuando al mirar inútil su heroísmo  
Dejó que en su pendon y en sus altares  
Dominara la cruz del cristianismo.

---

# LA ROMERIA DE SAN ALVARO

EN CORDOBA (1)

À MI QUERIDO AMIGO Y ANTIGUO COMPAÑERO  
DON JOSÉ MARIA MORENTE

COMO UN CARINOSO RECUERDO

Voy á cantar, y mi canto  
Será el alma que suspira  
Entre contento y quebranto,  
Será el eco de una lira  
Templada al placer y al llanto.

## I

¿Veis esa mansa corriente,  
Que del sol á los reflejos  
Se va perdiendo á lo lejos  
Envuelta en humo su frente?

¿Veis que corre y se dilata,  
Se retuerce, serpentea,  
Y á Córdoba al fin rodea  
Como una cinta de plata?

---

(1) Esta poesía obtuvo el primer premio en los Juegos florales de Córdoba de 1866, consistente en un pensamiento de oro esmaltado y pedrería.

¿La veis en lecho de arenas,  
Espejo orlado de flores,  
Reflejar entre fulgores  
Las históricas almenas?

Y á veces no la veis loca,  
Estridente, amenazante,  
Que con ímpetu gigante  
Se estrella de roca en roca?

Pues esa corriente, en suma,  
Que ya encanta como aterra,  
Arroja un génio á la tierra  
Por cada copo de espuma.

Por eso alzó la cabeza  
Sobre su lecho de blondas  
Y arrojó de entre sus ondas  
La imagen de la grandeza.

Su nívea capa las nubes  
De arreboles matizaron  
Y á San Alvaro cantaron  
Las arpas de los Querubes.

Dios le dijo: Parte y funda  
Un templo en la soledad  
Donde solo la verdad  
Como la luz se difunda.

Si las pasiones humanas  
Logras vencer con tu celo,  
Él será *escala* que al *cielo*  
Suba las almas cristianas.

La voz de Dios por el espacio rueda  
Cual ronco trueno en su region perdido,  
Mientras triste la tarde en la arboleda  
Lánguida exhala su postrer gemido.

Vuelve el sol á nacer; de su áureo disco  
Brotó de luz fascinador torrente,  
Que baña y dora el empinado risco  
Donde alza un templo su orgullosa frente.

En él dejando su camino incierto  
Cuantos buscaron á su vida calma  
En la ruda aspereza del desierto,  
Dulce han hallado la quietud del alma.

---

Al ver el cisma profundo  
Que al claustro sume en la duda,  
A Roma le pide ayuda  
El Rey don Juan el segundo.

Roma infundiendo el ejemplo  
De amor y fé ante el altar,  
Manda á San Alvaro alzar  
En medio la sierra un Templo.

Allí está... su frente ufana  
Ciñe potente diadema,  
Donde va escrito el poema  
De la Religion cristiana.

Grande, impávido, en su asiento  
Oye la mar turbulenta,  
Siente rugir la tormenta,  
Escucha silbar el viento.

Tranquilo en su escelsitud,  
Vé entre el ayer y el mañana,  
Dintel de la vida humana,  
La cuna y el ataud.

Mira en horrible compás  
Por los eternos peldaños,  
Ir perdiéndose los años  
Para no volver jamás.

Mas, ¿quién presta vida y luz  
A ese coloso que arredra,  
Cuyos piés son una piedra  
Y cuya frente es la cruz?

¿Quién impele el ráudo vuelo  
De ese gigante con alas,  
Que con ellas forma escalas  
Entre la tierra y el cielo?

¡Dios! La Majestad suprema  
Que abarca los horizontes,  
Le dió por trono los montes  
Y los cielos por diadema.

## II

¿Qué es esa aurora con sus hechizos  
Que llora flores de varias tintas,  
Que va extendiendo sus blondos rizos  
En áureos lazos de hermosas cintas?

¿Qué es ese coro de trovadores  
Que alegre trina bajo el ramaje,  
Que á los reflejos de los albores  
Mira las perlas de su plumaje?

¿Qué es esa linfa clara y serena  
Que al sol namora con su desvío,  
Que se resbala sobre la arena  
Bajo las flores que arrastra el río?

¿Qué es esa brisa consoladora  
Que entre las rosas su amor consume,  
Mientras que aleve y fascinadora  
Les roba el cáliz de su perfume?

¿Qué es esa gruta que en los jardines  
Bajo su sombra templá el estío,  
Donde en las hojas de los jazmines  
Lágrimas puras llora el rocío?

¿Qué es esa alfombra de flores bellas  
Que vive y muere cuando el sol arde?  
¿Qué es ese manto rico de estrellas  
Con que la noche cubre la tarde?

¿Qué es la hermosura, qué es los antojos,  
Qué es cuanto grande se vé y se toca,  
Ante la gracia de vuestros ojos,  
Ante la risa de vuestra boca? (1)

Voy á cantar, pero se agolpa el llanto  
Y encuentro espinas al posar mis huellas;  
Vosotras solas inspirad mi canto,  
Vírgenes bellas.

---

(1) Alusion á las lindas señoritas que componian el tribunal de amor de los Juegos florales.

Lámpara triste mi azarosa vida  
Mira apagado su candor de niño;  
¿Podrá volverle su ilusion perdida  
Vuestro cariño?

Yo junto al Bétis virginal memoria  
Guardé en el alma, que alejarse siento,  
Solo ya os pido para eterna gloria  
Un pensamiento. (1)

Voy á cantar, y mi canto  
Será el alma que suspira  
Entre contento y quebranto,  
Será el eco de una lira  
Templada al placer y al llanto.

¿Pensais que esa bullidora  
Turba que corre y se agita  
Desde que nace la aurora  
No lleva en el alma escrita  
Pena que siente y no llora?

¿Pensais que en esa alegría  
Que engendra nuevos antojos,  
Que el pensamiento estravía,  
No llega á turbar sus ojos  
Triste una lágrima fría?

¿Pensais que al dolor ajena  
O acaso plácida flota

---

(1) Un pensamiento era la flor de oro y diamantes con que se premió esta composicion.

Su mente por mar serena?  
¡Ah! no, que ese monte brota  
Por cada flor una pena.

En el templo una campana  
Arredra á la humanidad,  
Pues es tradicion lejana  
Que si suena, está cercana  
Alguna fatalidad. (1)

Lugar de contemplacion  
Tiene por páginas vivas  
De la sagrada Pasion  
El monte de las Olivas  
Y el arroyo de Cedron.

Allí está... la mente inflama  
Con sus recuerdos tambien  
Una historia que nos llama  
Y á cada momento exclama:  
¡Cristianos! ¡Jerusalem!

Imponente, solitario,  
Radiante de majestad,  
Con su aspecto funerario,  
Se eleva el monte Calvario,  
Cuna de la humanidad.

El Tábor lleno de encanto  
Se eleva tambien allí,  
Y en él la cueva del Santo (2).

---

(1) Alude á la campana que hay en el convento, que como la de Velilla, anuncia siempre que toca, segun cree el vulgo por antigua tradicion, alguna próxima catástrofe, ó que morirá antes de un año el que la hace sonar.

(2) San Alvaro puso á los lugares cercanos al convento los mismos nombres que los que rodean á Jerusalem.

Allí está el Getsemaní  
Que Dios regó con su llanto.

Sobre la cima serena  
De negro monte, que escita  
La compasion y la pena,  
Está la pequeña ermita  
Que llaman «La Magdalena.»

Al pié de este santuario  
Hay una cruz enclavada  
Y un arroyo solitario,  
Donde escribió el de *Granada*  
Su libro penitenciario.

A cada paso un dolor  
Lleva al alma la memoria  
De un recuerdo aterrador,  
Allí un libro es cada flor  
Y cada piedra una historia.

Y se abisma el pensamiento  
Entre torrentes de luz  
Y mares de sentimiento,  
Que inspira el drama sangriento  
Que tuvo fin en la Cruz.

¿Y aquí donde á cada instante  
La sangre de Dios acusa  
Nuestro pecado infamante,  
Quereis que inspirada cante  
Y alegre mi pobre musa?

Cantaré, pero mi canto  
Será el alma que suspira  
Entre contento y quebranto,

Será el eco de una lira  
Templada al placer y al llanto.

## III

Entre la verde espesura  
Que áspero monte corona  
Se levanta *Scala Coeli*  
Blanco como una paloma  
Su iglesia tiene ocho altares  
Y una capilla tan sola,  
Donde los restos sagrados  
De San Alvaro reposan.  
Allí está el *Cristo del Pobre*  
Que iba pidiendo limosna,  
Magdalena arrepentida,  
Y otras pinturas preciosas  
De Vírgenes y de Santos  
Que áuras celestiales gozan.  
Los cerros circunvecinos  
Pobres ermitas adornan,  
Y á la puerta del Convento  
Hay una esplanada hermosa  
Que las flores la tapizan  
Y dan los árboles sombra.  
La Iglesia reza este día  
A San Alvaro de Córdoba,  
Que en su fervor religioso  
El siglo quince fundóla.  
Y el pueblo noble y devoto  
Acude, bendice, adora,  
Al que cual flor de los cielos  
Vivifica con su aroma.

## IV

Con sus dorados celajes  
Tiñe el alba el horizonte  
Bañando el pico del monte  
Su límpido rosicler.

Córdoba entónces despierta  
Rebosando de contento  
Y convierte en campamento  
El *campo* de la *Merced*.

Allí se forman comparsas,  
Se encuentran los que se citan,  
Unos hablan, otros gritan,  
No hay calma, quietud, ni paz.

Allí las bullas, las bromas,  
Las algazaras empiezan,  
Y todos un Credo rezan  
En el *Pretorio* al pasar.

Unos van en carretela  
Hasta la primer colina,  
Otros marchan en berlina,  
Otros en góndola ó brest.

Van remesas de jumentos  
Que viven en el ayuno,  
Y aunque no pueden con uno  
Llevan en el lomo tres.

El mozo jaque y templado,  
De libres maneras francas

Va con su *jembra* á las ancas  
Del regalado bridon.

Y detrás con papalina,  
Su rosario y tapujada,  
En una burra pesada  
Va la señora mayor.

Por sendas y vericuetos  
Suben todos con apuros,  
Yendo siempre más seguros  
Los que caminan á pié.

Mezclados alegremente  
Los sexos, clases y rangos  
Entre jotas y fandangos  
Van en completa Babel.

Así invaden la esplanada  
Que el viejo convento ocupa,  
A cuya puerta se agrupa  
La gente con loco afán.

Llegan al agua bendita  
Dó meten las manos todos,  
Lavándose hasta los codos,  
Muchos por necesidad.

Todos penetran á un tiempo,  
Unos con otros se empujan,  
Se empaquetan y se estrujan  
En revoltoso tropel.

A uno le ablandan el cráneo,  
A otro el sombrero le atracan,  
A una la cola le sacan  
Y á otra le aplastan un pié.

Los papás entran delante,  
Que casi van en volandas,

Entre los pollos que á bandas  
Siguiendo á las hijas van.

Pero aunque van escamados  
Y con precauciones hartas,  
Pasan cartas... más que cartas,  
Con permiso de mamá.

Cumplidas, pues, las promesas  
Todos se salen al llano,  
Dó el coche que llega sano  
Lo hacen dispensa formal.

Los pinos y las olivas  
Sombra agradable presentan,  
Donde se tienden ó sientan  
A comer ó descansar.

Se forman aéreos columpios  
Donde los curiosos gozan,  
Mientras que muchos retozan  
Al toro y al esconder.

Otros se cuentan pasajes  
De fantásticas leyendas,  
Y otros en juegos de prendas  
Logran cuajar *un belén*.

Muchas dulcísimas pláticas  
Tienen allí su principio:  
No se desperdicia ripio  
Porque es calva la ocasión.

Se citan para la reja,  
Y así que la luz se acaba,  
Pelan el pavo y la pava,  
Y el gallo de la Pasion.

Unos van á los arroyos  
A disfrutar la frescura,

Otros suben á la altura,  
Reina de la inmensidad.

Ellas en valles y bosques  
Estampan sus breves huellas  
Al coger flores tan bellas  
Como sus caras quizás.

Bajo el verde limonero  
Que bordan los azahares,  
Lanza una niña cantares  
Que dan á un muerto salud.

Mientras bailando al punteo  
De ronca guitarra vieja,  
Hay mujer que allí nos deja  
Sin aire, moscas, ni luz.

Allí todo el suelo es mesa,  
No hay manjar que no se coma,  
Allí se brinda y se embroma  
Como en el mejor festin.

Galantes todos y alegres  
Como la tierra los cria,  
Del requiebro en compañía  
Va el jamon ó la perdiz.

No hay fiesta donde la bota  
No tenga el total de votos;  
Hasta los mismos devotos  
Suelen por ella votar.

Todos bendicen á Baco  
Que sus instintos provoca,  
Y todos abren la boca  
Que, como letra, es vocal.

Mas cuando en locos placeres  
Aquella gente se afana,

Se oye vibrante campana  
Melancólica plañir,  
Anunciando que la noche  
Hunde al sol bajo su planta,  
Por lo cual la Iglesia Santa  
Pone á sus plegarias fin.

De nuevo entonces las turbas  
Al templo se precipitan  
Y en el altar depositan  
Su limosna y su oracion.  
Y despues como un ejército  
Vencido y roto en la guerra,  
Corren bajando la sierra  
En completa dipersion.

¡Qué historias y qué milagros  
Se cuentan por el camino!  
¡Cuánto embuste y desatino!  
¡Cuánto embaucar y mentir!  
Los ciegos bajan con vista,  
Los mancos y cojos buenos,  
Cada pollo hizo lo ménos  
Veinte conquistas allí.

Todos corren y galopan  
Y en chistes y galanteos  
Todos llevan por trofeos  
De rosas rico floron.  
Bajan cantando y gritando  
Con guitarras y panderas  
Los pañuelos por banderas,  
Las flores por morrion.

Los coches salen á escape,  
los caballos se alborotan,

Los burros de génio trotan,  
Vuela la gente de á pié,  
Y así en revuelta algazara  
Vuelven en bromas y truenos,  
Mas con una ilusion ménos,  
Al *campo* de la *Merced*.

Un inmenso anfiteatro  
De gente que los espera  
Forma una doble barrera  
De aspecto embelesador.

Allí esperan madres, hijos,  
Amigos, padres, hermanos;  
Allí se estrechan las manos,  
Se abrazan con efusion.

En tanto la noche oscura  
Como el alma del protervo,  
Bajo sus alas de cuervo  
Envuelve la humanidad.

El áura apenas suspira,  
Callado resbala el rio,  
Y solo sobre el vacío  
Se cierne la eternidad.

## V

¿Qué queda de aquellos días  
De ansiado placer y gloria,  
Más que una triste memoria  
Entre ilusiones sombrías?

¡Quién sabe si el porvenir  
Vive de esperanzas solas,  
Que pasan como las olas  
Que arrastra el Guadalquivir!

Así se aleja el placer  
Que en torno férvido rueda:  
¿Mañana ya qué nos queda  
De la ventura de ayer?

Corre sereno el río  
Bajo cristales  
Que le roban al cielo  
Su hermosa imagen;  
Las olas pasan  
Y nunca atrás se vuelven,  
Nunca se paran

Así de nuestra vida  
Las muertas horas  
Alejándose corren  
Como las olas:  
Pasan cual ellas,  
Sin que nunca se paren  
Ni atrás se vuelvan.

Sobre lecho de estrellas  
Duerme la luna,  
Besada por las brisas  
Su frente pura.  
Y al son del trueno  
Se oscurece y se empaña  
Su blanco velo.

Así cuando más bellas  
Las esperanzas,  
En el pecho palpitan  
Inmaculadas,  
Nubes se agolpan  
Que en su lúgubre manto  
¡Ay! las ahogan.

¡No mirais esas flores,  
Ricas guirnaldas,  
Que la vírgen cogiera  
Por la mañana,  
Que por la tarde  
Marchitas van volando  
Rotos sus cálices?

Así las ilusiones  
De nuestra vida,  
Duran como las flores  
Tan solo un día;  
Nacen al alba  
Y á la tarde en el viento  
Van deshojadas.

Por eso mi pobre canto  
Es un alma que suspira,  
Entre contento y quebranto,  
Es el eco de una lira  
Templada al placer y al llanto.

# LA RESURRECCION DEL SEÑOR.

## ODA (1)

A MI ESTIMADO AMIGO EL ERUDITO ESCRITOR

DON CARLOS RAMIREZ DE ARELLANO

Jesum, quæritis Nazarenum, crucifixum surrexit: non est hic.

(San Marcos, cap. 16, v. 1.º)

¡Qué fué la humanidad cuando engreida,  
En medio de sus duelos y amarguras  
Contemplaba con júbilo la suerte  
Que la fê de las santas escrituras  
Revelaba del Dios de las alturas  
Con todos los portentos de su muerte!

¡Qué fué del pueblo que en su afan impuro  
De sustentar el vicio en sus entrañas  
Miraba indiferente en su alegría  
Del tibio sol el trasponer oscuro  
Y el triste amanecer del nuevo día!  
Que en medio de sus triunfos y trofeos  
Miraba revólverse su esperanza  
En el fétido mar de sus deseos,  
Sin ver en el delirio  
Que atormentaba su perdida mente

---

(1) Obtuvo el primer premio en los Juegos Florales de Córdoba en 1868, consistente en un ramo de jazmines de oro esmaltado y pedrería.

Que al morir Babilonia impenitente  
Arrastraba á Sion hasta el martirio.

¡Qué fué del pueblo vengativo y nécio,  
Idólatra de impúdicos altares,  
Que á la virtud miraba con desprecio  
Desoyendo en las lúbricas orgías  
Que daban vida á su asqueroso vicio  
El eco aterrador de Jeremías,  
De la hermosa Judiht el sacrificio!

¡Qué pueblo es ese que en su innoble anhelo  
De deprimir cuanto la fé levanta  
Y alto y sublime la verdad encierra,  
Ni el crimen de Pentápolis le aterra,  
Ni el arrojo de Débora le espanta,  
Que sordo á su conciencia,  
Y muerto á la vergüenza y el sonrojo  
Entre los rayos de su ardiente ira  
Derrumbarse á Babel tranquilo mira,  
Y hundirse á Faraon en el mar rojo!

¡Qué fué del pueblo débil é impotente  
Que sin librar la voluntad esclava  
Que su delito acusa,  
Ni vé el castigo de David en Rabba  
Ni de la reina Esther el triunfo en Susa!

¡Qué fué la humanidad mientras que ciega  
Sin luz ni sentimiento  
Siquiera de su mal arrepentida  
En plácido contento  
Buscaba con halago  
La indigna rama que cayó podrida  
Del árbol de San Pedro y de Santiago!

¿Qué fué del pueblo?... Pero basta, basta,  
Su delito fué grande, mancillado  
Su nombre y su poder, triste, perdida  
Vé su esperanza ante el rigor del hado,  
Y aquella descreída  
Raza sin fé, que en su fatal delirio  
A una pena sin fin quedó sujeta,  
Lloró bajo la espada del Asirio  
Los mismos años que anunció el profeta.

¡Desgraciado Israel! ¡por qué no aclama  
Tu espíritu rebelde y altanero  
El bien que el cielo sobre tí derrama;  
Por qué dudando de tu misma esencia  
Cuando su mano generosa tiende  
Renuncias la obediencia  
Que es la virtud que en el amor se aprende!

¡Por qué tu frente con rubor se inclina  
Ante la santa lumbre  
Que cual destello de la luz divina  
Muestra el Siná sobre su excelsa cumbre,  
Donde tu mente avara  
Sin acallar el corazón malvado  
Vé con desprecio de Moisés la vara,  
Y en Bethoron después el sol parado!  
¡Por qué en los tristes días  
Que cruzabas el árido desierto  
Al eco de sagradas profecías,  
Pagabas aquel bien con el insulto  
Aplaudiendo al sacrílego de Ocías  
Y al becerro de Dan rindiendo culto!

¡Era preciso! tu mortal encono,  
La amarga hiel de tu soberbia impura  
Eran las gradas del cristiano trono,

El cáliz de ventura  
Sobre el que hollando su destino adverso  
Y bendiciendo el libro de su historia,  
Iba á fijar el Dios del Universo  
El infinito reino de su gloria.

¡Y tú qué hicistes ante el alba pura  
Que vino á alimentar nuestros amores  
Con el mágico Edem de su hermosura,  
Con el pintado cáliz de sus flores!

Que vino con su boca bendecida,  
Y el sol en ella para siempre impreso,  
A confundir el alma con la vida,  
Y unir las dos con su divino beso.

Que vino con su gloria en el aliento,  
Con el perfume en sus sagradas huellas,  
Con sus alas tendidas por el viento  
Y su frente acostada en las estrellas.

Con el cariño que jamás se acaba,  
Porque es hermano de su santa idea,  
Porque es la Virgen del Señor esclava,  
Y su madre despues en Galilea.

¡Qué hicistes pueblo con el Rey de reyes  
Que al monarca del bátratro destrona,  
Enseñando al incrédulo sus leyes  
A costa de su sangre y su corona!

¡Oh nunca! nunca el corazon humano  
Podrá olvidar, en su dolor profundo,  
El crimen que tu mano  
Lanzára desde el sόlio del tirano  
Sobre la faz espléndida del mundo.

Tú con la hiel que el corazon destella  
Cuando aspira ponzoña en el ambiente,  
Quisistes apagar la alegre estrella!  
Que vino de los ámbitos de Oriente

A consolar al hombre en su querella  
Y borrar el pecado de su frente.

Y seguistes impávido su lumbre,  
Y al fulgor de la luna cristalina  
Escalaste del Líbano la cumbre  
Y fuistes al vergel de Palestina.

Y osaste audaz con el rencor de hiena  
Cometer el horrible sacrilegio  
Que atroz castigo contra tí demanda  
¡Ayl de estampar sobre su rostro egregio  
El beso impuro de traicion nefanda.

Y aun no bastó, que en tu fatal camino  
Despreciando su amor y mansedumbre  
Su espíritu divino,  
En la expansion de tu brutal empeño  
Que impulsaba tu instinto sanguinario,  
Puesto en los hombros el sagrado leño,  
Lo llevaste á la cima del Calvario.

Y allí tambien, sobre su cuerpo frio,  
Que siquiera convulso palpitaba,  
Clavaste el hierro con rencor impío  
De sangre salpicando  
La madre virginal de los amores,  
Que á los piés del madero sollozando  
Devoraba el dolor de los dolores.

A la madre infeliz que en su quebranto  
De penas ¡ay! transida,  
Con el raudal de su amoroso llanto  
El alma refrescaba dolorida,  
Ahogando sus suspiros de amargura,  
Cuando ya el corazon, roto en pedazos,  
El cadáver del hijo sin ventura  
Bañado en sangre recibió en sus brazos.

¿Y pudieron siquiera imaginarse  
Al arrojar su cuerpo en una fosa  
Que sufriera el sepulcro sin rasgarse  
La inmensidad de Dios bajo su losa?

Del Dios aquel que en el postrer instante  
En que su voz ahogaba la agonía,  
Cuando arrastrados por la brisa errante  
El Gólgotha sus ayes recogía,  
Alzaba sus miradas á los cielos,  
De su trance infeliz solo testigos,  
Perdonando á sus fieros enemigos  
Y á su padre pidiéndole consuelos!

Pensaron al rasgar su cuerpo helado  
Y al destrozar sus pálidos despojos,  
Que acaso de la nada  
Nunca volvieran á salir sus ojos  
Ni á confundirlos más con su mirada!

No vieron que era Dios, y que en su muerte  
El sol y las estrellas se apagaron,  
El mar se desbordó, roncás sonaron  
En los vientos tristísimas canciones,  
Abrió sus ojos el cadáver yerto,  
El cielo se ocultó bajo crespones  
Y los mundos rodaron sin concierto!

Y torpe el hombre, aunque su orgullo vano  
Ponga en su vista impenetrable velo,  
Podrá jamás con su profana mano  
Romper los mares y enlutar el cielo!

Aunque su pecho agite  
El rápido temblor de la locura  
Y la rabia procaz lo precipite,  
Creerá nunca en su mente,  
Si el fin de la razon no la derrumba

Que puede altiva levantar la frente  
Desde el cóncavo centro de la tumba!  
Nunca! Delirio! La impiedad tan sola  
Puede alentar su corazon perdido  
Y brindar el error una aureola.

¿Quién más que Dios el sér de lo nacido,  
La víctima inocente del Calvario,  
Que en el Cedron lloró con desconsuelo,  
Puede arrojar el fúnebre sudario  
Y entre querubes remontarse al cielo?

¿Quién más que Dios, con su poder sublime  
Con su sér infinito,  
Que en cuanto alienta su grandeza imprime,  
y que en la tierra y en el cielo vierte  
sus dulces armonías,  
puede romper los lazos de la muerte  
y de la vida prolongar los días?

El, sempiterno, omnipotente y grande  
se ofrece al sacrificio  
para alcanzar la gloria venidera  
que bajo el ceno de su torpe vicio  
perdida el hombre para siempre viera!...

Y allí está ya... sobre su faz hermosa  
el alba virginal de la mañana  
refleja temblorosa,  
dibujando en sus lábios la violeta,  
en sus sienes, del sol los resplandores,  
en su mente, los sueños del profeta,  
en sus ojos, su madre y sus amores.

Como cándida flor de primavera,  
que cierra el cáliz en la noche fría,  
y vuelve á abrirlo con la luz primera

que anuncia el nuevo día,  
así su rostro, donde yace helada  
la sangre que arrancaron las espinas,  
conserva con su sombra nacarada  
sus tintas purpurinas.

Blanco y desnudo el apagado pecho  
dibuja de sus venas  
la huella azul: y su cabeza pura  
sobre el sepulcro estrecho  
conserva los colores y frescura  
del que descansa en su tranquilo lecho.

Mas ¡ay! callad; sobre sus ojos arde  
la aurora de la vida,  
que disipa las sombras de la tarde  
y torna al alma la ilusion perdida.

Ya de la brisa en el callado acento  
y en el rápido vuelo de sus giros,  
entre el perfume de su blando aliento  
van volando sus plácidos suspiros.

Sus puertas abre el cielo, y entre nubes  
de inciensos y de flores,  
descienden los querubes  
desprendidos del trono del Eterno  
para apagar del pueblo los clamores  
y refrenar las iras del infierno.

Soles y estrellas los espacios llenan:  
sobre la humilde tumba solitaria  
los cantos de las vírgenes resuenan:  
la Iglesia en su plegaria  
el santo nombre del Señor invoca  
y al soplo de la vida,

que besa y mece la marmórea roca,  
ésta vacila, tiembla y se contrae,  
y cuando el ángel con sus piés la toca,  
rota en pedazos para siempre cae.

Las harpas de Salem encantadoras,  
Sus himnos inmortales,  
Sus cántigas sonoras  
Regalan á las brisas celestiales;  
Y al son de su armonía,  
Que llena de su encanto  
Desde el celeste Empíreo hasta el profundo,  
Sobre la piedra del sepulcro santo,  
Alza su frente el Redentor del mundo.

¡Dios! dice el trueno con su voz gigante  
Sobre el bárbaro estruendo de la guerra:  
¡Dios! dice el eco por la mar errante,  
Y repitiendo ¡Dios! corre en la tierra.

Brota el perfume de la flor temprana,  
Muere la noche en brazos de la aurora,  
El cielo se engalana,  
Jerusalem arrepentida llora,  
Y en vez de la agonía  
Que al corazon llevaba el sentimiento,  
Cesa el combate, vuelve la alegría,  
Los mares callan y suspira el viento.

¡Dios! dice el hombre que feliz bendice  
La gloria que ilumina sus hogares,  
Y la Iglesia en sus místicos cantares  
¡Hossana! ¡Hossana! fervorosa dice.

Rotas las nubes, impelidas pasan  
En rauda torbellino

Por las auras celestes, que de aromas  
Perfuman su camino;  
Y en su incansable y misterioso vuelo  
Corriendo arrebatadas  
Del manso ambiente al murmurar sonoro  
Por el primer albor tornasoladas,  
Se remontan al sol del infinito  
Llevando en letras de brillantes y oro  
¡Hossana y Dios! sobre su manto escrito.

Y ante la ardiente y encendida llama  
Que del sepulcro brota,  
Y cual lluvia de flores se derrama,  
Sin que su pena y su terror sacuda,  
Callando en tierra el centurion exclama:  
¡Era el Hijo de Dios, no tiene duda!

¡Era el Hijo de Dios! con voz solemne  
Repiten las montañas y los valles  
Al ver que Cristo su cabeza alzaba  
Del polvo en que yacia,  
Y en trono de esmeraldas y arreboles  
Coronado de estrellas y de soles,  
Al cielo entre sus ángeles subia.

¡Era el Hijo de Dios! con voz suave  
Dice el arroyo en su murmullo lento,  
¡Era el Hijo de Dios! exclama el ave  
Surcando alegre la region del viento.

Y Dios cruzando la celeste esfera,  
Rizada por las brisas  
La límpida flotante cabellera,  
Se mece en los espacios,  
Y libre el pecho de rencor y encono

Las puertas celestiales de topacios  
Abre, y se sienta en el eterno trono.

La humanidad en tanto solemniza  
Con júbilo creciente  
El lazo que sus glorias eterniza:  
Y en página elocuente  
Escribiendo la historia de su imperio  
La religion sus hechos diviniza  
Con el manto sublime del misterio.

Como el rayo que allá en los horizontes  
Brotando al renacer de la alborada  
Ilumina los prados y los montes,  
Así del seno de la Iglesia brota  
La fé de nuestro encanto  
Que es ¡ay! la luz del evangelio santo  
Que sobre el mundo y sobre el cielo flota.

Y roto el cetro del tirano impio,  
Que en lágrimas cristianas  
Las perlas convirtiera del rocío,  
La fé sus alas tiende  
Bordadas de verdad y sentimiento  
Mientras á impulso de su sacro aliento  
El alma libre los espacios hiende.

Y el corazon tranquilo y satisfecho  
Triunfante en la pelea  
En que solo el amor prestóle ayuda,  
Exclama en su fervor ¡bendito sea!  
¡Era el Hijo de Dios! no tiene duda.

Y prosternado, ante el altar eterno,  
Que une en el templo las virtudes santas,  
Rindiendo culto á su cariño interno,  
Con la Iglesia y la fé pone las plantas  
Sobre las puertas mismas del infierno.

# Á CALDERON <sup>(1)</sup>

## EN SU SEGUNDO CENTENARIO

Fué asombro de las escuelas,  
Fué de las ciencias portento.  
Calderon.

Nunca llegó mi cancion  
Envuelta en santa plegaria  
A la tumba solitaria  
De tu postrera mansion:  
Mas siempre mi corazon  
Te vió en su constante anhelo  
Cual águila á cuyo vuelo  
El mundo estrecho se cierra,  
Dejando entónces la tierra  
Para remontarse al cielo.

Tu nombre mi pecho inflama  
Y lleva el fuego á mi mente,  
Que va esparciendo el ambiente  
Sobre el que flota tu fama:  
Gigante el mundo te llama

---

(1) Esta poesia obtuvo el primer premio por el Jurado de Málaga, el día 25 de Mayo del 81, consistente en una pluma de oro.

Que tus grandezas pregona,  
Y mientras de zona á zona  
Tu nombre borda en doseles,  
Va tegiendo con laureles  
Los timbres de tu corona.

El eco en tu sueño advierte  
Del pueblo que al admirarte  
Hasta quisiera arrancarte  
De los brazos de la muerte:  
Mas ya que terrible suerte  
Para siempre te sujeta  
A esa losa que respeta  
España en su ardor profundo,  
Alza la frente y del mundo  
Oye los himnos, poeta.

Oye la marcha triunfal  
Que tu virtud simboliza,  
Escucha entre tu ceniza  
El aplauso universal:  
España en eco marcial  
Hoy te recuerda y te canta,  
Te rezá la Iglesia santa  
Al evocar tu memoria,  
Y un monumento de gloria  
En tu sepulcro levanta.

Latiendo sus corazones  
Que impelen sus sentimientos,  
A celebrar tus talentos  
Acuden hoy las naciones:  
Tus ricas inspiraciones  
Subliman su fortaleza,  
Y al levantar la cabeza  
Ante tu ingenio español

Tienen que llegar al sol  
Para admirar tu grandeza.

Mira; de pueblos lejanos  
Vienen á ofrecerte flores  
Afamados trovadores  
De nuestras almas hermanos:  
Suenan los himnos germanos,  
Canta el arpa provenzal,  
Te brinda lauro inmortal  
A más de la noble Galia,  
Desde América hasta Italia,  
Desde el Rhin á Portugal.

Guerrero en tus verdes años  
Fuiste del combate en pós;  
Después demandaste á Dios  
Consuelo en tus desengaños;  
Subiste al fin los peldaños  
Del arte con noble empeño,  
Y hecho de su templo el dueño  
Que celebró tus canciones,  
Al perder tus ilusiones  
Digiste: *La vida es sueño.*

Ante el talento del hombre,  
Abrió su libro la historia  
Escribiendo en él tu gloria  
Al resplandor de tu nombre:  
Voló entónces tu renombre  
Desde la historia al proscenio,  
Asombrando con tu ingenio  
Los pueblos más eminentes,  
Por cima de cuyas frentes  
Pasa flotando tu génio.

Nadie tu fama derrumba  
Que sobre los siglos rueda,  
Ni hay en la tierra quien pueda  
Ver sin respeto esa tumba:  
Hasta el huracan que zumba  
En su piedra alabastrina  
Si en su fúria remolina  
El ramaje del ciprés  
Cae éste humilde á tus piés  
Que besa mientras se inclina.

Hoy el mundo alborotado  
Cual olas que el mar agita  
Alrededor se concita  
De tu sepulcro sagrado:  
En su lápida ha dejado  
Sus coronas en monton  
Y al llegar al panteon  
Donde entre las glorias brillas  
Grita altivo: ¡De rodillas  
Delante de Calderon!

# A DON MARIANO ALVAREZ DE CASTRO

DEFENSOR DE GERONA EN 1809 (1)

Será pasado por las armas el que profiera la voz de capitular ó rendirse.

(BANDO DE ALVAREZ DE CASTRO.)

A MI QUERIDÍSIMO AMIGO Y ANTIGUO COMPAÑERO

EL ILUSTRE ESCRITOR

DON JOSE DE CÁRDENAS

DIRECTOR DE INSTRUCCION PÚBLICA Y DIPUTADO Á CORTES

Voy á cantar porque la fé derrama  
En mí la luz de misterioso arcano  
Mientras mi noble corazon inflama,  
Purificando con su ardiente llama  
Los sueños de mi espíritu cristiano.

Voy á cantar porque el amor me alienta  
Con los encantos del tranquilo techo  
Donde la fé nuestro pesar ahuyenta,  
Como disipa el iris la tormenta  
Que ruge alguna vez dentro del pecho.

Voy á cantar para cubrir de flores  
Al indómito pueblo que el sol baña  
Al destellar sus últimos fulgores,

---

(1) Esta poesía obtuvo el primer premio, consistente en un pensamiento de oro, en el certámen literario de Gerona del año de 1875.

Con que alumbró la valerosa hazaña  
Que hicieron en su honor nuestros mayores.

. . . . .  
. . . . .

Dejad que yo sobre su historia escriba  
Y admire su blason siempre radiante  
Al resplandor de su grandeza altiva;  
Dejad que yo con sus memorias viva  
Y ante las glorias de mi pátria cante.

Dadme aquel plectro y el cantar sonoro  
Que en los tiempos felices que pasaron  
El mundo conservó como un tesoro,  
Porque en ellos las gentes admiraron  
Los grandes génios de la edad de oro,

En el ardiente amor en que me abraso,  
Y dando vida á mi entusiasmo ciego,  
Con él pudiera arrebatara acaso  
Al cantor de Ylion su sacro fuego,  
O su divina inspiracion al Tasso.

¡Oh! ya lo veis: apenas la memoria  
Puede en su espacio conservar los hechos  
Que justifican nuestra eterna gloria,  
Las páginas no bastan de la historia,  
Y los mármoles son tambien estrechos.

Por eso aquí donde si el trueno zumba  
Jamás el alma en su valor se arredra,  
Ni el sólio de sus dichas se derrumba,  
Una hazaña révela cada piedra  
Y un poema de honor es cada tumba.

Por eso ante su hidalga valentía

La erguida frente sin rubor levanto  
 Para decir al mundo, en mi alegría,  
 Cuál es el héroe de la patria mia  
 Que lloro muerto y cuyas glorias canto.

¡Ay! es aquel cuya marcial corona  
 El sol pudo llevar con su renombre  
 Subre sus rayos desde zona á zona,  
 El bravo que á la fama de su nombre  
 Cantan himnós las torres de Gerona.

Alvarez inmortal, el mundo admira  
 La noble historia de tus grandes hechos  
 En que mi mente con razon se inspira:  
 Los que al grabarse en los valientes pechos,  
 Ecos arrancan á mi ardiente lira.

Yo canto á su valor, le canto al hombre  
 Que supo sostener sobre sus hombros  
 La santa empresa que le dió renombre,  
 Y revuelto cayó con los escombros  
 De la ciudad que eternizó su nombre.

Yo canto á su virtud y á su fragancia  
 Los magnánimos rasgos de su historia  
 Al humillar en su altivez á Francia;  
 Canto su pundonor y su constancia,  
 Alvarez inmortal, canto tu gloria.

. . . . .  
 . . . . .

¿Por qué al ardor de su ambicioso anhelo  
 El águila altanera y obcecada  
 Partió del Sena con osado vuelo  
 Para clavar su garra ensangrentada  
 Sobre el límpido honor de nuestro suelo?

¡Por qué en su loca y criminal bravura  
Quiso llevar sus vencedoras huestes  
Hasta el pueblo que libre de amargura  
Gozó bajo las bóvedas celestes  
Hasta entónces sus sueños de ventura?

Con la diadema que su sien circunda  
Acerca á la ciudad sus piés impuros  
El galo audaz, sin que su vista infunda  
Terror al pueblo ni á los flacos muros  
Que el Ter á veces desbordado inunda.

Allí la altiva y poderosa enseña  
Que triunfante corrió de polo á polo  
Venciendo reyes, y de imperios dueña,  
Se estrelló en el valor de un hombre solo  
Cual nave que se rompe en una peña.

Los siglos pasarán, y como aliente  
Un español siquiera que la historia  
A otras naciones de su pátria cuente,  
Les dirá á los reflejos de su gloria:  
Esa es Gerona, doblégad la frente.

.....

Ya se acercan las bélicas legiones  
Llamando al *Gerundés* á la pelea;  
Abren zanjas, emplazan los cañones,  
Y el bosque umbroso por la noche humea  
Pareciendo los árboles hachones.

Llegan, se acercan, con valor creciente  
Queman las quintas y los campos talan,  
Y avanzando cual rápido torrente

Espada en mano y á tambor batiente  
El débil muro intrépidos escalan (1).

¡Esfuerzo vano!... Ni aún el muro abierto  
Se rinde á los estériles alardes  
Que vienen á aumentar su desconcierto;  
Porque Gerona, donde no hay cobardes,  
Es pueblo que se rinde sólo muerto.

Alvarez nunca el porvenir inmola  
Ni ante aquellos impávidos guerreros  
Que al brillo de su espléndida aureola  
Con la sangre lavaron sus aceros  
De los torrentes de Friedlan y Arcola.

Por eso al observar que les rodean  
Las sitiadoras haces por momentos  
Que en los llanos y cerros merodean  
Y como miés al soplo de los vientos  
En los campos estériles ondean;

Todos los medios de defensa agota,  
Carga el fusil, arrastra la cureña,  
Prepara minas y el castillo azota  
Con el negro crespon que como enseña  
De guerra á muerte en las almenas flota.

Y frente á frente, sin buscar abrigo,  
Al horrible crugir de la metralla  
Que muerte y destruccion lleva consigo,  
Se estaciona sereno en la muralla  
Retando y maldiciendo al enemigo.

---

(1) Asalto de Monjuich en 18 de Julio de 1809, en que perdieron los franceses 2.000 hombres. *Toreno*, tomo 3.º, pág. 97.

Mas no le basta: cuando ve que avanza  
Mortífero el cañon contra Gerona,  
Abre las puertas, y á buscar venganza  
La ciudad con sus bravos abandona,  
Y cuerpo á cuerpo á combatir se lanza.

No eran hombres aquellos, eran fieras  
Que rabiosas con ímpetu acometen;  
Rompen las líneas, saltan las trincheras,  
Y á sangre y fuego por doquier se meten  
Destrozando soldados y banderas.

Lucha el galo, se aturde, se revuelve,  
Y cuando ve que el *Gerundés* le envuelve,  
Que clava sus cañones y destruye  
Su fuerte campamento, atrás se vuelve,  
Deja el botin y entre vergüenzas huye (1).

¡Triste victoria! Esfuerzo generoso  
Que revela el inútil sacrificio  
Del corazon entero y valeroso  
Que nunca se ha entregado en su reposo  
Al corrompido cenegal del vicio.

Mas ¡ay! el astro que la tierra inunda  
De la brillante lumbre soberana  
Con que los cielos á la vez circunda,  
Quizá ilumine con horror mañana  
La sangre y los escombros de *Gerunda*.

. . . . .  
. . . . .

Ya vuelven otra vez: ya en lontananza  
El polvo anuncia que con doble gente

---

(1) Toreno, tomo 3.º, pág. 106.

Airado el galo y orgulloso avanza,  
Queriéndola arrancar en su venganza  
El laurel á Gerona de su frente.

Un hombre solo, tétrico y sombrío  
Sobre sus muros incesante vela  
Aún respetado del cañon impío;  
Dirige el fuego, los cuarteles cela,  
E infunde al pueblo su indomable brío.

¡Alvarez era! Cual fugaz fantasma  
Que brota y muere entre la sombra oscura  
Corre y se agita con audaz bravura,  
Y á los soldados y á las gentes pasma  
Encontrar donde quiera su figura.

Es preciso vencer, grita lanzando  
Una lluvia de plomo desde el muro  
Que las filas contrarias va diezmando,  
Y entre las nubes de crespon oscuro  
Que forma el humo, se le ve mandando.

Vuelve á la lucha, que jamás se abate  
Ante el rigor de su fortuna amarga  
El alma grande que en su pecho late,  
Por eso sale, y decidido carga  
Al sitiador en desigual combate.

Como torrente de feroz tormenta  
Que arrastra piedras, árboles y casas  
Entre el fiero huracan que lo violenta,  
Y en tumbos ruedan en revueltas masas  
En medio á su corriente turbulenta,

Así penetran por las huestes galas  
En ráudo y descompuesto torbellino

Los gerundeses, vomitando balas,  
Cual si llevaran en sus brazos alas  
Que bañaran en sangre en su camino.

¡Todo perdido! Nuevos batallones  
El enemigo enfurecido avanza  
Apoyados por lanzas y cañones,  
Y creciendo su encono y su pujanza  
Se lanzan á la lid como leones.

Cual tigre el *Gerundés* mata y degüella;  
En montones de muertos se revuelve,  
En cráneos del francés su espada mella,  
Y al verse rebasar tuerce la huella  
Y tinto en sangre á la ciudad se vuelve (1).

Allí, bajo las cúpulas que humean  
Hundidas y quemadas por los fuegos  
Que por todos los ámbitos serpean,  
En los hogares donde en santos ruegos  
Las vírgenes sus lágrimas oread,

Ante el negro sepulcro solitario  
Roto al crugido de la bomba impía  
Que arranca de su fúnebre sudario  
Destrozado el cadáver que dormía  
Bajo el negro ataud del santuario;

Alvarez con valor se precipita,  
Y con rugiente voz atronadora,  
Mientras que muertes el obús vomita,  
Con iracunda saña asoladora,  
A los que tratan de rendirse grita:

«Yo no me rindo, ni de tal hablemos,  
Y al que haga de traicion vanos alardes,  
Le ahorcaré de una almena, y si nos vemos  
Sin tener que comer, nos comeremos  
A todos los traidores y cobardes» (1).

Oyese en tanto el infernal estruendo  
De cien cañones que á la vez la muerte  
Por la heróica ciudad van esparciendo,  
Y véñse las columnas que corriendo  
Van al asalto por su mala suerte.

Alvarez corre cual fugaz centella,  
Prende fuego al volcan de su muralla,  
Destruye una columna en Gironella,  
Tiembra la catedral con la metralla  
Que cual lluvia de plomo sale de ella.

Las casas, los balcones, los sagrarios  
Llamas vomitan sobre el galo impuro,  
Aumentan el fragor los campanarios,  
Y luchan y reluchan sobre el muro  
Con la crueldad de lobos sanguinarios.

Vacilan los franceses, dudan, cejan  
Una vez y otra vez, y al fin se alejan  
Del campo del honor, cuando cubiertos  
Los anchos fosos y los muros dejan  
De sus mejores combatientes muertos.

Mas no desmayan: con empuje ciego  
Ya reforzados á luchar se lanzan  
Cegando fosos y doblando el fuego,  
Y á los que mueren los reemplazan luego  
Nuevas columnas que incesante avanzan.

---

(1) Toreno, tomo 3.º, pág. 115.

¡Cruel angustia!... Caen los torreones  
Como peñon que desarraiga el viento;  
Les falta que comer, no hay municiones,  
El pueblo lucha sin cesar, hambriento,  
Y mueren los soldados á montones.

Un hombre solo con el alma herida  
Impávido en el muro se pasea  
Mientras su inmenso corazon no olvida  
Que en aquella fatídica pelea  
Juegan su honor España y él su vida.

Sereno y con valor, aunque angustiada  
El alma se le rompe en mil pedazos,  
No revela jamás en su mirada  
Lo que sufre al mirar los fuertes brazos  
Que ya no pueden sostener la espada.

Un cuadro funeral solo el recinto  
Y la rica ciudad y sus colinas  
Ofrecen ¡ay! á su apenado instinto,  
Al ver por entre muertos y ruinas  
Al Galligans correr en sangre tinto.

Siete lunas pasaron, y aquel fiero  
Hombre inflexible, indómito soldado,  
Que tantas glorias arrancó á su acero,  
En las piedras del muro recostado,  
Mas no rendido su ademan guerrero.

Sosteniendo su aliento soberano  
Clava la vista en el oscuro monte,  
Buscando ver al resplandor lejano  
Que despide la luz del horizonte,  
El socorro español que espera en vano.

Mas no ve una esperanza ni remota  
Porque el francés le tiende una celada,  
Sorprende al español en su jornada,  
Le coje los bagajes, lo derrota  
Y queda lá ciudad abandonada.

Truena el cañon, sin que á su ronco estruendo  
Los héroes de Gerona se acobarden  
Que pueden sostenerse combatiendo,  
Que pocos quedan, porque van muriendo  
Bajo los techos que con ellos arden.

Alvarez coje la inmortal bandera  
Que lleva impresa su inmachita historia  
Con sangre de su cuerpo, y con la fiera  
Mirada del rencor, tras de la gloria,  
Generosa ambicion que en él impera.

El triste cuadro que le cerca mira,  
Al campo sale, de la espada tira,  
Y con ella apuntando al enemigo  
Dice, estallando su tremenda ira:  
«El que quiera morir, venga conmigo.» (1)

Nadie retrocedió: ni los lamentos  
Se oyeron del transido moribundo  
Al devorar sus últimos momentos,  
Y con los secos ojos macilentos  
Viva señal de su dolor profundo,

Aquellos invencibles catalanes  
Sin temor á morir, niños y ancianos,  
Con los pechos rugiendo cual volcanes,  
Se lanzan á la lucha como alanos  
Impelidos por fieros huracanes.

---

(1) Toreno, tomo 3.º, pág. 108.

Las mujeres tambien, con el deseo  
De la venganza que en sus almas late  
Y evitar la deshonra y el saqueo,  
Cojen la espada y el marcial arreo  
Y van con Santa Bárbara al combate. (1)

De religioso ardor henchida el alma,  
Por sagrados impulsos arrastrado,  
El sacerdote ungido y consagrado  
Deja la paz de su mansion de calma  
Cuando su templo mira profanado,

Y con la luz que la virtud destella  
Que descender en su oracion ha visto  
Como del cielo refulgente estrella,  
Vuela á la lucha á perecer en ella  
Bajo la enseña de la cruz de Cristo.

En las venturas de su pátria fijos  
Van todos á la lid, y en los prolijos  
Combates que se dan, miran las madres  
A su lado caer muertos los hijos,  
Y lo mismo los hijos á los padres.

Y caen allí.. Que el galo les acosa,  
Les rechaza y empuja á la muralla,  
Y con su hueste que entra en la batalla  
Veinte veces quizás más numerosa,  
Los destruye y los barre la metralla.

¡Destino infando!... La ciudad parece  
Envuelta entre los pliegues del sudario  
De sangre que sus calles enrojece,  
Y sube con su cruz hasta el Calvario  
Que solo tumbas á su vista ofrece.

---

(1) Toreno, tomo 3.º, pág. 92.

Bajo el quemado monte triste mira  
Sus palacios y templos destruidos,  
Arder sus casas en inmensa pira,  
Sus valientes caer desfallecidos  
Ante la muerte que incesante gira.

¡Cuánta desolacion!... ¡Ay! destructora  
La parca vil con su segur sangrienta  
Aterra, y con su sed devoradora,  
Se agita y se revuelve asoladora  
E infestados miasmas solo alienta.

El hambre aumenta, la miseria crece,  
La abrasadora sed seca y consume  
Al corazon más bravo, que perece  
Entre la gloria que al morir le ofrece  
Sus flores de riquísimo perfume.

Aterrán ¡ay! los ayes y quejidos  
Que parten de los cerros y los valles  
De hambrientos, apestados y de heridos,  
Y expelen su hediondez sobre las calles  
Insepultos cadáveres podridos. (1)

Y al maléfico influjo, no á las balas,  
De la infestada atmósfera que flota  
Robando á la ciudad sus ricas galas,  
El génio de las tumbas que la azota  
La infiltra la ponzoña con sus alas.

Pálido el héroe, consumido y yerto,  
Descarnada la faz, la calentura  
Dándole vida á su delirio incierto,  
Encuentra en los escombros sepultura  
Quizás al lado de su padre muerto.

---

(1) Tereño, tomo 3.º, pág. 116.

La cariñosa vírgen inocente  
En medio á la miseria y el estrago,  
Apagada la vista, falleciente,  
Inclina, al recibir su último halago,  
Sobre su madre la marchita frente.

El aterido anciano tembloroso  
Ve nublarse la luz de sus mañanas  
Al álito del viento contagioso,  
Y bajo el hielo de sus pobres canas  
Morir su corazon antes dichoso.

Cadavérico el rostro, vidriosa  
La quebrantada tez, el mal sintiendo,  
La madre tierna, con la faz llorosa,  
Al hijo abraza, y dícele amorosa  
Que sin agua ni pan se está muriendo.

La esposa desvalida, estenuada,  
Lívido el lábio, cárdeno el semblante,  
Por la pena y el hambre traspasada,  
Contempla, con terror, siempre delante  
La sombra del marido ensangrentada.

Y al ver ya rotos los amantes lazos,  
Con los ojos hundidos en sus huecos,  
Mira á los de su amor dulces pedazos,  
Al niño que al beber sus pechos secos  
Halla la tumba en los maternos brazos.

El cólera, la sed, el hambre, el fuego  
Siembran la destruccion, espanto infunden;  
Los vivos y los muertos se confunden  
Ante el silencio y el mortal sosiego  
Que interrumpen las casas que se hunden.

Rotos los muros, el recinto abierto  
Yace sin héroes, de defensa falto,  
Y los pocos que luchan sin concierto  
Ven avanzar á pecho descubierto  
En tropel las columnas al asalto.

¡Horrible confusion!... ¡Tristes instantes!  
En sus lechos de huesos y de espinas  
De los valientes que murieron antes,  
Verán agonizando á los restantes  
Cercados de esqueletos y ruinas.

Bañado en sangre con rabioso anhelo  
Acude el *gerundés*, el paso cierra  
Y ya en las calles, al favor del cielo,  
Muere matando, y cuando cae en el suelo  
Abrazado al fusil muerde la tierra.

El héroe de Gerona, ¿dónde se halla?  
¿Dónde está el hombre que jamás ha huido  
Ni al principio ni al fin de la batalla?  
El centinela fiel de su muralla,  
Alvarez inmortal, ¿dónde te has ido?

Nadie responde; tátricos fulgores  
El sol naciente á la ciudad ofrece,  
Desierta por el luto y los dolores,  
La que en silencio sepulcral parece  
Que tiembla al redoblar de los tambores.

Allí está ya: sus incansables hombros  
Se rindieron al fin á su despecho;  
La fiebre abrasa su indomable pecho

Y entre hediondos cadáveres y escombros  
Respira apenas en doliente lecho. (1)

Ya no hay remedio. ¡Situacion horrible!  
Crece el incendio y la matanza cunde,  
El águila penetra irresistible,  
Y todos ceden, porque no es posible  
Luchar en una tierra que se hunde.

Trémula el alma, hipócrita, avarienta,  
Con faz avergonzada, al delirante  
Moribundo el francés se le presenta  
Para que firme en tan supremo instante  
Aquella rendicion del galo afrenta.

Alvarez se levanta, y recayendo  
En el lecho, furioso se retuerce,  
Los dientes de coraje recrugiendo,  
Y al vértigo febril que en él ejerce  
La fatal impresion que está sufriendo.

La huesosa cerviz alza atrevido,  
Y en él los ojos fijos y en sus bravos,  
Ronco le dice, en su soberbia herido:  
«Los muertos mueren libres, nunca esclavos.»  
Y cayóse en el lecho sin sentido.

.....

El águila avarzó tempestuosa  
Sin oponerse nadie á sus legiones,  
Entre el silencio y soledad medrosa,  
Clavando en las ruinas los pendones  
Y dominando la ciudad famosa.

---

(1) Torenó, tomo 3.º, pág. 117.

Mas al pisar allí, se hundió en un lago  
De escombros y de muertos y cenizas,  
Emponzoñado por el viento vago,  
Hallando en tanta destruccion y estrago  
Rendido al pueblo aquel, pero hecho trizas.

De tal desolacion horrorizada  
La que el cetro rompió de los imperios  
Y al mundo puso leyes con su espada,  
«salgamos, dijo, al fin avergonzada,  
pueblos á conquistar, no cementerios.»

Así acabó la ensangrentada guerra  
Que eterna gloria y perdurable llanto,  
Dejó por siempre en tan dichosa tierra,  
En siete lunas de dolor y espanto  
Cuyo relato al universo aterra.

En su grandeza y su virtud Gerona,  
Iluminada por el limpio faro  
Que sus hechos llevó de zona á zona,  
Con la ingnomia del francés avaro,  
Los laureles tegió de su corona.

Y un hombre fué quien al quebrar la espada  
De Egipto y de Alemania que los duros  
Hielos del Norte ensangrentó afilada,  
Repitió la fatídica jornada  
Que halló Belfonds bajo los mismos muros.

Los siglos pasarán, y en la memoria  
Vivirá de los hombres la epopeya  
Que arroja el esplendor de tanta gloria;  
Pues Gerona, lo mismo que Pompeya,  
Brotó de entre cenizas á la historia.

Y aquel destello de indecible arrojo  
Que dióla impulso con potente mano,  
Cubrió á la Europa de mortal sonrojo,  
Y al despertarla su dormido enojo  
En masa la estrelló contra el tirano.

Sacude sus históricas melenas,  
Humilla su valor, huella su trono,  
Su fama y su poder torna en arenas  
Y rompe en Waterlóo, con fiero encono,  
El último eslabon de sus cadenas.

Y un hombre fué de gigantesco brío,  
De carácter de hierro, de inflexible  
Y dura voluntad, el que el impío  
Vuelo contuvo el águila terrible  
Y la espantó con ímpetu bravío.

Alvarez solo; por la hispana zona  
Corrió la fama de su gloria entónces  
Que el universo con ardor pregona  
Al grabar sobre mármoles y bronces  
Su nombre con los hechos de Gerona.

Y ese fué el hombre á quien la saña impía  
En el vértigo acaso y el delirio  
De su innoble y brutal hipocresía,  
Llevó en un calabozo hasta el martirio  
Con inícua y feroz alevosía. (1)

El mundo todo con ferviente anhelo  
Sus glorias en magnífico poema  
Escribió de cariño y de consuelo,  
Tegiéndole á la vez santa diadema  
Con flores de los ángeles del cielo.

(1) Toreno, tomo 3.º, pág. 119.

# A MARÍA AL PIE DE LA CRUZ.

---

Mujer, hé ahí á tu Hijo.  
(SAN JUAN *cap.* 19, v. 25.)

A MI SIEMPRE ESTIMADO PRIMO

EL CORONEL TENIENTE CORONEL DE ARTILLERÍA

D. FÉLIX LLANOS DE LA TORRE.

---

Madre del Verbo afligida,  
Estrella siempre brillante,  
Sublime paloma errante  
En los campos de la vida;  
Flor del Cielo desprendida,  
De santo aroma fecundo,  
Amor inmenso, profundo,  
Que todas las almas llena;  
Íris hermoso, que enfrena  
Las tempestades del mundo.

Emperatriz soberana,  
Que, libre de humano encono,  
Elevas tu regio trono  
Sobre la gloria mundana;

---

(1) Esta poesía obtuvo el primer premio en el certámen literario de Gerona de 1872, y además una pluma de plata que el Obispo de la misma diócesis regaló por su cuenta al autor.

Que, ardiendo en la fé cristiana  
Que engendra la mansedumbre,  
Al sol de pródiga lumbre  
Con que los espacios llenas,  
Del Líbano de las penas  
Subistes hasta la cumbre.

Madre del amor divino  
Que la fé creyente halagas,  
Que siempre la sed apagas  
Del cansado peregrino;  
Que en tu angustioso camino  
Buscas á los que te adoran,  
Amparas á los que imploran  
Tu clemencia en este suelo,  
Y eres ángel de consuelo  
Para las almas que lloran.

Reina hermosa del Eden,  
Que, herida el alma de espinas,  
Con lágrimas las ruinas  
Riegas de Jerusalem;  
Que á las arpas de Salén  
Arrancas mágicos sonos,  
Que en los muertos corazones  
Despiertas el sentimiento,  
Y haces vibrar en el viento  
Las celestiales canciones.

Tú, en cuya frente alborea  
La aurora cuando amanece,  
Pasionaria que florece  
En los campos de Judea,  
Blanca perla que hermosea  
Del sol la postrera luz,  
Cuando entre el negro capuz

Que va la tarde envolviendo,  
Vas los ayes recogiendo  
Del Dios que muere en la Cruz.

¿Por qué con negro crespon  
Ciñes tu pálida frente?  
¿Por qué lloras tristemente  
A las puertas de Sion?  
¿Por qué en tu inmensa afliccion  
Vas al monte solitario,  
Donde al eco funerario  
Que tu corazon aterra,  
Sientes retemblar la tierra  
Y estremecerse el Calvario?

¿Porqué con lenta agonía,  
Por esa senda de abrojos,  
Con lágrimas en los ojos  
Vas caminando, María?  
¿Por qué tu mente sombría,  
Rotas sus dulces cadenas,  
Busca en las rojas arenas  
Que pavimentan el monte  
Un mundo sin horizonté,  
Un horizonte de penas?

¡Mírale allí!... Gota á gota  
Vierte su sangre bendita;  
Su pecho ya no palpita;  
El viento su frente azota,  
Pálida la muerte flota  
En su semblante ideal;  
Desde el madero fatal  
Su cuerpo inclina hácia el suelo,  
Cual palmera del Carmelo  
Que retuerce el vendaval.

La turba grita insolente,  
De duelo y muerte sedienta,  
Mirando alegre la afrenta  
De Dios, en la cruz pendiente;  
El odio agitarse siente  
En su alma, de sangre avara;  
Por eso cuando repara  
Que alienta vida en su seno,  
Baña su boca en veneno,  
Para escupirle á la cara.

Mas ¡ay!... su cadáver frío  
Convulso en la cruz se agita;  
Su frente helada y marchita  
Es una flor sin rocío;  
Sobre su rostro sombrío  
Lleva su martirio impreso;  
¡Ay! y al sucumbir al peso  
De afrentas tantas y agravios,  
Parece que aún en sus lábios  
Palpita el último beso.

Al eco del ronco trueno  
Que en los ámbitos retumba,  
Mientras la quebrada tumba  
Abre su lúgubre seno,  
Al éter de nubes lleno,  
Que entre su manto infecundo  
Envuelve el sol moribundo  
Ahogando sus rayos rojos,  
¡Ay! parece que sus ojos  
Cierra, bendiciendo al mundo.

Acude, Madre, y halaga  
Su sonrisa con la tuya;  
Antes que su sér concluya,

Su último suspiro apaga:  
La luz que en sus ojos vaga  
Reencienda tu fé bendita;  
Refresca su faz marchita,  
A golpes hecha pedazos,  
Que el hijo siempre en los brazos  
De su madre, resucita.

¡Ah! no: en triste soledad  
Llora de la cruz al pié:  
Entre tu amor y su fé  
Se ha alzado la eternidad.  
Demente la humanidad,  
Sin temblar de sus horrores,  
Ahogó tus tiernos amores  
En ese afrentoso lecho,  
Grabando en tu amante pecho  
El dolor de los dolores.

Llora, que al fiero quebranto,  
Que tus entrañas encierra,  
De tu cariño en la tierra  
No queda ya más que llanto.  
Mas ¡ay! aunque el desencanto  
Torne en sombras tu esplendor,  
No te importe que el dolor  
Tu casto seno taladre,  
Que el corazón de una madre  
Es un poema de amor.

Llora, hermosa nazarena,  
Que, de pesares transida,  
En cada paso en la vida  
Has encontrado una pena;  
Llora, cándida azucena  
Del celestial santuario,

Que al perfumar solitario  
Este mundanal desierto,  
Con lágrimas lo has cubierto  
Desde Belen al Calvario.

Madre infeliz, sin ventura,  
Entre dolores cautiva;  
Generosa sensitiva  
Del cáliz de la amargura;  
Brisa dulcísima y pura,  
Que con blando aliento bañas  
Al hijo de tus entrañas  
Que muere en la cruz impía,  
Repitiendo su agonía  
El eco de las montañas!

Llora, que turbio el Cedron  
Parece que va gimiendo,  
Las lágrimas recogiendo  
Que brota tu corazon;  
Llora, que las penas son  
Dignas de la fé triunfante,  
Que humillar sabe arrogante,  
Enmedio á su loco empeño,  
A ese mundo tan pequeño  
Que hirió aquel alma gigante.

¡Infeliz! Tus ilusiones  
Allí muertas han caído,  
Mientras tu sér ha perdido  
Sus más puras sensaciones:  
En rápidas vibraciones  
El alma romperse quiere,  
Sin mirar que quien la hiere  
En su profundo despecho  
Es la fé, que allá en el pecho  
Lucha, pero nunca muere.

¡Allí está!... De sus misterios  
El eco en torno retumba;  
Murió el Dios que hizo su tumba..  
Con polvo de los imperios;  
Quien hizo de cautiverios  
La Tierra de Promision;  
El que venció á Faraon  
Y holló las romanas clámides;  
El que arrancó á las Pirámides  
Secretos de la creacion.

Llora al pié de ese madero  
Con el alma, Madre mia;  
Sobre aquella boca fria  
Clava tu beso postrero;  
El cadáver del Cordero  
Recoge en tu seno santo,  
Y en tu angustioso quebranto  
Enseñe tu amor profundo,  
Que habeis redimido al mundo,  
Él con sangre. Tú con llanto.

# AL SEPULCRO DE SANTIAGO

ODA (1)

A MI QUERIDO AMIGO EL ELOCUENTE ORADOR SAGRADO,  
MAGISTRAL DE COMPOSTELA

D. GASPAR FERNANDEZ ZUNZUNEGUI

*Visitavit nos per Sanctum  
suum apostolum.*

*Oh gloriosum hispaniæ reg-  
num.*

(ECCL. IN OFF S. JACOB.)

Nunca mi corazon, nunca mis ojos  
Hallaron dicha tanta  
En su camino lóbregos de abrojos;  
Nunca mi lira que cantó sonora  
Las grandes glorias que al presente canta,  
Pudo arrebatadora  
Tocar las nubes, desgarrar sus velos,  
Y alzar sus ecos cual los alza ahora  
Desde el fondo del mundo hasta los Cielos.

Nunca la fé que levantó potente  
Mi espíritu postrado  
Alas prestando á la agitada mente,  
Llevó su sentimiento  
Hasta escalar con su fervor bendito  
El sol que duerme en la region del viento  
O el alma que revuela en lo infinito.  
Hoy, alentado por la luz suprema

---

(1) Esta poesia obtuvo el primer premio consistente en un cuadro de plata y oro con la figura del Sepulcro de Santiago y encima el Santo á caballo, en el certámen literario que tuvo lugar en Pontevedra el 25 de Julio de 1880, y en el que tuvo lugar en Santiago en igual dia de 1875.

Que brilla y resplandece  
En la Cruz inmortal de la diadema  
Que las virtudes á tu frente orlaron,  
Consagro á tu memoria  
Los cantos que á mi espíritu inspiraron  
La fé, la religion, Dios y la historia.

. . . . .  
*Hijo del trueno*, mártir de una idea (1)  
Que creciendo del Gólgota en la cumbre  
Iluminó tu frente en Galilea  
Cuando Jesus con alma agradecida  
A tu virtud y su candor divino,  
Al arrancarte de tu humilde vida  
Te enseñó la verdad y su camino.

El con la fé de su ternura eterna,  
Con el alma grandiosa y sobrehumana,  
Con la piedad inextinguible y tierna  
Con que el amor y la virtud hermana,  
En medio de la pena que sentía  
Despedazar su vida y su ventura,  
Triste en Getsemaní te preguntaba  
Si anhelabas el cáliz de amargura  
Apurar que en su fin el apuraba.

Tú no dudaste, con el alma entera  
Siguiéndole con pena y desconsuelo  
Y la verdad sembrando por do quiera,  
Corriste el mundo y asombraste el suelo.  
Al Asia la despiertan tus doctrinas,  
La Europa tiembla de tu inmensa fama,  
Y hasta la España incrédula se asusta  
Cuando la Virgen del Pilar te llama  
Y al Templo vas de la Ciudad Augusta.

Y no detiene tu seguro paso  
La tempestad sombría  
Que encima de tu frente se amontona

---

(1) Así llamaba Jesús á los dos hermanos Apóstoles Santiago y San Juan.

Y te amenaza con su saña impía:  
Tu espíritu ambiciona  
Mayor espacio, y generoso vuela  
Como el soplo de Dios sobre la altura,  
Y en sus alas te lleva á Compostela  
Do trazaste quizás tu sepultura.

Mas ¡ay! apénas el bagel mecido  
Por el mar cariñoso  
Que á tus plantas ahogaba su bramido,  
En busca de reposo,  
Solicito te lleva á Palestina  
Donde Jerusalén llora tu suerte,  
El rey pagano tu virtud tortura,  
Y entre las ánsias de temprana muerte  
Te hace apurar el cáliz de amargura.

¡Y pudo la crueldad, pudo el martirio  
Apagar el aliento de tu vida  
Ni abatir tu valor! ¡Vano delirio!  
Tu fé fortalecida  
Penetra en las cabañas y palacios,  
Hiere el error y la impiedad derrumba,  
Y tu espíritu vuela á los espacios  
Escapado del fondo de su tumba.

. . . . .  
Medrosa noche, solitaria y triste,  
Estiende el manto oscuro  
Que con negro crespon la tierra viste;  
Allá no lejos del Iriense muro,  
Del bosque en el frondoso laberinto  
Trémulas luces á la vista halagan  
Que cual vivas estrellas del recinto  
Alumbran sin cesar, nunca se apagan.

Con misteriosa llama y rara lumbre  
Reflejan en la fértil espesura,  
Mirando la ilusion bajo el ramaje  
Un mar de antorchas que en la noche oscura

Agita su magnífico oleaje.

¡Ah! Ya lo veis. En el ferviente arcano  
Del corazón bendito  
Corre á los bosques el pastor cristiano (1)  
Oyendo al fin de su conciencia el grito  
Y aunque duda un instante, ven sus ojos  
Ya deslumbrados por sus rayos bellos,  
Aquellas luces de colores rojos  
Que al esparcir sus vívidos destellos  
Oscilan y revuelan,  
En medio del vergel menguan y crecen,  
Y en el sitio en que están casi revelan  
El misterio que al mundo al fin ofrecen.

Talan los robles, cavan la colina  
Tras el tesoro que en su seno encierra,  
Como si el bien de la bondad divina  
Se hallase en las entrañas de la tierra.

Hiere audaz la piqueta y rechazada  
Saltan chispas del antro medio abierto,  
Do vése una capilla soterrada  
De rico mármol, por la luz cubierto.  
Al fúlgido reflejo de una aurora,  
que luz inextinguible reverbera  
Sobre el marmóreo lecho que atesora  
Aquella sombra de sublime encanto,  
De una capilla al celestial abrigo  
Se destaca un sepulcro sacrosanto  
De eterna admiración mudo testigo.

Al verlo, todos la rodilla doblan,  
Y en la dulce oración que el viento vago  
En nombre de ellos al Señor ofrece,  
Grita el pueblo Iriense: ¡Santiago!...  
Y se apaga la luz y desaparece.

(1) El obispo Teodomiro.

Y era el sepulcro del que Dios un tiempo  
Elegió como bueno y á su lado  
Subió al Tabor: con el que fué al sombrío  
Monte de las Olivas y admirado  
Vió el milagro en el templo del judío.

Era el Apóstol grande y soberano  
Del Arbol de María,  
Hijo del trueno, de San Juan hermano,  
Que á España su cadáver devolvía.  
El casto rey cuya valiente espada  
En defensa de Dios nunca depone  
Que enfrena la morisma de Granada  
Y al monarca de Córdoba se impone,  
Acude presuroso  
Atravesando dilatada zona,  
Sin calma ni reposo,  
Para ver el portento que pregoná  
La fama por los pueblos y naciones;  
Por eso cuando llega ante el sepulcro  
Humilla sus pendones,  
Y las bélicas cruces enarbola;  
Prestando su mision al cuerpo santo  
Al que rinde su cetro, su aureola,  
Sus joyas, sus conquistas y su manto.

Del ocaso del sol con firme aliento  
Vinieron peregrinos, y de Oriente,  
Que dejaron al pié del monumento  
La rica ofrenda de su amor ardiente.

Y crece el entusiasmo y la esperanza  
Con el fervor cristiano,  
Viéndose aparecer en lontananza  
El sol compostelano;  
Y sienten las antiguas catedrales,  
De la fé religiosa hermoso emblema,  
Pasar sobre sus frentes señoriales  
La cruz y la diadema

Del templo suntuoso  
Que baten con sus alas los querubes,  
Cuyas cúpulas alza majestuoso  
Sobre alfombra de estrellas y de nubes.

Basilica inmortal, Iglesia eterna,  
Que las grandezas de la fé pregonas  
Y á cuya luz sublime se prosterna  
El pueblo reverente;  
Que en tus bóvedas sacras amontonas  
Lámparas de oro, rica argentería,  
Preciosos ornamentos,  
Alhajas de esquisita pedrería,  
Estátuas y reliquias, monumentos,  
Pirámides de plata que se alzaron  
Y en la region etérea se perdieron;  
Riquezas que al Apóstol regalaron,  
Las cien generaciones que se fueron.

Tú que levantas tu soberbia frente  
Hasta besar del sol la egrégia planta,  
Que llevas una *Concha* prominente  
Y sólo abres á Dios tu *Puerta Santa*.

Tú, cuyas torres con cariño azotan  
De los vientos las ráfagas suaves,  
Que nunca silban ni jamás rebotan  
En los cóncavos techos de tus naves.

Que acariciada por las blandas brisas  
Que al Cantábrico mar sus alas tienden,  
Contemplas apagarse en tus cornisas  
Los ígneos rayos que los vientos hienden,  
Porque al amor sublime  
Que el alma jubilosa,  
Al ensancharse su entusiasmo oprime,  
Vives junto á esa losa  
Que en su estimado centro alabastrino  
Tantos tesoros de virtud encierra,  
Que han abierto por verlos ya camino

Los pueblos más remotos de la tierra.

.....  
¡Expléndida ciudad! Flavia escogida  
Para guardar los pálidos despojos  
Que á tus campos y calles dieron vida;  
Mira ya ante tus ojos  
El pedestal del férvido cariño  
Que es la ortodoxia de los pueblos grandes,  
Que empiezan en las márgenes del Miño  
Y pasan de las cumbres de los Andes.

Nunca desmayes, con la fé avanzando  
Vela esa sombra por tu amor guardada  
Que ves dormir en tu regazo blando,  
Que desde el fondo de su tumba helada  
El Apóstol tambien te está velando.

Ante el cancel que sus cenizas guarda  
No temas que la audacia se engalane,  
Ni que al impulso de ambicion bastarda  
La Cruz bendita de tu altar profane.

Mira, se acerca con la invicta luna  
El soberbio Almanzor que lleva esclava  
De su poder inmenso la fortuna.  
El valeroso Hegid, que en cien peleas  
Humilla á España de su fé triunfante,  
Y ciudades, palacios y preseas  
Arrastra en pos de su valor gigante,  
Arranca, ¡oh Compostela! tus campanas,  
Tus altas torres reduciendo á escombros,  
Llevándolas á Córdoba en los hombros  
De las cautivas huestes castellanas.

Mas al querer en su brillante emporio  
Profanar tu sepulcro y arrancarte  
Del lecho mortuorio,  
Se sintió sacudir, sólo al mirarte,  
Por eléctrica chispa y de repente  
Cruzaron en los aires las estrellas

Y entre el fragor horrísono, estridente,  
Relámpagos y rayos y centellas  
Partieron del sepulcro hasta su frente.

De espanto estremecido,  
Apagados su rabia y sus enojos,  
Se apartó del sepulcro arrepentido  
Cayendo ciego ante el altar de hinojos (1).

Y así cuando altanero  
A impulso de satánica soberbia  
Quiso arrancar con su tajante acero  
La cruz de tu sepulcro sacrosanta,  
El cielo se derrumba  
Y ahogando la blasfemia en su garganta,  
Su orgullo estrella en tu marmórea tumba.  
Y en tanto que ibas en dorada nube  
Rasgando sus pendones  
Como huracán que hasta los cielos sube,  
En santas oraciones  
La cristiandad postrada te contempla  
Y admira tu pujanza  
Mientras su sed devoradora templa  
En la gloria que brota de tu lanza.

Y cómo no, si en nuestra larga guerra  
Tú has sido el héroe de la noble España,  
Has sido el protector de nuestra tierra  
Y su escudo inmortal en la campaña.

Tú alentaste la fé de nuestros pechos,  
Infundiendo el valor en nuestras almas,  
Con el ejemplo de tus grandes hechos;  
Tú llevaste en tus alas prepotentes  
El lábaro fecundo  
Que cruzó con asombro de las gentes  
Los espacios recónditos del mundo.

---

(1) Hablan de este milagro Manzano, Lucas de Tuig, Bleda, Garibay, Borganza, Monge de Silos, Perez de Mesa y otros muchos.

Por eso en las angustias de la pátria  
Cuando el peligro crece y la aniquila  
Y entre el rudo fragor de la tormenta,  
Su fé retiembla y su poder vacila  
Y su heróico valor se desalienta.

Acude presurosa  
Consuelos á buscar para sus penas  
De tu sepulcro en la marmórea losa  
Y allí siente en sus venas  
Renacer su esperanza y su ventura  
En tanto que bendita  
En las ráfagas ve del viento vago  
Con estrellas escrita,  
La venerable cruz de santiago  
Por eso el pueblo que á tus piés se postra  
De sacro amor y de esperanzas lleno,  
Cuando los males de la pátria arrostra  
Con ánimo sereno  
Jamás ante el terrible  
Destino se doblega ni se humilla  
Creyéndose invencible  
Con solo penetrar en tu capilla  
Aspirar el perfume de tu gloria  
Que al enemigo corazon abate,  
Recordar tu virtud, besar tu historia  
E invocar tu sepulcro en el combate.

---

# Á LA PAZ <sup>(1)</sup>

## ODA

No es la memoria de la fé perdida  
Amargada por tristes desengaños,  
Ni ver pasar las flores de la vida  
Al rápido trascurso de los años;

No es ver las auras del placer inciertas  
Trayendo melancólicas canciones,  
Ni ver volar entre los vientos muertas  
Mis últimas hermosas ilusiones;

No es ver mis ojos para siempre secos  
Esquivos al placer, mudos al llanto,  
Ni oír mi lira en apagados ecos  
Consagrar al dolor su último canto;

No es la esperanza para mí perdida  
De la mujer que idolatré en la tierra,  
Y acarició las flores de mi vida  
Con cuantas glorias el amor encierra;

---

(1) Esta poesía obtuvo el segundo premio en el certámen celebrado en Málaga el 19 de Junio de 1876 y en el de Gerona de Noviembre del mismo año.

No es el recuerdo que en el alma impreso  
Dejó mi madre en su fugaz cariño,  
Ni aquel tan tierno inolvidable beso  
Con que halagó mi corazón de niño;

No es eso, no, lo que en mi mente loca  
Entre las ansias del placer palpita,  
Lo que la dicha y la ventura evoca  
Ante la luz de nuestra fé bendita;

No es eso, no, lo que mi vida halaga  
En este instante de feliz contento,  
En que en mi ser entusiasmado, vaga  
Toda la inmensidad del sentimiento,

No es eso, no, lo que á mi altivo pecho  
Hace verter de gratitud el llanto,  
Lo que en el mundo á mi delirio estrecho  
Con todo el fuego de mi lira canto.

Canto la escelsitud, la luz aquella  
Que refleja el fulgor de nuestra gloria,  
El rayo aquel de la brillante estrella  
Que alumbra el porvenir de nuestra historia.

Canto la majestad, la dulce calma  
Que pone fin á nuestro mal profundo,  
El bien que lleva la verdad al alma,  
La PAZ que cubre con su amor al mundo.

PAZ suspirada cual fulgente faro  
Que busca en las borrascas el marino,  
Que acoge la virtud bajo su amparo  
Y al trabajo á la vez le abre camino.

Bendita PAZ que entre tu eterno encanto

Cubres á España de radiantes galas,  
Mientras las rosas de tu rico manto  
Sobre ella esparcen tus hermosas alas;

Límpida fuente en cuyas linfas flota  
El bien que lleva su cristal impreso,  
En cuyos senos á raudales brota  
El agua de la vida y del progreso.

Ven, generosa Emperatriz bendita,  
Que á España la sublimas y hermoseas;  
Ven y oye al mundo que á tus plantas grita:  
¡Paz de los cielos, bendecida seas!

Magnánima deidad, reina querida,  
Que bello el iris en tu frente ostentas,  
Con el que amparas nuestra fé perdida  
Y serenas el mar en las tormentas.

¡Oh! yo te admiro y en mi santo anhelo  
Ya te contemplo en tu elevada cumbre,  
Y voy siguiendo tu tranquilo vuelo  
Al resplandor de tu sagrada lumbre;

Madre feliz que con tu amor ardiente  
Purificas la hiel de la agonía,  
Que con las rosas de tu blanca frente  
Ciñes también la de la patria mía,

Que vas surcando el vagaroso viento  
Cuando el dolor con tu piedad acallas,  
Que con el soplo de tu blando aliento  
Disipas el horror de las batallas,

Que á tu potente y generoso grito  
Se apaga el fuego que en la lid humea,

Mientras el rayo de tu amor bendito  
La hirviente sangre del combate orea;

Sin tí no hay gloria, ni placer, ni calma,  
Los campos brotan sin tu luz abrojos,  
Muere de pena suspirando el alma  
Y lágrimas sin tí vierten los ojos.

Tú eres la verde y misteriosa oliva  
Que lleva la salud entre sus hojas,  
Corona de lozana siempreviva  
Que presta encanto con sus tintas rojas.

Como la blanca luna que en la noche  
Se alza estendiendo la argentada bruma,  
Rompe á la flor el pintoresco broche  
Y de la tierra hasta el Eden perfuma.

Así tú, hendiendo la azulada esfera,  
Como febril espíritu fecundo,  
Al estender tu linda cabellera  
Llenas de aroma la extension del mundo.

Tú eres la hermana que al hermano ligas;  
Y estrechas más los fraternales lazos,  
La que sus horas de dolor mitigas,  
Y lo recuestas en tus tiernos brazos.

Tú enciendes el incienso en los altares  
Y endulzas nuestras lúgubres vigiliass,  
Llevas la caridad á los hogares  
Y consuelos sin fin á las familias.

El rayo divinal de tu clemencia  
Es preciso sentir para admirarte;  
Mide con él la inmensidad la ciencia,

Con él se eleva hasta la gloria el arte.

Tú eres la flor de delicado aroma  
Que nunca al hombre en su bondad olvida,  
Eres la pura y cándida paloma  
Que vuelve al Arca á repartir la vida.

Tú, al imperar sobre la triste tierra,  
Aunque el dolor su corazon taladre,  
Al apagar los gritos de la guerra  
Llevas al hijo al seno de la madre.

Con las primicias de tus ricos dones  
Gloria le das al corazon sin mancha,  
El sol apenas cabe en sus regiones  
Y el horizonte celestial se ensancha.

Hieres el alma del profundo sábio  
Cuya mente á tu espíritu encadenas,  
Y cuando afirmas el poder de Octavio,  
Deslumbra Roma el esplendor de Atenas.

A los encantos de tu luz fecunda,  
Que esparce por do quiera la esperanza,  
Inmenso bien la humanidad inunda  
Y se abre el porvenir en lontananza.

Y mientras leda ante tu pura frente  
El alma agradecida se prosterna,  
Se reengrandece la serena mente  
Al resplandor de la moral eterna.

Eres la amante vírgen cariñosa  
Que en la dulce efusion de su embeleso,  
¡Ay! con tus lábios de color de rosa  
Al alma das el regalado beso.

Eres el astro á cuya luz desmaya  
El vigoroso empuje del combate,  
Puerto que vence en la serena playa  
Del mar rugiente el proceloso embate.

Madre feliz que con tu amor ardiente  
Purificas la hiel de la agonía,  
Que con las flores de tu blanca frente  
Ciñes tambien la de la pátria mia.

Vén, generosa Emperatriz bendita,  
Que á España la sublimas y hermo seas,  
Vén, y oye al mundo que á tus plantas grita:  
¡Paz de los Cielos, bendecida seas.

# A LA POESÍA

## ODA (1)

Desde mis tiernos años amé el arte  
dulce de la agradable poesía.  
(CERVANTES)

Salve, reina del mundo,  
Del alma luz, del corazón encanto,  
A cuyo acento para el bien fecundo  
Con todo el fuego de mi lira canto:  
Deidad consoladora  
Que agitas nuestro pecho y lo estremeces  
Con plácido concento,  
Y su abatido espíritu engrandeces  
Con toda la verdad del sentimiento:  
Dulce ilusión querida  
Que pueblas con recuerdos la memoria  
Y cual vírgen del cielo desprendida  
Llenas la tierra de tu inmensa gloria.  
Tú, que alientas la vida y la esperanza  
Y llevas á la mente  
Tu mágico misterio,

---

(1) Obtuvo el primer premio consistente en un *pensamiento de oro* en el certámen literario promovido por la Academia de buenas letras y *Boletín Gaditano*, en 25 de Marzo de 1882.

Estendiendo en el alma reverente,  
El titánico influjo de tu imperio:  
Hija de la armonía  
En cuyas flores tus aromas bebes,  
Desplegando la ardiente fantasía,  
En tanto que el espíritu conmueves;  
Eco del pensamiento,  
Que levantas la fé cual la plegaria,  
Que en perfumada nube,  
En el suspiro del tranquilo viento,  
Buscando luz á los espacios sube.

Tú con tus ricas y pomposas galas,  
Arrullas nuestros sueños y hasta vibras  
Del corazon en las radiantes alas  
Haciendo retemblar todas sus fibras:  
Deja que el mundo ante tus piés postrado,  
Entreteja en sus fértiles vergeles  
Para tu sien, de la que el génio parte  
Corona de magníficos laureles,  
Prenda de amor y emanacion del arte.

Deja que en Delos en hirviente pira,  
Queme incienso otra vez su templo santo,  
Y el dios Apolo su inspirada lira  
Pulse tambien con melodioso canto;  
Y allí mientras se impone  
Tu régio cetro que el pesar aleja,  
El Olimpo tu frente la corone,  
Y tu potente espíritu proteja.  
Al noble acento de tu voz sonora,  
El génio se levanta,  
Como el rayo del sol ante la aurora  
Y llena y abrillanta,  
El universo entero,  
Dibujando una vida de ventura  
Con mágicos cantares,  
Henchidos de purísima dulzura,

Y alzando en los altares  
Donde la luz de la esperanza vaga,  
El himno de la gloria,  
Cuya hermosa cancion nunca se apaga,  
En los mundos del arte y de la historia.

Tú diste la victoria y los trofeos,  
Al Pastor de Tesalia  
Alentando sus locos devaneos,  
Hasta que halló en la virginal Castalia,  
La pena de sus lúbricos deseos.  
¡Qué bienestar tu invocacion no imprime,  
Qué suavidad tu acento no respira,  
Qué no arrebatara tu virtud sublime,  
Qué abnegacion tu santidad no inspira!  
Tú engrandeces el alma y reconcentras  
En ella generosos sentimientos,  
Mientras que flotas como blanca brisa,  
Halagando á la vez sus pensamientos.

Al rayo de las blancas alboradas  
Tus cantos los espacios,  
Inunden con sus notas regaladas,  
Cuando en los tiernos corazones moran,  
Sus ecos seductores  
Y entre las alas de los vientos lloran,  
Como el aura en el tallo de las flores.  
A veces si tu espíritu se eleva,  
En éxtasis sagrado,  
Parece que le impele y le subleva  
La enamorada fê del dios alado,  
Que al bendecir tu esplendoroso nombre,  
En santa, dulce y apacible calma,  
Mientras encanta con su dicha al hombre,  
Tambien arranca lágrimas al alma.  
Deja beldad augusta,  
Tal vez nacida en el celeste coro,  
Que el cielo se abra y á tu voz robusta,

Una el canto sonoro,  
 Y cruzando los aires y las nubes,  
 Que con tus rasgos pueblas  
 Robándoles la voz á los querubes,  
 Tu armónico cantar rompa las nieblas.  
 Noble y santa poesía  
 Jamás ¡ay! como tú deidad alguna,  
 Ha podido llevar en un latido,  
 Al pecho la alegría,  
 Ni levantar hasta la azul esfera  
 Lleno de vida el corazon herido,  
 Cuando la muerte en su region impera.  
 Al son de tus acentos inmortales,  
 Que rompen nuestra calma,  
 Y vibran cual las arpas celestiales -  
 O cual la voz de Dios dentro del alma,  
 ¿Qué pecho arrebatado no revive,  
 Y con santa emocion se precipita,  
 Cual la conciencia que el amor concibe,  
 Dentro del corazon en que palpita?  
 ¿Quién no ha sentido en su agitada mente,  
 Grande flotar tu espíritu fecundo  
 Como flota la luz en el ambiente?  
 ¿Quién ha borrado de la faz del mundo  
 Que osténtala altanero,  
 Sobre el polvo de cien generaciones,  
 La sombra augusta del divino Homero,  
 Conque Grecia engrandece sus blasones?  
 A tí deben sus triunfos  
 Y los destellos de su fé gigante  
 Desde el cantor insigne de Pharsalia,  
 Hasta la noble inspiracion del Dante,  
 Que con el Tasso iluminó la Italia.  
 De la altiva Albion el justo orgullo,  
 No se ha postrado ante tus piés sumiso  
 Rindiendo culto en su brillante historia,

Al poeta inmortal del *Paraíso*,  
Que ni ojos tuvo para ver su gloria.  
¿No inspirastes el bravo pensamiento  
Del vate lusitano cuya vida  
Fué de dolor hasta el postrer aliento?  
¿No alentastes la mente enardecida,  
Y al arpa diste encanto  
Del hispalense que cantó entre flores,  
La soberbia jornada de Lepanto?  
Tu aliento peregrino  
Anima al sacerdote,  
Que al inspirarse en el amor divino,  
Cuando en santa oracion se trasportaba  
En el templo en que el cielo bendecía,  
Mientras la muerte de Jesús lloraba,  
A la vida del campo sonreía.  
¿No fuiste la esperanza,  
Del que severa ingratitud llorando,  
Solo por dicha alcanza  
En medio de su triste desventura  
Que el mundo entero su alabanza agote,  
Haciendo del *Quijote*,  
La losa de su santa sepultura?  
¿No ensanchaste la inmensa fantasía,  
Y galas diste al portentoso ingenio  
Del que asombrando al universo un día,  
Robó la gloria y el poder al genio?  
Del que alzando la frente coronada,  
Por los laureles de la edad presente  
Que ha borrado el desden de la pasada,  
Cruzó cual refluente  
E inestinguible sol que ve pequeño  
Todo el espacio que su luz abarca,  
Y elocuente al decir: *La vida es sueño*,  
Nuevos senderos á las letras marca.  
Solo tu fé creadora,

Solo tu inspiracion grande y sublime,  
 Entusiasma la mente soñadora,  
 En la que grande pensamiento imprime.  
 Tú llevas á la lira,  
 El canto que arrebatá,  
 Por tí el poeta en el honor se inspira,  
 Y canta al sentimiento que le mata.

Al rumor de tus ecos inmortales,  
 Que recorren la tierra bendecida,  
 Cual himnos de regiones celestiales,  
 Sus tumbas olvidadas,  
 Dejan las almas que por tí vivieron  
 Y vuelven á la vida arrebatadas  
 Por los aplausos que al soñar oyeron.  
 Por tí los corazones  
 Despiertan delirantes,  
 Tocando al despertar las ilusiones  
 En que la muerte sorprendióles antes.  
 Por tí levantan hasta Dios el vuelo,  
 Y al aspirar tu espíritu fecundo,  
 Saben robar la inspiracion al cielo  
 Y con ella inundar el ancho mundo.

## À LA INDEPENDENCIA ESPAÑOLA (1)

---

AL DISTINGUIDO ESCRITOR GADITANO MI AMIGO DON FAUSTINO DIAZ SANCHEZ

---

Pátria; tus recuerdos son  
La fé indeleble que brota  
Del espíritu que flota  
Sobre tu altivo blason;  
Al desplegar tu pendon  
De tu pasada memoria,  
Se va ensanchando tu historia,  
Como las alas del sueño  
Porque es su libro pequeño,  
Para encerrar tanta gloria.

Si hubo ingratos que pensaron  
Que en rudas adversidades  
Al son de las tempestades,  
Tus lauros se marchitaron,  
Sepan los que así soñaron

---

(1) Esta poesia obtuvo el primer premio en el certámen literario celebrado por la Academia de Buenas Letras de Cádiz, en 25 de Marzo de 1892, consistente en un laurel de p'ata.

Que aunque el mundo se levante  
Contra tu imperio arrogante,  
No te faltará elocuente  
Ni un laurel para tu frente,  
Ni un poeta que te cante.

¿Quién ultrajó tu oriflama  
Ni consiguió en su despecho  
Llevar la muerte á tu pecho  
Ni la deshonra á tu fama?  
¿Quién pudo cuando te inflama  
El fuego de la grandeza,  
Debilitar tu entereza,  
Ni herir tu orgullo profundo,  
Cuando no ha podido el mundo  
Nunca doblar tu cabeza?

Viste tus soles nublados,  
Tus flores lozanas muertas,  
Tus poblaciones desiertas,  
Tus campos aniquilados:  
De cadáveres sembrados  
Tus montes, pueblos y valles,  
Y entre sangrientos detalles,  
Para mayor vilipendio,  
Con las llamas del incendio  
Iluminadas tus calles.

Mas no desmayó tu aliento  
Ante la adversa fortuna,  
Ni cruel suerte infortuna  
Embotó tu sentimiento:  
Si en triste sacudimiento  
Cundió en tu suelo el estrago,  
Mientras ni á golpe aciago  
Tu corazon se desploma,

Ni te infamas como Roma,  
Ni te hundes como Cartago.

Cuando el hado te condena  
A negra noche de duelo,  
Y lanza rayos el cielo  
Sobre tu frente serena,  
Cuando en su piedad refrena  
Tu imperturbable arrogancia,  
Sabes correr la distancia  
Que acorta la muerte impura  
Cavando tu sepultura  
Desde Sagunto á Numancia.

Cuando vacila tu gloria  
Y quieren borrar tus hechos,  
Los que guardan en sus pechos  
Todo el odio de su historia;  
Los ecos de tu victoria  
Van como abrasante rayo,  
Tornando en fuego el desmayo  
Que hizo dudosa la lid,  
Antes que naciera el Cid,  
Y alzara la Cruz Pelayo.

Salvando el profundo abismo  
Que abrió la agarena grey,  
La sometiste á tu ley  
En alas de tu heroísmo:  
La aurora del cristianismo  
Al disipar las neblinas,  
Ver no quiso entre ruinas,  
Tus glorias morir esclavas  
Y te iluminó en las Navas,  
Y en las torres granadinas.

El ímpetu del guerrero  
En sus momentos crueles,  
Nunca empañó sus laureles  
Ensangrentando su acero:  
Magnánimo y caballero  
Sabe dominarse tanto,  
Que ni el placer ni el quebranto  
Nadie en su carácter nota,  
Vencido en Abjubarrota,  
O vencedor en Lepanto.

Nunca la traicin impia  
Que en viles entrañas arde,  
Pudo arrebatár cobarde  
Tu fé con su alevosia:  
Tampoco la tiranía  
Te pudo ahogar en sus brazos  
Ni romper los santos lazos,  
De tu invencible bandera  
Sin que antes ella no hiciera,  
Su látigo mil pedazos.

Como vencer al soldado  
Que en alas de su bravura  
Cruza del mar la llanura  
En pos de un mundo soñado,  
Que llega hasta el denodado  
Vence do quier iracundo,  
Y en su delirio profundo,  
Quema sus naves con saña,  
Para no volver á España,  
Sino trayendo aquel mundo.

No importa que alguna vez  
Envuelto en oscura sombra,  
El sol que con luz te alfombra

Deponga su esplendidez:  
No importa que tu altivez  
Pueda un punto desmayar  
Para al fin resucitar  
Con nuevo encanto divino,  
Como Grecia un Navarino,  
Tuvistes un Villalar.

Cuando el águila gigante  
Que asombro fué en Austerlitz,  
Quiso humillar tu cerviz  
Bajo su vuelo triunfante,  
Cuando sintió en el semblante  
Aquel grande capitán  
El soplo del huracán,  
Con nuestros himnos de guerra,  
Tembló cual tiembla la tierra,  
Cuando revienta el volcán.

Ardiendo entonces tu mente  
Al fuego de tu altiveza,  
Fuiste á domar la fiereza  
Del déspota frente á frente;  
Entraste en la lid valiente  
Siempre de glorias avara,  
Y sin que ninguno osara  
Nublar tu brillante estrella  
Venciste en la lucha aquella,  
Retándolo cara á cara.

Siempre tus fieros alardes  
Probaron con tu pujanza,  
Que tú no buscas vengaza  
Luchando contra cobardes:  
Tú, que en sentimientos ardes;  
Que acrecen tu nombradía,

Serás siempre en tu hidalguía  
La noble tierra española,  
Con Gonzalo en Cerinola,  
O con Pescára en Pavía.

En tu brillante carrera  
Menospreciando la muerte,  
Esclava siempre la suerte  
Hiciste de tu bandera:  
Pero si en su furia artera  
Alguna vez te derrumba,  
Y horrible su grito zumba  
Porque te juzga vencido,  
En vez de un pueblo rendido  
Solo encontrará su tumba.

Aunque el destino se imponga  
Á tus hechos inmortales,  
No borrará en tus anales  
El nombre de Covadonga:  
Y si hay tambien quien se oponga  
A tus empresas, ruin,  
No debe olvidar al fin,  
Que en tu carrera triunfal  
Alzastes el Escorial!  
Encima de San Quintín.

Y cuando pueblos extraños  
Sin respetar tus pendones,  
Vengan con sus ambiciones,  
Sus ódios y sus engaños,  
A profanar los peldaños  
Para subir do se ven  
El pedestal y el sosten  
En que tu gloria descansa,  
Recuérdales que de Almansa  
Llegaste, pátria, á Bailén.

Probándole su impotencia  
Al ominoso tirano  
Hasta el pueblo Tartesiano  
Llevaste tu independencia;  
Allí en su loca inclemencia  
Llegó en su temeridad,  
Donde al fin su terquedad  
Entre sus asombros vé  
Que Cádiz por eso fué  
Cuna de la libertad.

Cuando sientas, patria mia,  
Que la traicion se levanta  
O que vibra en tu garganta  
Su puñal la cobardia,  
O sientas la planta impía  
Del tirano en tus blasones,  
Sus cadenas y eslabones  
Destroza al romper el yugo  
Y arroja sobre el verdugo  
Las garras de tus leones.

## ÍNDICE

|                                     | <u>Páginas.</u> |
|-------------------------------------|-----------------|
| Dedicatoria.....                    | 3               |
| Batalla de Bailén.....              | 5               |
| A la Purísima Concepcion.....       | 18              |
| A la Libertad.....                  | 27              |
| A Julian Romea.....                 | 34              |
| A una Boca.....                     | 38              |
| La Batalla de Covadonga.....        | 43              |
| La Romeria de San Alvaro.....       | 50              |
| La Resurreccion del Señor.....      | 67              |
| A Calderon.....                     | 78              |
| A D. Mariano Alvarez de Castro..... | 82              |
| A María al pié de la Cruz.....      | 100             |
| Al Sepulcro de Santiago.....        | 107             |
| A la Paz.....                       | 116             |
| A la Poesía.....                    | 122             |
| La Independencia española.....      | 128             |
| MEDINA AZZAHRA                      |                 |
| LEPANTO                             |                 |

NOTA. No hemos podido adquirir los originales de varias composiciones premiadas en Cadiz, Valladolid, Málaga, Córdoba, Gerona, Las Baleares, Santiago y otros puntos, por lo que sentimos no poderlas incluir en esta coleccion por ahora.

## ERRATAS PRINCIPALES

| Página. | Línea. | Dice.             | Debe decir.      |
|---------|--------|-------------------|------------------|
| 35      | 5      | Leonidas valiente | Leonidas potente |
| 81      | 10     | A tus piés        | Hasta tus piés   |
| 88      | 8      | El gato           | El galo          |
| 98      | 23     | Que los duros     | Que en los duros |
| 99      | 15     | El águila         | Al águila        |
| 130     | 7      | Piedad            | Rigor            |

## MEDINA AZZAHRA

|    |    |           |           |
|----|----|-----------|-----------|
| 49 | 21 | Encerrado | Enterrado |
|----|----|-----------|-----------|

# MEDINA AZZAHRA



LEYENDA HISTÓRICA

ORIGINAL

DE

ANTONIO ALCALDE Y VALLADARES



MADRID

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE MONTEGRIFO Y COMPAÑÍA

**Humilladero, 24**

1880

MEDINA AZZAHRA

REVISTA DE MEDICINA

REVISTA DE MEDICINA

---

Es propiedad de su autor.—Queda hecho el depósito que marca la ley.

---

Á S. M. LA REINA MADRE  
DOÑA ISABEL II.

SEÑORA:

*Honrado con el apetecido premio que V. M. se dignó conceder á los Juegos Florales celebrados en Sevilla el 6 de Abril último, nada más natural en mí que ofrecer respetuosamente á V. M. esta afortunada poesía, cuya dedicatoria ha tenido á bien aceptar, dando nueva señal de su probada benevolencia.*

*Por tal razon lleva á su frente el nombre augusto de V. M., como la más insigne distincion á que el autor y la obra pudieron aspirar.*

SEÑORA:

Á LOS RR. PP. DE V. M.

ANTONIO ALCALDE Y YALLADARES.



# MEDINA AZZAHRÁ (1)

LEYENDA HISTÓRICA

## PARTE PRIMERA

### ABDERRAHMAN III.

#### I

Era un palacio que de bronce y mármol  
en la margen del Bétis descollaba,  
y sus ricos jardines y alamedas  
al delicioso Edem aventajaban.  
(*Duque de Rivas.*)

El sol fulgente se perdió á lo léjos,  
irisando su luz el horizonte,  
y apagando sus últimos reflejos  
tras de la cumbre del vecino monte.

La noche triste, que sucede al día,  
lleva febril recogimiento al alma,  
y con su sombra pavorosa y fría  
silencio infunde, soledad y calma.

El campo, como oscuro cementerio,  
ni un suspiro repite, ni una queja,  
y la luna, perdido su misterio,  
su tibia lumbre entre las nubes deja.

No se escuchan ni rezos ni plegarias  
ni del bullicio el animado estruendo,  
y medrosas las calles solitarias  
parecen tumbas que se van abriendo.

---

(1) Esta poesía obtuvo el primer premio en los juegos florales de Sevilla celebrados el 6 de Abril de 1880, consistente en una pluma de oro y brillantes, regalo de S. M. la Reina madre doña Isabel II.

Callado el ruiseñor, no exhala un trino  
mientras guarda su nido en la espesura;  
sólo el Bétis sereno y cristalino  
entre el silencio sepulcral murmura.

Los álamos que bordan sus riberas  
doblan sus copas á su manso aliento,  
y al cimbrarse ondeando las palmeras  
silba en sus hojas armonioso el viento.

Así sus ondas, que la brisa mece,  
presentan al humano desvarío  
la soberbia mezquita, que parece  
un gigante acostado sobre el río.

Y Córdoba, ceñida por el muro  
que á su recinto dá fácil defensa,  
es un fantasma cuyo manto oscuro  
se va extendiendo como sombra inmensa.

No resuena ni un canto en sus hogares,  
duermen en santa paz lanzas y escudos,  
y sus altos y escuetos alminares  
velan por la ciudad solos y mudos.

Mas en medio al silencio y la tristeza,  
con noble aspecto y rudo continente,  
con natural recelo y ligereza,  
tres hombres cruzan á caballo el puente.

Revelan que son moros importantes  
la estampa y calidad de sus corceles,  
el oro que recama sus turbantes  
y el lujo de sus blancos alquiceles;

Pasan el puente, y en las casas viejas  
que en el muro se apoyan se apearon,  
y á pié cruzando plazas y callejas,  
los tres á poco en Merujan entraron. (1)

---

(1) Merujan ó Meruhan, palacio que ocupaban en Córdoba los príncipes reales. Conde, parte II. cap. 83.

## II

En un salon que recibe  
luz de dos lámparas de oro,  
y que revela el tesoro  
del príncipe que lo vive,

Tres hombres, sobre cogines  
sentados, de plata y seda,  
hablan bajo, sin que pueda  
nadie comprender sus fines.

Uno, de negros cabellos,  
cinco lustros no contaba,  
con unos ojos que esclava  
el alma se lleva de ellos;

Otro, de mayor edad  
y de traviesa intencion,  
dió principio á la cuestion,  
diciendo:—Pues en verdad

Te digo, Abdalá querido,  
que si sigues vacilando,  
tu padre se irá encargando  
de darnos el merecido.

No pienses que es la impaciencia  
quien presta á mi celo ayuda;  
pero la muerte es la duda.

—Abdilbár ¿y la conciencia?

Contra un padre no hay valor...

—Si salir bien te interesa  
lleva á término la empresa  
mientras más pronto mejor.

—El rigor de Abderrahman,  
mi padre, temo.—Pues nada,  
¿ya no estamos en *Guimada*?  
Pues antes de *Ramasan* (2)

---

(2) *Guimada*, Mayo, *Ramasan*, Setiembre.

Tienes que acabar aquí  
la cuestion de un modo sério;  
y tendrás tuyo el imperio,  
y esa mujer para tí.

—Esa mujer es mi pena.—  
El tercer hombre, imponente,  
pero de faz sonriente,  
ojos grandes, tez morena,  
dijo al Príncipe:—Pues bien;  
hemos estado en Sevilla,  
Loja, Granada, Montilla,  
Baena, Castro, Jaen,

Y esos puntos, sin misterio  
te han dado sus simpatías,  
y otros cien mil. En seis días  
puedes ganar el imperio.

—Tienes razon, Alhatar,  
pero hay un mal.—Y ¿cuál es?

—Esa mujer, que despues  
de todo, me vá á matar.—

Abdilhár le dijo:—Aspira  
á que te quiera.—Es mi sueño;  
pero, por más que me empeño,  
apénas ella me mira.

—Si llegas á apoderarte  
del trono, ya sin sonrojos,  
verás si le faltan ojos  
Abdalá, para mirarte.

Tu hermano está ya elegido,  
dijo la Rosa, heredero  
del trono.—No lo tolero;  
lucharé, lo he decidido.

—Las fiestas y el regocijo  
con que lo están celebrando,  
¿no te indigna á tí, pensando  
que eres tú tambien su hijo?

—Tú de saber y talento,  
dijo Abdilbár, ¿con paciencia  
vas á sufrir la insolencia?  
—Tal desaire no consiento.  
—Te seguiré con encono  
y los zenetes tambien, (3)  
añadió el otro.—Está bien,  
quiero esa mujer y el trono.

## III

En una sala forrada  
de damasco purpurino  
con cenefas de oro fino  
y búcaros de azahar,  
Lámparas de argentería  
y alicatadas baldosas,  
sobre cogines de rosas  
hechos en Persia y Bagdad;

Media naranja en el techo  
basada en arcos torales  
y paredes laterales  
que ajacaradas están;

Cariátides marmóreas  
con pedestal agrelado,  
sosteniendo el elevado  
pórtico hermoso central,

Estaba sentado un hombre  
de franca y noble mirada,  
de téz blanca y sonrosada  
y ojos como el cielo azul.

Era de gran gentileza,

---

(3) Véase esta conspiracion, Conde, parte II, cap. 83. Maraver, *Historia de Córdoba*, M. S. Apéndice, t. III.

de varonil hermosura,  
revelando en su alma pura  
su ingenio con su virtud. (4)

Blanco turbante bordado  
á su cabeza ceñía,  
marlota de pedrería  
tejida en Túnez tal vez;

Un alfange damasquino  
con cinturón de esmeraldas  
por un lado de sus faldas  
iba á parar á sus piés.

Delante de él, le miraba  
con marcada indiferencia  
la imágen de la inocencia  
grabada en una mujer.

Era una niña, que acaso  
quince abriles contaría,  
blanca y pura como el día,  
de frente de rosicler.

Abderrahman el califa,  
que era el hombre que allí estaba,  
con deleite la miraba  
más rubia y bella que el sol.

Al fin, con grave descaro,  
aunque sintiendo por ella,  
la dijo:—¿Cómo tan bella  
vas á consagrarte á Dios?

Aunque tu padre, rebelde,  
hizo traición á mi trono,  
yo, Argentea, te perdono,  
igual que á tu padre Hafsum.

Tú, niña, tan inocente,  
y Alá guarde tu inocencia,

---

(4) Así lo retrata Conde, parte II, cap. 68, y Maraver. Apéndice al t. III.

mereces hoy mi clemencia  
por tu hermosura y virtud.

Vive á mi lado y no albergues  
temores por tu familia,  
tu candor me reconcilia,  
con todo el que me ofendió.

—Yo te agradezco en el alma  
el favor que me dispensas.

—¿Lo que vas á hacer lo piensas?

—Eterna es mi vocacion.

—Sé que hay un hombre perverso  
que te seduce atrevido.

—No: de Málaga he salido  
y de Bobastro tambien, (5)  
sólo por él.—¿Eso dices?

—Es un santo.—Aunque lo sea.

Huye de él; vente, Argentea,  
á los goces de mi harem.

—Mi juramento es sagrado.

—Te quiero, te necesito.

—No, no, el convento bendito  
será mi tumba.—Jamás.

¿No ves que allí las doctrinas  
del profeta las profanas?

¿No ves que allí las cristianas  
te harán, niña, renegar?

—Nada me importa el camino  
del mundo que miro abierto;  
prefiero el santo desierto  
á la vida del placer.

—¡Ay! por el Coram te juro  
que serás para el profeta;  
que á mi voluntad sujeta  
vivirás para mi Eden.

---

(5) Gayangos, en su traduccion de Al-Maccari, dice era natural de Bobastro, provincia de Málaga. Dozy dice lo mismo, t. II.

—¿Qué vale tu poderío  
en este mundano suelo,  
cuando está el poder del cielo (6)  
por cima del tuyo aquí?

—Vete, alójate, Argentea,  
y ¡ay de tí y ay de ese hombre!  
—Seré de Dios, no te asombre.  
—Os acordareis de mí.

## IV

Alzóse el cambux la niña,  
y así sus ojos se vieron  
anegados por el llanto  
y tristes por los recuerdos:  
enjugándose las lágrimas  
salió de aquel aposento,  
dando sus rizos al aire  
y sus suspiros al cielo.  
Las promesas del califa,  
al merecer sus desprecios,  
sus saludables creencias  
afirmaron en su pecho.  
Al salir de aquel alcázar,  
de sus puertas no muy léjos  
la esperaba un hombre jóven,  
de pobre y humilde aspecto,  
con el cual se fué Argentea,  
recibiendo sus consuelos  
y seguida por esclavos  
cual sigue la sombra al cuerpo.

---

(6) Dozy dice era entusiasta y valerosa por la religion, t. II.

## V

No bien salió la doncella  
cuando descompuesta, airada,  
con irascible mirada  
penetraba otra mujer,

Que, encarándose al califa,  
que la observaba sereno,  
le dijo con voz de trueno:  
—Eres un traidor, infiel.

Te amaba con el delirio  
de mi tierna primavera,  
con la fé noble y sincera  
de mi primera ilusion,

Con el cariño entrañable  
que ama la brisa á las flores,  
con los primeros amores  
de mi herido corazon.

¿Y por una mujer bella,  
de la que ignoras la historia,  
arrojas así la gloria  
de mi prometido Eden?

—Calla, Azzahrá; yo te adoro, (7)  
dijo el califa temblando,  
mi corazon aspirando  
está tu aroma, mujer,

Como la flor que perfuma  
todo el amor que me inflama,  
como la luz que en la aljama  
siempre ilumina al Coram,

Como el tímido arroyuelo  
que entre rosas serpentea,

---

(7) *Azzahrá*, flor ó florida.

como ese sol que hermosea  
tu semblante angelical:

Yo te amo y por tí he vencido  
cien reyes en mis algaras,  
en tu nombre hollé las aras  
del templo de Santaren:

Te quiero tanto, alma mia,  
que, sólo con que lo ansíes,  
con cabezas de rumíes  
tu Cobba la alfombraré;

A esa mujer yo la quiero  
para ganar un creyente,  
porque va su alma inocente  
por un camino infeliz;

Porque el Profeta nos manda  
velar al que se extravía;  
porque la miro, hija mia,  
casi con los brazos de *Iblís*. (8)

—Si tú, Abderrahman, me quieres  
como dices, yo te quiero;  
pero ahora, mi bien, yo espero  
que me pruebes ese amor.

—Ven, Azzahrá, que te estreche:  
hurí que tanto he querido,  
pide al que vive absorbido  
por tu gracia y tu candor.

---

Y mientras así borró  
tan cariñosos agravios,  
el califa la estrechó,  
y con sus lábios bebió  
todo el amor de sus lábios.

---

(8) *Iblís*, Diablo.

—Si es, rey, tu cariño tal,  
levanta que al mundo asombre  
una ciudad sin rival,  
rica, hermosa, colosal,  
que lleve mi mismo nombre.

Una ciudad que entre flores,  
mejor que Stambul y Tiro,  
no tenga igual en primores,  
que sirva para retiro  
de nuestros tiernos amores. (9)

—Mañana, hermosa deidad,  
antes que pueda notarse  
la primera claridad,  
una ciudad levantarse  
verás sobre otra ciudad.—

La favorita bendijo  
risueña al monarca moro,  
y el corazon en él fijo,  
le abrazó al marcharse, y dijo:  
—Eres mi amor, yo te adoro.

## VI

Linda la niña, pura y hermosa,  
era su cara la luz del día,  
pálida y blanca como la rosa  
que entre la nieve sus hojas cria.

Negros sus ojos como la noche,  
hieren el alma con sus destellos,

---

(9) Gayangos, Al-Maccari, t. I, lib. 3, cap. 3. Simonet, *Medina Azzahrá*.  
Maraver, t. III. Apéndice I.

como el brillante que va de broche  
sobre las ondas de sus cabellos.

Boca de perlas, lábios de grana,  
frente tan pura como el rocío,  
tez como el astro de la mañana  
que arroja estrellas sobre el vacío.

Seno turgente que fanatiza,  
mientras el alma roba y consume,  
que los sentidos aromatiza  
con los encantos de su perfume.

Frescas mejillas como el capullo,  
cual la azucena purificadas,  
canto divino como el arrullo  
de las palomas enamoradas.

Exhuberante su blanco pecho  
casi rebosa de su clausura,  
mas se disipa sobre el estrecho  
aro invisible de su cintura.

Piés que se pierden en la sandalia  
cárcel de perlas, oro y topacios,  
talle que ondula, como la dalia  
en los jardines de sus palacios.

Rojo bonete de argentería  
ciñe su frente, con alamares,  
túnica de oro con pedrería,  
bajo las perlas de sus collares.

Esa es la bella, mágica esclava  
flor la más linda de aquellas flores,  
la que el califa siempre adoraba  
como la esencia de sus amores.

---

Cuando salió la niña  
de aquella estancia,  
inundando el ambiente  
con su fragancia,

Un hombre habia  
que la esperaba fuera  
con alegría.

—Dame esa mano, hermosa,  
blanco lucero,  
y dime si me quieres  
como te quiero.

Tú eres, querida,  
la estrella que hoy alumbra  
mi triste vida.

—Calla, príncipè, calla  
sé más prudente  
que las paredes oyen.

—Ven, ven, detente.

—Vana esperanza,  
Abdalá, cuánto cuesta  
o que se alcanza.

---

—Déjame que te bendiga  
luz purísima del alba,  
la ondina de mi embeleso,  
la aurora de mis mañanas,  
la de la cara de nieve,  
la de la boca de ámbar;  
la de lábios de corales,  
la de la nariz de plata,  
la de los dientes de perlas,  
la de la frente de nácar,  
la de los ojos de cielo,  
la de las negras pestañas,  
la del cuello de alabastro,  
la del seno de esmeraldas,  
la de los piés de capullos,

la del cabello de *niama*, (10)  
la de encantos virginales,  
la de las dulces miradas,  
la de hechicera sonrisa,  
la de pecho de oro y grana,  
la de suspiros de gloria,  
la de virtudes sin mancha,  
la de mejillas de flores,  
la de crenchas aromadas,  
la de talle de palmera,  
la de las formas gallardas,  
la estrella de mis amores,  
el ángel de mis entrañas,  
la hurí de mi paraíso,  
el corazón de mi alma;  
déjame que te bendiga  
y dime si tú me amas.

Ligera como la brisa,  
salió corriendo Azzahrá,  
sin contestar á Abdalá  
sino con una sonrisa.

Éste, que su mala suerte  
iba en todo comprendiendo  
salió tras ella diciendo:  
—Azzahrá, mia, ó la muerte.

## VII

Era Abderrahman tercero  
en su valor extremado,  
religioso, gran soldado,  
y como rey, justiciero.

---

(10) *Niama*, graciosa.

Apénas con Ben Sulema,  
docto alfaquí á quien queria,  
el rezo empezado habia  
de la oracion de *Alatema*, (11)

Entró el príncipe Alhakem,  
el heredero del trono,  
que con más razon que encono,  
dijo á su padre:—Sé bien

Que aquí una traicion empieza  
á levantarse.—¡Walá! (12)  
 nombra al traidor y caerá  
rodando aquí su cabeza.

—No lo sé, pero me aterra  
este horrible pensamiento.

—He de hacer un escarmiento  
que ha de asombrar á la tierra.

El caudillo Almudafar, (13)  
general del califato,  
bravo y de excelente trato  
y de ingenio singular,

Entró y le dijo:—Sobrino,  
la hija de Hafsum, Argentea,  
me dice la gente hebrea  
que la sigue en su camino

Por tu mandato, que para  
librarse de tí se ha entrado  
en el convento llamado  
de monjas de Cuteclara. (14)

---

(11) *Alatema*, oracion de anochecer.

(12) *Walá*, vive Dios.

(13) Almudafar era tío de Abderrahman y su general en jefe. Conde, parte II, capítulo 68 y siguientes.

(14) Este convento de monjas existia entónces en Córdoba, y Sanchez Feria dice se agregó Argentea á un convento de religiosas: t. I, pág. 297.

Allí la llevó un infiel  
que la seduce y domina.

—Sí, Wulfurano: extermina  
á los dos.—Eso es cruel.

—Corre con mis alcadíes  
á registrar el convento:  
que vayan, y un escarmiento  
hagan allí mis walíes.

No, no; ese castigo es poco;  
traedlos á mi poder  
que mañana van á arder,  
los dos en medio del zoco.

Mientras en tropel marchando  
los fieros soldados van,  
muchos hombres van entrando  
ocultos en Merujan.

FIN DE LA PRIMERA PARTE.

## PARTE SEGUNDA

### LOS MARTIRES

#### I

Sentado en un almohadon,  
y entre otros dos recostado,  
Abderrahman ha llamado  
á su hijo á su habitacion.

Alhakem, puesta en el cinto  
la cincelada gumía,  
con triste fisonomía  
llegó y entró en el recinto.

Era hombre grave y atento,  
de ojos negros y estatura  
mediana, gracia, finura,  
inteligencia y talento. (1)

—Hijo, te llamo porque  
mi gloria se desvanece  
ante la traicion que crece  
y vá matando mi fé.

---

(1) Conde lo retrata así: parté. II, cap. 88.

—Yo, padre, cuanto tengo y cuanto valgo  
para tí lo conservo, hasta la vida;  
cual hijo de un monarca tan hidalgo,  
hidalgo yo nací.—Nadie lo olvida.

Yo he recorrido el mundo de la gloria  
delante de mis taifas orientales  
y he sembrado los pueblos y la historia  
con arcos de laureles inmortales. (2)

Mas hoy cuanto me cerca, me escarnece:  
¿He perdido quizás mi antiguo brío?  
¿El gran Abderrahman ya no extremece  
al mundo con su inmenso poderío?

Una mujer que quise, en un convento  
ha buscado refugio á mi acechanza;  
un hombre mela quita y con su aliento  
destroza su virtud y mi esperanza.

Un traidor con su séquito me cerca,  
sin poder conocerle cara á cara;  
cuando me baño en mi marmórea alberca  
encuentro espinas en la linfa clara.

—¿Y tienes aprension? ¿Tú tienes miedo?  
¿Olvidaste tu gloria en Talavera?  
¿Tus bélicas hazañas en Toledo?  
¿La matanza cruel de Valjunquera?

Recobra tu valor y tu fiereza;  
hunde en polvo al infiel que se desmande,  
y sin mirar la sangre ni la alteza,  
vuelve á ser, padre, Abderrahman el Grande.

—Tienes razon: á Almudafar, que espera,  
dí prevenga mi escolta de *alfaraces*, (3)  
y frente á frente, en mi palacio ó fuera,  
me vengan á buscar, si son capaces.

---

(2) Dice Dozy que el ejército de Abderrahman era el primero del mundo y su marina formidable: tomo III. *Historia de los Musulmanes*.

(3) *Alfaraces*, caballeros de lanza y espada.

El príncipe salió, y los musulmanes formaron en el patio con estruendo, mientras cayendo el rey en sus divanes, pensando en Azzahrá se fué durmiendo.

## II

En una torre sombría,  
por ajimeces bordada,  
una mujer asomada  
su guzla triste tañía.

De su voz dulce y suave  
era el timbre tan divino,  
que daba encantos al trino  
con que le imitaba el ave.

En medio de su canción,  
que era el dolor de un poeta,  
silbando entró una saeta  
dentro de la habitación.

Ella recogió temblando  
un billete que traía,  
que claramente decía:  
«Abdalá te está esperando,

Si le miras sin enojos  
respondiendo á su interés,  
mañana pondrá á tus piés  
con su corazón el trono.»

Se asomó ella á un ajimez,  
y al punto hizo desde arriba  
una seña negativa  
que el otro entendió tal vez.

Porque sin mostrar porfía  
la espalda entonces volvió  
y con los dos se alejó  
que iban en su compañía.  
—¿Qué hacemos? dijo Abdalá

á Abdilbár, que le miraba,  
cuya intencion penetraba  
todo su interior quizá.

—Ese pueblo soberano  
celebra la aclamacion  
de Alhakem: hay precision  
de concluir con tu hermano. (4)

Pues dice, hasta en el aprecio  
que te profesa benigno,  
Abdalá, que no eres digno  
de semejante desprecio.

Mas contestó Rosa al punto:  
—Pienso que es preciso andarse  
con tiento; en ello mirarse,  
que es atrevido el asunto.  
—El pueblo le presta ayuda  
y su favor le concede.

—¿Y esa mujer?—Pronto cede;  
¿no has visto, Abdalá, que duda?

—Ya veis que yo con afanes  
voy ganando los walíes  
y hasta los mismos rumíes  
hoy favorecen mis planes.

—Se dice que Almudafar,  
ayer las guardias dobló.

—¿Habrà traidores?—No, no,  
dijo cortado Abdilbár. (5)

—No perdamos un instante,

—Vamos la trama á seguir.

—Vamos á luchar, emir,

—Sí, sí; adelante, adelante.

---

(4) Abdilbár lo animaba despertando su envidia con la proclamacion y fiestas por Alhakem. Conde, parte II. cap. 83.

(5) Conde dice que Abdilbár delató la conspiracion á Abderrahman, parte II, cap. 88.

## III

Acostada Azzahrá sobre divanes  
y con su blanco *almalafá* cubierta, (6)  
revelaba en su guzla los afanes  
de su alma herida á la ilusion desierta.

Un cinturon de perlas y esmeraldas  
su mágica cintura receña,  
llevando entre los pliegues de sus faldas  
un puñal de finísima *ataugía*. (7)

Debajo de los pérsicos cogines  
asomaban sus piernas torneadas  
coronando el primor de sus chapines  
ajorcas de brillantes salpicadas.

Las lágrimas rodando de sus ojos  
daban quizás á su hermosura encanto,  
y al exhalar la hiel de sus enojos,  
así lanzaba su armonioso canto:

---

«Son ¡ay! las ilusiones  
por nuestras penas  
polvo que lleva el viento,  
tristes arenas,

Astros que vagan  
y apenas iluminan  
cuando se apagan.

---

»Son ¡ay! las esperanzas  
al alma herida,

---

(6) *Almalafá*, velo grande que lo cubre todo.

(7) *Ataugía*, labor de oro y plata.

desdichados recuerdos  
de nuestra vida,  
Y los amores,  
pétalos ya marchitos  
de nuestras flores.

---

»El desierto sombrío  
de los pesares  
va cruzando mi alma,  
llorando á mares;  
Cierra su herida;  
no la dejes que muera  
sola y perdida.

---

»Llorando desengaños,  
de tí me alejo;  
amores y esperanzas  
perdidas dejo;  
Sólo te pido  
que no pagues mi llanto  
con el olvido.»

---

—¿Quién va á olvidarte á tí, flor de las flores,  
lucero celestial de la mañana,  
sublime inspiracion de los amores,  
de mi fiel corazon siempre sultana?

Esas perlas purísimas que arrojas,  
y que tus ojos lloran al perderlas,  
son flores que se escapan de sus hojas,  
son perlas que se escapan de tus perlas.

Aparta ese almaizar, cuyo oro empaña  
el brillo de tu frente seductora;

¿por qué la risa que tus labios baña  
está nublada como al sol la aurora?

—Infiel Abderrahman, tú lo has querido,  
Azzahrá contestó con desencanto;  
tu has echado la losa del olvido  
sobre este pecho que te amaba tanto.

Soy hermosa, es verdad, tú lo decias  
cuando yo, en la expansion de mi cariño,  
besé tus ojos en mejores dias  
y al tuyo dí mi corazon de niño.

¿Por qué has alimentando esta creencia,  
pintándome un eden en mis ensueños?

¿Por qué has nublado el sol de mi inocencia  
y has amargado mis dorados sueños?

Era fuego mi amor rápido y vivo;  
mas ese fuego á tu frialdad ha muerto:  
sino me quieres ya, sé compasivo  
vuélveme á Sara, mi feliz desierto.

—¡Que no te quiero, dices! ¡Cual te engañas!  
asoma á ese ajimez tus negros ojos  
y verás desplomarse las montañas  
y alzarse una ciudad á tus antojos.

Eso tú lo pediste, y yo anhelante  
arrojé mis tesoros sobre el mundo,  
y un alcázar magnífico y gigante  
en aras hice de tu amor profundo.

¡Quien creyera, Azzahrá, cuando te adoro  
con todo el corazon y el sentimiento,  
que al guardar un tesoro en mi tesoro  
los dos voláran como flor al viento!

—¿Y por qué esa mujer has arrancado  
con dañada intencion de su clausura?

—Porque al Coram y á mí nos ha insultado.

—¿Has tenido tú celos por ventura?

Los celos son delirios que enloquecen,  
frenéticos impulsos que arrebatan,

ódios, rencores, que en el alma crecen,  
convulsiones histéricas que matan.

—Basta, Azzahrá, por tu cariño ardiente  
no hallaré vallas á mi instinto fiero.

—Todo tu amor lo quiero, y no consiente  
rival mi corazon: su muerte espero.

#### IV

Pasaron algunas horas  
de la precedente escena,  
quando Almudafar entrando,  
dijo al rey de esta manera:

—Ya sabes que del convento  
hoy he sacado á Argentea,  
y esperando ya tus órdenes  
la tengo en el átrio presa:

Tambien tengo á Vulfurano, (8)  
cristiano que la aconseja,  
y trae revueltos los pueblos  
con sus doctrinas funestas.

—A esa mujer necesito  
que traigas á mi presencia,  
y al fraile que la acompaña  
doscientos azotes pegas.

Antes vas á la mezquita  
y avisas á Ben-Sulema, (9)

---

(8) Vulfurano sabian los moros que era cristiano, pero no así Argentea, que lo ocultaba, porque su padre Hafsum no perdiese el favor en la corte: luego que éste murió se declaró abiertamente. Sanchez Feria, *Palestra sagrada*, t. I. Dozy, t. II.

(9) El Alfaqui Fadlo Ben-Sulema ben-Guair el-Gehni de Baena, hombre de maravillosa erudicion y célebre por ella en todas las Aljamas de Oriente y Occidente, nació en Baena y murió en Córdoba en 935, y segun otros en 929. *Ma raver*, t. III. Apéndice.

que es entre mis alfaquies  
el hombre de mayor ciencia.

Una hora apenas pasó  
cuando del rey á una seña,  
hermosa, humilde y risueña  
a niña tranquila entró.

Entónces desde un mimbar  
y con mirada suprema  
preguntóle Ben-Sulema:

—¿Es cierto que á renegar

Vas del profeta bendito?

¿Es cierto que en tu locura  
has buscado la clausura  
para ocultar tu delito?

---

—Yo no oculto en el claustro mis creencias;  
ante la luz del cielo soberana  
y ante el rey y ante tí, que lo presencias,  
digo de corazon: yo soy cristiana.

No temo ni el castigo, ni el ultraje,  
ni al golpe sucumbir del fanatismo,  
y aquí os arrojo mi morisco traje  
que cambio por las aguas del bautismo.

¡Qué grande es el amor cuando rebosa  
en el alma purísima y sin mancha,  
y la Madre de Dios, que es tan hermosa,  
con su piedad el corazon ensancha!

—Calla, infeliz, la dijo Ben-Sulema,  
que el porvenir con tu maldad arrojas;  
toca este libro, y la virtud suprema  
volverás á encontrar entre sus hojas.

—Mi libro es el altar del Santuario,  
cuyo divino amor llevo aquí impreso;  
no quiero más virtud que este rosario,  
ni más consuelo que la cruz que beso.

¿No mirais mi sagrada vestidura?  
¿No dice este cendal á quien me mira  
que para mí el Profeta es la impostura  
y el libro del Coram una mentira?

—¡Miserable! con ímpetu bravío  
exclamó Abderrahman, en su fiereza  
queriendo descargar su alfange impío  
sobre la jóven con brutal presteza.

—Detente, Abderrahman; es una niña  
y podemos volverla á la obediencia,  
porque aunque el traje de las monjas ciña,  
el traje no domina la conciencia.

Se alzó la niña el *alfareme* ufana (10)  
y dijo á Abderrahman:—Miro con pena  
que de una madre que nació cristiana (11)  
naciste tú de corazon de hiena.

—Acércate hácia mí; calla, hija mia,  
que Alá es tu protector y yo tu amigo;  
arrepíentete, pues, con alegría,  
que, al darte su perdon, yo te bendigo.

Arrodíllate aquí; con fé suprema  
toma este libro y su doctrina aprende,  
y él te dirá que la mujer blasfema  
es la que al diablo su virtud le vende.

—Entre el profeta y yo no queda nada:  
se han roto para siempre nuestros lazos,  
y el libro que me das, avergonzada  
lo arrojo, como ves, hecho pedazos. (12)

—¡Infame renegada! A Alá le plugo  
contener un instante mi fiereza;  
pero tengo en mis reinos un verdugo  
que pronto dispondrá de tu cabeza.

---

(10) *Alfareme*, velo monjil.

(11) La madre de Abderrahman era cristiana y se llamaba María. Conde parte II, cap. 68. Maraver, t. III. Apéndice.

(12) Dozy dice que se dejaba devorar por la sed del martirio, t. III.

—Calla, mujer, que tu fatal despecho  
nunca el Profeta exasperarlo quiso;  
lanza esa religion, si está en tu pecho,  
y vuelve á nuestro hermoso paraíso.

—Mi religion nació sobre el Calvario,  
donde la cruz de Cristo fué su cuna;  
¡qué vale tu Coram con mi rosario!  
¡qué vale con mi cruz la media luna! (13)

La imagen de la Virgen soberana  
sólo vuelve á las almas el consuelo;  
símbolo santo de la fé cristiana,  
ella es la caridad, la paz y el cielo.

Cuanta gloria y virtud el mundo encierra  
nace en su frente pura como el día,  
y todo el esplendor que hay en la tierra  
es el alma celeste de María.

Volvedme al claustro; pues, no os pertenezco  
y á toda conversion yo me resisto;  
maldigo ese Coram y lo aborrezco,  
como esposa que soy de Jesucristo. (14)

—Que te vas á perder; calla, alma mía;  
aún puedes ser feliz: calla, Argentea,  
¿qué buscas con tan ciega idolatría?

—¡Maldecir al Coram! ¡maldito sea!

—¡Maldita esa mujer, que blasfemando,  
va á sufrir el castigo de los reos.

—Ayer no me insultabas, esperando  
que accediese á tus bárbaros deseos.

—Dejad que á esa mujer hunda la frente,  
ahogándola despues bajo mi huella;  
quiero beber su sangre.—No, detente,  
mátame á mí, para matarla á ella.

---

(13) Profeso la fé de Jesucristo, dijo Argentea. Sanchez Feria, t. I, pág. 301.

(14) Soy hija de mi Señor Jesucristo, segun la fé que profeso y en que espero morir. Id. id.

—¡Vulfurano tambien!—Sí; Vulfurano.

—¿Quieres morir en mi palacio, impío?

—Yo te vengo á decir que soy cristiano,  
y tú gloria y poder los desafío.

Moriremos los dos; ven, Argentea, (15)  
y bendiga esta cruz nuestro delirio;  
de rodillas el cielo aquí nos vea  
ceñirnos la corona del martirio.

—¡Horror! ¡horror! ¿Y cómo sus gargantas  
no desgarró ahora mismo entre mis manos!  
¡Guardias! ¡guardias! Dejad ante mis plantas  
sin lengua y corazón á esos cristianos. (16)

Apénas de rodillas ¡ay! cayeron  
y á Dios la vista con fervor alzaron,  
los soldados entraron, los asieron  
y arrastrando de allí se los llevaron. (17)

Mientras fuera con júbilo gritaban,  
una mujer en su ajimez decía:

—¡Los celos á vengarme me impulsaban;  
pero tanta crueldad yo no quería!

---

A la mañana siguiente,  
azotados por los vientos,  
arrastraba la corriente  
del Bétis, pausadamente,  
dos cadáveres sangrientos. (18)

---

(15) Vulfurano anuncia á Argentea que iban á morir por Cristo. *Beatae Virginis Argentea*, cap. II.

(16) Abderrahman mandó arrancar la lengua á Argentea. Sanchez Feria. tomo I, pág. 303.

(17) Fueron martirizados el 13 de Mayo de 931. Maraver, t. III. Apéndice.

(18) Segun Sanchez Feria, fueron recogidos los cadáveres por los cristianos y enterrados, t. I, pág. 303. El mismo dice que entónces arrojaban al Guadalquivir los cadáveres de todos los mártires. Id., pág. 313.

Tres moros que lo cruzaban  
en soberbios alazanes  
mientras la sangre miraban,  
—Esta crueldad,—exclamaban,—  
favorece nuestros planes.

FIN DE LA SEGUNDA PARTE.

## PARTE TERCERA

---

### MEDINA AZZAHRA

---

#### I

En una sala de mármoles  
y costosas alcatifas,  
que hace honor á los califas  
por su lujo y su primor,

Cuya decorada bóveda  
por columnas sostenida  
parece una flor prendida  
de la celeste region.

---

Sobre una mesa de pórfido  
y un divan bordado de oro  
mientras que corre su lloro,  
escribe Azzahrá un papel.

Despues, agitada, trémula,  
como si fuera un delito,  
aquel pergamino escrito  
tiró por un agimez.

Y revelando en sus nítidas  
mejillas de rosa y nieve  
el pensamiento que aleve  
flotaba en su corazón,

Se enjugó sus ojos árabes  
diciendo al par impaciente:  
—Ese hombre tan imprudente  
á los dos nos va á perder.

---

No bien la niña cierra los ojos  
buscando el sueño que apetecía,  
cuando el califa de sus antojos  
entró diciendo:—Ya, vida mía,

Vengo á decirte que en esa sierra  
entre jazmines, rosas y palmas,  
aquel alcázar bello se encierra  
para retiro de nuestras almas.

Si era tu sueño, mírale alzarse (1)  
entre jardines y resplandores,  
rico palacio, donde á gozarse  
van, niña hermosa, nuestros amores.

Todos se asombran de sus grandezas;  
llegan al cielo sus alminares:  
hay en él juntas cuantas riquezas  
han producido tierras y mares.

¿Ves ese mundo de maravillas,  
lujos y pompas que allí amontono?  
Mucho más vales; mucho más brillas  
para mi gloria, para mi trono.

Víctima, hermosa, fué de tus celos,  
la niña aquella con su inocencia,  
sangre que acaso vierten los cielos  
sobre mis ojos y mi conciencia.

---

(1) El rey la asomó á un agimez para que viera la ciudad. Simonet, cap. I.

—Yo soy el eco de tus delicias,  
soy quien tu frente de flores ciño;  
quien te embelesa con sus caricias;  
quien te enloquece con su cariño.

Tú eres mi vida, mis ilusiones,  
mis esperanzas, mis inquietudes;  
¿Yo no te he dado con mis pasiones  
el alma entera con sus virtudes?

—Loco me tienes: cautivo y preso,  
ya con tus risas, ya con tus llantos;  
deja que imprima mi ardiente beso  
en esa boca llena de encantos.

---

Cuando el califa  
besó su boca  
con ansia loca,  
con frenesí,

Se abrió la puerta  
con gran estruendo  
y entró corriendo  
su buen walí.

—Toma esa carta,  
furioso dijo,  
verás el hijo  
que Dios te da;

Y un pergamino  
que iba estrujando,  
le dió temblando  
Almudafar.

—Es letra de ella,  
dijo el monarca:  
¡Cómo me marca  
la pena Dios!

Y tú, ¿qué has hecho?  
—Tu órden aguardo.  
—Prende al bastardo... (2)  
—Ya lo he hecho yo.  
—Prende al que encuentres  
en su palacio,  
y en el espacio  
de Merujan.  
¡Cuántos disgustos!  
¡Cuánta agonía  
desde aquel día  
de mi crueldad!

## II

Entre suspiros y lágrimas,  
los brazos el rey cruzados,  
tenia sobre una mesa  
de plata y de fino mármol  
la carta que le trajeron  
rota por sus arrebatos.

Por fin alzó la cabeza  
y descruzando los brazos  
á leer volvió la carta  
por ver si era algun engaño  
ó una ilusion pasajera  
que hirió su frente soñando:  
tres veces volvió á mirarla.  
leyendo siempre entre llanto:

«Abdalá, mi alma cautiva  
de Abderrahman, no es traidora;  
no esperes que ni una hora  
sin verle ni amarle viva.

---

(2) Segun Conde, mandó á Almudafar que lo prendiera, parte II, cap. 83.

Yo condeno tu intencion  
y á tu crimen te abandono;  
que no se derriba un trono  
por capricho ni traicion.»

—¡Infeliz! ¡cuánto me quiere  
esta mujer á quien amo!  
Esto es un castigo horrible,  
añadió el rey suspirando,  
por la sangre de dos justos  
que derramé hace hoy tres años.

¡Yo asesino de Argentea!  
¡Matador de Vulfurano!  
Merezco que Alá castigue  
mis instintos inhumanos.  
¡Ah! todo desde ese dia  
me sale mal: si batallo,  
una derrota me espera,  
si amo á alguna, un desengaño.

### III

Besó el nombre de Azzahrá  
en el pergamino escrito  
cuando entró lanzando un grito  
su hijo Alhakem.—Abdalá,  
dijo con furia, está preso;  
¿tú has mandado esa prision?  
—Hay una conspiracion,  
tambien tú me hablaste de eso.

—¿Abdalá es traidor?—Mi trono  
iba á usurpar su insolencia,  
y á quitarte á tí la herencia  
en su ambicion y en su encono.

Esta carta se han hallado,  
mira en ella su delito.

—Esto Azzahrá se lo ha escrito.

—Le ha pedido el desdichado  
en su soberbia ambicion  
tambien su amor.—Vil ha sido.

—El infame ha delinquido  
con una doble traicion.

—Pobre hermano, que á pesar  
de su ilustrado talento (3)  
no ha comprendido el tormento  
que es contra un padre luchar.

Yo su infeliz extravía  
disculpo, dijo Alhakem;  
perdonadlo vos tambien,  
yo os lo ruego, padre mio.

—De este imperio como rey  
tengo que ser siempre grande,  
y obediente á lo que mande  
en sus justicias la ley.—

Y mientras su tez escalda  
el llanto, por ocultarlo,  
al príncipe sin mirarlo  
el rey le volvió la espalda.

#### IV

Al pié de la hermosa sierra  
que encanto solo y primores  
en sus jardines encierra,  
se alzaba entre lindas flores  
un paraiso en la tierra.

---

(3) Era de mucho talento é ilustracion. Conde, parte II, cap. 83.

El rey con su potestad  
amontonó allí bellezas  
de damasco y de Bagdad,  
jaspes, alhajas, riquezas  
y un mundo de vanidad.

A impulso de los laureles  
que en la lid fueron su halago,  
alfombró el mar de bageles,  
que trasplantaron vergeles  
de Arabia, Siria y Cartago. (4)

Buscando en su fantasía  
joyas y preciosidades,  
trajo plantas de Turquía,  
columnas y antigüedades,  
de Sfax y de Alejandría.

De Grecia, Egipto y Tesalia  
trajo un mundo á su colonia:  
monumentos de Pharsalia,  
la arquitectura de Italia,  
de Ninive y Babilonia. (5)

Para esta mansion tan bella  
todas las glorias paganas  
arrastró tras de su huella,  
y hasta robó para ella  
á las iglesias cristianas. (6)

El pórtico de la entrada  
que es de mármoles brillantes  
y piedra verde encarnada,  
presenta una triple arcada  
sobre columnas gigantes. (7)

---

(4) Simonet Medina Azzahrá. Benavides. Id. Madrazo.

(5) Madrazo, *Recuerdos de Córdoba*. Simonet, id.

(6) Benavides, Simonet, Madrazo.

(7) Benavides.

Linda en el de en medio está,  
hecha en mármol de Carrara,  
una estatua de Azzahrá,  
bella cual ella quizá,  
de iguales formas y cara. (8)

Despues se ven cien jardines  
que presentan de improviso  
entre claveles, jazmines,  
rosas, nardos, y carmines,  
las glorias del Paraíso.

Subiendo una escalinata  
de peldaños de cristal  
y balaustrada de plata,  
una fuente hay que retrata  
aquel palacio oriental.

Allí otro pórtico irisa  
el sol que al dorar las lomas  
se refleja en su cornisa,  
mientras lo baña la brisa  
en dulcísimos aromas.

Este dá entrada á mansiones  
de estucados pintorescos  
donde aromados jarrones  
y zócalos arabescos  
divinizan los salones. (9)

El cuarto *Beitalmenan* (10)  
de mármol y filigrana,  
era donde Abderrahman  
velaba con noble afán  
el sueño de la sultana.

Sus paredes decoradas  
con flores de oro y azul

---

(8) Benavides, Madrazo, Simonet, Maraver, t. III.

(9) Simonet, Maraver, Gayangos, *Almacari. Cuarto del sueño.*

(10) Gayangos, Madrazo, Simonet.

brillantes y alicatadas,  
parecen nubes veladas  
por igneas sombras de tul.

En éste, dos pabellones,  
se alzaban de lujo tal,  
que eran de oro los festones,  
de alerce sus artesones,  
sus columnas de cristal.

De pórfido el pavimento,  
mosáicos y orlas romanas,  
de acanto el cornisamento,  
greas y loto: ornamento  
de oro y de palmas tebanas.

Sus dos lechos decorados  
de perlas y argentería,  
entre preciosos calados  
mostraban lindos bordados  
de seda y de pedrería.

Sus paredes de labores  
de alizares, como un astro  
despedían resplandores,  
entre los ricos olores  
de cien pilas de alabastro.

Una fuente en el salón  
hay, cuyos caños de oro  
de doce animales son,  
que de esencias un tesoro  
vierten en la habitación.

Sigue el pabellón central  
magnífico monumento,  
en el mundo sin rival,  
obra en que el arte oriental  
gastó todo su talento.

Columnas taraceadas  
de aureas rosas y alelís,  
bases de oro cinceladas,

capiteles do mezcladas  
se ven perlas con rubíes. (11)

Raros dibujos y extraños  
salpicados de turquesas  
cubren muros y peldaños  
y hay cien perfumados baños  
con inscripciones impresas.

En medio del pabellon  
un estanque porfidal  
hay de azogue, donde son  
las columnas y el fronton  
de ébano, concha y cristal.

El azogue en él bullia  
y cuando el sol con su fuego  
y con sus rayos lo heria,  
quien lo miraba caia  
en tierra al instante ciego.

De la bóveda, brillante  
como un espejo argentino,  
pende una perla gigante,  
que al gran Califa, triunfante,  
le regaló Constantino.

Deslumbra al nacer el día  
el tejado que arrebatá  
con su labor de ataugá  
donde tejas de oro y plata  
alternan con simetría.

Este régio pabellon  
de riquezas y esplendores,  
servia en su ostentacion  
para la proclamacion  
y jura de emperadores.

---

(11) Para abreviar las citas, diremos que esta descripción está tomada en su esencia de Madrazo, Conde, Simonet, Benavides, Gayangos, Maraver, Dozy y otros.

Bajo ésta, otra sala habia  
do por una escalinata  
el rey á cazar salia,  
y agua una fuente vertia  
por un cisne de oro y plata.

Otras salas además  
hay allí, donde se roba  
el sueño al alma quizás,  
más no se ha visto jamás  
ninguna como la *Cobba*. (12)

Era do la favorita  
moraba constantemente,  
como un cielo de bonita,  
mujer que las penas quita  
al corazón ¡ay! que siente.

La cubre linda azotea  
que la violeta la alfombra  
y el azahar la blanquea,  
la palma le presta sombra  
y el sol de oriente la orea.

Con muros de azul y grana  
y primorosos relieves  
de oro y plata se engalana  
y techos como las nieves  
al albor de la mañana.

Molduras de perlas, flores,  
geroglíficos, sentencias,  
lámparas, vasos, primores,  
pebeteros con esencias  
en sus ricos tocadores.

Hay en la *Cobba* divina  
que las gentes admiraban,  
una fuente alabastrina

---

(12) *Cobba*, cuarto intimo.

en cuya agua cristalina  
pintados peces triscaban.

Sobre ella, de oro y riquezas  
que nadie soñó quizá,  
bordada de *foseifezas*, (13)  
la estatua está de Azzahrá  
y en boj su nombre y bellezas.

Su blando lecho de plumas  
de marfil, oro y follajes  
parece un sol entre brumas,  
que asoma entre las espumas  
de aquellos blancos encajes.

Al lado del pabellon  
la mezquita se refleja,  
obra que en ostentacion  
riqueza y veneracion  
atrás al palacio deja.

Toda la hermosa ciudad  
y sus lindos alrededores,  
cercaba la inmensidad  
de huertas, fuentes y flores  
de asombrosa variedad.

Hay bosques siempre floridos,  
estanques, lagos, cascadas,  
pájaros mil con sus nidos,  
harenes embellecidos  
por hermosísimas hadas.

Y este alcázar donde está  
la fé del amor escrita,  
llevó por nombre *Azzahrá*, (14)  
con que eternizó quizá  
el rey á su favorita.

---

(13) *Foseifeza*, rico adorno del emperad'or de Constantinopla, Maraver, t. III.

(14) Se llamó esta ciudad *Medina Azzahrá*, nombre de una hermosa esclava del rey. Conde, parte II, cap. 79. Benavides, Maraver. t. III. Simonet, Medrano.

## V

—¡Villanos! sí, ¡villanos!—  
decía Abderrahman mientras la carta  
aun apretaba en sus temblosas manos.  
—Los doce mil esclavos de mi escolta,—  
le dijo á Almudafar,—corre al momento  
y monten sus caballos,  
que ante ellos voy á hacer un escarmiento  
que asombre á mis vasallos.—

Cuando el walf salió, con fiero encono  
mirando hácia los cielos  
exclamó Abderrahman:—No siento el trono  
ni me ciega el poder, sino los celos.—

Azzahrá que escuchaba sus palabras,  
porque los dos estaban en su Cobba,  
de rodillas se puso ante el califa  
diciéndole con fe:—Tu orden me roba  
las glorias que he soñado:  
no le mates; espérate; detente:  
yo esa carta escribí que habeis hallado  
y no quiero jamás que por mí muera.

—Él su delito todo ha confesado  
y los cómplices.—No.—Déjate; espera:  
—Yo no mando matar, manda la culpa  
y la ley, que es el libro de los reyes:  
en la historia jamás halla disculpa  
el rey que no es esclavo de sus leyes.

—Repara que es tu hijo;  
el hijo de tu amor y sentimiento,  
que en la conciencia fijo  
vas á tener atroz remordimiento.

Mándalo lejos, á remotas tierras,

y arrójele tambien de tu memoria:  
¿En el Africa tú no tienes guerras?  
Mándale al ménos á morir con gloria.

—Me has pedido un alcázar de tu nombre,  
y aunque no lo pediste de rodillas,  
este alcázar alcé: que no te asombre,  
es un cielo cual ves de maravillas.

Cuanto quieras me pides, y aunque cueste  
un mundo de dinares, yo respondo  
que lo tendrás como el alcázar éste;  
más respeta el secreto que aquí escondo.

—¡Por Dios, Abderrahman!—Volvió la bella  
los ojos á la puerta, y vió temblando  
que entró Alhakem, se arrodilló con ella  
y á su padre le dijo sollozando:

—Quiero la vida de Abdalá, y espero  
que salves á mi hermano de tu encono:  
la ambicion le cegó, mas yo no quiero  
nunca su perdicion, y lo perdono. (15)

Ante tan triste escena,  
fiera, desgarradora,  
ocultando el califa su honda pena  
viendo á Azzahrá que sin consuelo llora,

—Volved mañana,—dijo balbuciente,—  
á la hora de *Azobbi*, puesto que velo. (16)  
Si mi hijo se arrepiente...  
y abrazando á Alhakem lo alzó del suelo  
y á ella besó en la frente.

## VI

Cuando el califa se encontró ya á solas  
y sintió el aguijon de su pesar,

---

(15) Alhakem pidió á su padre el perdon de Abdalá, Conde, parte II.

(16) *Azobbi*, oracion de amanecer.

rugió como en el mar rugen las olas  
que amontona furioso el huracan.

Almudafar entró y le dijo:—Altera  
mi espíritu mision tan infeliz,  
toma esa carta, súplica postrera  
que el príncipe me ha dado para tí.

«Padre del alma, en el papel decia, (17)  
nada te pido en mi postrer adios:  
Alá el castigo á mi delito envia,  
justo es que muera por mi culpa yo.

Mas cuando siento de la muerte el frio,  
y siento que la vida se me va,  
desde el confin del mundo, padre mio,  
yo le pido una gracia á tu piedad.

La muerte de Abdilbár nadie la siente,  
porque es perverso, y como tal obró;  
pero la Rosa, padre, es inocente, (18)  
yo lo juro, y te pido su perdon.

En medio de mi triste desencanto  
y del dolor que siento, padre, ya,  
sólo te pide entre su amargo llanto (19)  
esa gracia al morir, tu hijo Abdalá.»

—El tambien tiene razon,—  
se dijo el rey para sí;

—¡A qué quiero corazon!  
¡Que me lo arranquen de aquí!

¡Cuál fuera su bien fecundo  
si decretaran los cielos  
que en los ámbitos del mundo  
no hubiera ni amor, ni celos!

---

(17) De esta carta habla Conde, parte II, cap. 83.

(18) Abdalá pidió á su padre el perdon de Rosa Alhatar, id.

(19) Dice Conde, id., que Abdalá lloraba mucho.

Un golpe se dió en la frente  
y exclamó: ¡cómo ha de ser!  
y aquel hombre tan valiente  
lloró como una mujer.

---

Reinó un silencio profundo,  
y antes del alba, un entierro  
entraba con régia pompa  
en el vasto cementerio  
llamado de la Ruzafa,  
y en cuyo largo cortejo  
iba toda la nobleza,  
los príncipes del Imperio,  
wacires y Meruhanes,  
gente de guerra y el pueblo. (20)  
También á la misma hora  
ben-Aldilbár, que en su encierro  
se suicidó aquella noche,  
su deshonra así encubriendo,  
en el Arrabal sin lujo  
fué encerrado por sus deudos. (21)

#### FIN DE LA TERCERA PARTE

---

(20) Así lo dice Conde, parte II, cap. 83.

(21) Conde, id., id.

## EPILOGO

---

—¡Estamos en Octubre!... en su agonía  
suspiraba el califa débilmente:  
¡Ay! fué en Octubre y en el mismo día  
cuando murió por mí... ¡Se arde mi frente!  
Me destroza, me abrasa  
la calentura fiera:  
Ven, Azzahrá, porque se extingue y pasa  
mi vida venturosa y placentera.  
Bien digiste: ya siento  
el grito en mi conciencia, que retumba  
de atroz remordimiento!  
¡Ay! me llama Abdalá desde su tumba!  
No: mira, cual se eleva entre placeres  
la Medina Azzahrá, consuelo mío,  
yo quiero tus caricias, mis mujeres...  
un beso y á gozar... ¿no ves? me río,  
Vuelvan las fiestas... pero no, no; escucha,  
gritos de maldición cercan mi trono:  
son los cautivos que en horrenda lucha  
me maldicen al ver los abandono.  
En los montes de Afranch; allí suspiran...  
porque el dinero gasto en regocijos:

como siniestras aves en mí fijos (22)  
tienen sus fieros ojos,  
queriendo hasta arrancarme del sepulcro  
y devorar, graznando, mis despojos.

Mira á Abdalá que me maldice y llora,  
mira á Argentea  
que mata con su vista aterradora  
mientras grita también: ¡Maldito sea!

Tengo miedo, Azzahrá; ven, hija mía,  
que todo lo he perdido;  
sólo me restas tú; tú, mi alegría,  
si es verdad el amor que me has tenido.

—¡Y te tengo mi bien!... ¡Eres tan bueno!  
Me estás haciendo el corazón pedazos:  
dame la frente, pósala en mi seno  
y recuesta tus brazos en mis brazos.

—¡Adios! ¡ay! para siempre!...—Espera, espera  
que Alá querrá que la salud recobres.

—Alhakem, de mis bienes cuando muera  
repartes la mitad entre los pobres. (23)  
¿Mis esclavas queridas?—Junto al lecho  
todas están llorando.

—Pierdo la vista... me revienta el pecho,  
perdonadme, hijas mías,  
que yo también me muero perdonando  
en tristes agonías.

Mi espíritu se va... se aleja el mundo...  
la fiebre me consume...

De Alá ya siento el hálito fecundo  
que vierte en mi cadáver su perfume. (24)  
Pon tu frente, Azzahrá, sobre la mía,  
abrázame... ya espiro... ¡Cuánto os quiero!...

---

(22) Este delirio lo trae así Simonet en su *Medina Azzahrá*, cap. V.

(23) Histórico. Maraver, t. III. Apéndice

(24) Según Dozy, t. III, murió el 16 de Octubre de 961 á los 50 de reinado.

¡Qué hermoso es acabar con la alegría  
de saber que me lloran mientras muero!

—¡Azzahrá!... dijo luego con terneza,  
y la quiso abrazar para besarla,  
mas al posar en ella la cabeza  
no volvió á levantarla. (25)

Poco despues en funeral concierto  
el pueblo que á su lecho se agrupaba,  
por todas partes con dolor clamaba:

¡Llorad! ¡llorad! que nuestro padre ha muerto! (26)

## FIN.

---

(25) Dice Maraver que murió en los brazos de Azzahrá y rodeado de sus otras favoritas. t. III. Apéndice. Conde y Simonet decian murió oyendo los elegantes conceptos de *Aloza* su secretaria; de la bella y honseta *Aiza*; de la linda poetisa *Safia*, y de la graciosa *Noiratedia*. Tenia 72 años; cap. 87 y V.

(86) Lo sintieron tanto, que decian: "Ya murió nuestro padre." Maraver, id.

# LEPANTO



CANTO ÉPICO

DIVIDIDO EN DOS PARTES

POR

D. ANTONIO ALCALDE Y VALLADARES



MADRID  
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE MONTEGRIFO Y COMPAÑÍA  
Humilladero, 24

1881

LEPANTO

CANTO II

---

Es propiedad del au-  
tor.—Queda hecho el de-  
pósito que marca la ley.

---

D. ANTONIO ALCAZAR Y VALLADARES

Madrid, 1877

[1877]

A MI QUERIDO AMIGO EL DISTINGUIDO ESCRITOR

D. CELESTINO PUJOL Y CAMPS

COMO UN RECUERDO DE SINCERA AMISTAD Y AFECTUOSO CARÍÑO DE

ANTONIO ALCALDE YALLADARES.

IN COLLECTIONS OF THE  
LIBRARY OF THE  
CONGRESS

RECEIVED

# LEPANTO

---

CANTO ÉPICO (1)

PRIMERA PARTE .

LA SANTA LIGA .

---

Entre el espanto de la vieja Europa  
que ve asombrada en su pesar profundo  
del turco infiel la desalmada tropa,  
derramarse con ímpetu iracundo,  
llevando siempre del dolor la copa  
por los inmensos ámbitos del mundo,  
sembrando entre el horror de su dominio  
con bárbaro placer el esterminio,

^ Selim que hereda de su padre el trono  
y sus fieros instintos de tirano,  
tambien hereda el vengativo encono  
hácia el odiado nombre de cristiano;  
y al comprender el plácido abandono  
á que se entrega alegre el veneciano,  
rompiendo la amistad que este le guarda  
da rienda suelta á su ambicion bastarda.

---

(1) Esta poesía obtuvo el premio extraordinario en el certámen literario de Gerona, celebrado el 1.º de Noviembre de 1879, consistente en un magnífico jar-  
ron de bronce de estilo árabe.

En su espíritu osado y altanero  
que se halla por desgracia en armonía  
con su procaz instinto aventurero,  
al mismo tiempo que á Venecia envia  
una embajada, le amenaza fiero,  
diciéndole en su pérfida energía  
que á Chipre se la entregue sin tardanza  
sino quiere sentir su atroz venganza.

Venecia le responde al turco impío  
que no puede cederle aquella plaza  
sin amenguar su acreditado brío:  
que su insolente pretension rechaza  
sin temer su irascible poderío,  
ni arredrarse jamás con su amenaza,  
porque en las luchas del deber no olvida  
que el honor es primero que la vida.

Comprendiendo á la par que su respuesta  
ha de hacer en el ánimo insolente  
de aquellas turbas, impresion funesta,  
Venecia llama á su guerrera gente,  
fortifica sus plazas, y se apresta  
á una lucha mortífera, inclemente,  
pidiendo auxilio, y que á la vez le apoye  
el Santo Padre que sus ruegos oye.

El turco altivo, cuando ve burlado  
el pensamiento que acogió en sus planes  
por la nacion que siempre ha desdeñado  
como á la débil flor los huracanes,  
cuando contempla muerto y malogrado  
el sueño de sus bélicos afanes,  
jura vengar á la potente Grecia  
bañando en sangre á la fatal Venecia.

Arma sus naves: su codicia augura  
rico botin: para ocultar su empresa  
entre las sombras de la noche oscura  
se lanza al mar: cual lobo que su presa  
ve á lo lejos dormir, y le asegura  
magnífica victoria la sorpresa,  
á Venecia imagina así encontrarla  
y en su inícuo rencor despedazarla.

Cortando el agua las guerreras naves  
y azotando los céfiros las velas  
á impulso de sus hálitos suaves  
sin dejar tras de sí surcos ni estelas  
como al cruzar la atmósfera las aves,  
al son de amenazantes cantinelas  
llegan venciendo con sus bravas quillas  
del Adriático mar á las orillas.

Medroso se amilana el veneciano  
del turco ante la indómita fiereza,  
y cediendo á su espíritu inhumano,  
treguas le pide en su infeliz flaqueza;  
éste, cual vencedor, con soberano  
desprecio, contemplando su bajeza,  
se niega á todo trato, mientras ciego  
le acomete despues á sangre y fuego.

El turco al ver su peticion cobarde  
cobra alientos y dobla su pujanza,  
y haciendo al punto, de crueldad, alarde  
toma á Nicosá tras feroz matanza:  
Malta tambien entre las llamas arde,  
y Chipre entera de brutal venganza  
víctima siendo, su corona augusta  
contempla destrozada en Famagusta.

Aterrada Venecia ante el aspecto  
de aquella guerra que sus fuerzas gasta,  
al ver el triste y desastroso efecto  
que su valor á contener no basta,  
pide á Roma otra vez sincero afecto  
contra el poder de la nacion nefasta,  
que á impulso de su bárbara cuchilla  
sus pueblos quema y su pendon humilla.

El Pontífice santo y venerable  
que la Iglesia magnánima gobierna  
al amparo del lábaro inmutable  
símbolo hermoso de la vida eterna,  
alza su voz sobre la tierra instable,  
y al arrojar su bendicion paterna  
pide á la cristiandad que al punto acuda  
y que le preste contra el turco ayuda.

Desde el alto sitio del Vaticano  
do su tiara la piedad difunde,  
dando vida al espíritu cristiano,  
alza su frente que virtud infunde,  
y pide como Papa y soberano  
para calmar la agitacion que cunde,  
que se junten y luchen como hermanas  
las naciones católicas cristianas.

La cristiandad para su mal revuelta  
en criminales guerras intestinas,  
se ve tambien, por su desgracia, envuelta  
en sus miserias torpes y mezquinas:  
sólo España magnánima y resuelta  
al ver tantos estragos y ruinas,  
la liga aquella con valor abraza  
acudiendo al peligro que amenaza.

El rey Felipe, que gobierna á España  
el valor de su raza nunca extinto,  
cuya frente severa nunca empaña  
la odiosa huella de rebelde instinto,  
recordando que hazaña tras hazaña  
se hizo dueño del mundo Cárlos Quinto,  
con la fé de su aliento soberano  
esto dijo al Pontífice romano.

«Siempre España católica y creyente  
y amante de la fé como ninguna,  
enlazó su pasado y su presente  
combatiendo en Granada con fortuna:  
ella deshizo el reino de Occidente  
humillando á sus piés la media luna,  
escribiendo á la vez en las historias  
siete siglos de luchas y de glorias.»

»España con la fé de sus cantores  
que nunca el soplo del error derrumba,  
con los bravos soldados triunfadores  
en San Quintín, Las Navas y en Otumba,  
con el grito inmortal de sus mayores  
que alientan su valor desde la tumba,  
probará con asombro de las gentes  
que cuenta por sus hijos sus valientes.

»Ella sostuvo en sus robustos hombros.  
los restos de su vieja monarquía;  
ella el trono arrancó de sus escombros  
compitiendo el valor con la hidalguía;  
el mundo sin salir de sus asombros  
la vió cruzar sobre la mar bravía  
y trasplantar sobre la tierra indiana  
el estandarte de la Cruz cristiana.

Religioso, soldado y caballero  
la voz de Dios mi corazon inflama,  
y despierta aquel ánimo guerrero  
que dió á mi pueblo perdurable fama:  
por eso al golpe del terrible acero  
vuelve á surgir la abrasadora llama  
á cuya luz como luciente dia  
temblaba el mundo que á sus piés caia.

»Mañana surcarán las mansas olas  
que mugen sobre el férvido Oceano  
las naves y banderas españolas  
terror del implacable mahometano,  
y en la misma Stambul las aureolas  
de sus triunfos caerán en nuestras manos,  
que siempre vence en su creyente idea  
quien por su pátria y por su Dios pelea.»

El Pontífice al ver que ante su ruego  
España favorable se presenta  
con noble decision, y desde luego  
con su inmenso poder sin duda cuenta,  
ardiendo el corazon en sacro fuego  
por conjurar más pronto la tormenta,  
en la inmortal Basílica proclama  
la liga santa como allí la llama.

Roma, España y la espléndida Venecia  
ligadas por solemne juramento  
para oponerse á la agresion de Grecia,  
ven llegado con júbilo el momento  
de disipar la tempestad que arrecia  
sobre el seno del líquido elemento,  
y contener con valerosa mano  
el ímpetu feroz del mahometano.

Pactada así la liga con presteza  
el rey Felipe en Nápoles y España  
á hacer y reparar naves empieza:  
creciente ardor y actividad extraña  
en los puertos se ve, no hay fortaleza  
que ya no contribuya á la campaña;  
Barcelona fabrica y bien se luce  
la capitana que á don Juan conduce.

El entusiasmo crece en los hispanos  
por humillar las fieras cimitarras  
y vengar el honor de los cristianos:  
los catalanes con sus nobles barras,  
de Oran y San Quintin los veteranos,  
los de Aragon el Betis y Alpujarras  
estallando sus iras por vengarse  
acuden á los puertos á embarcarse.

La guerra santa el huracan pregon  
por los pueblos cristianos, prepotente,  
el príncipe don Juan de la corona  
de España lleva el estandarte al frente,  
la enseña del Pontífice, Colona,  
Doria la de Veneciá, y en la gente  
de poder que conducen las galeras  
van soldados honor de sus banderas.

Allí va el general de gran valía  
Marqués de Santacruz, Leiva, Quevedo,  
Moncada, Tello, Dávalos, Megía,  
Benavides, Velazquez, Acebedo,  
el Príncipe de Parma, el Prior de Ungría,  
Laso, Mendoza, Jorge Rebolledo,  
el capitan de fama inextinguible  
Alejandro Farnesio el invencible.

Allí van Requesens, Molin, Medrano,  
Ojeda, Ibarra, el príncipe de Urbino,  
Santa Flor, el de Priego, Justiniano,  
Enriquez, Monserrat, Jordan, Orsino,  
Velasco, Osorio, Córdoba, Soriano,  
Padilla, Ortiz, y el bravo Bragadino,  
que derriba, destroza y despedaza  
cuanto encuentra su enorme galeaza.

Fuera largo citar los capitanes  
que siguiendo el honor de sus banderas  
iban con el valor de los titanes  
en cuatrocientas fustas y galeras  
buscando á los infieles musulmanes:  
mas ya que en estas páginas severas  
no quepan ni sus nombres ni su historia,  
cabrá á lo ménos su esplendente gloria.

A Nápoles el Papa les envia  
el estandarte azul que el Vaticano  
á la liga regala en su alegría:  
la Cruz divina del poder cristiano  
lleva en el centro de oro y pedrería:  
las armas del Pontífice romano  
al pié tambien, y lleva cinceladas  
las de España y Venecia entrelazadas.

Apenas al rumor del viento herido  
que en los pendones murmurando juega,  
del piélago insondable entre bramido  
á sus cantares con solaz se entrega  
el soldado valiente y atrevido  
en el descanso de su ruda brega,  
cuando la ronca voz de la bocina  
les obliga á atracar junto á Mesina.

Todo el pueblo reunido, alborotado  
cual las ondas del mar huracanadas  
esperaba en la orilla entusiasmado  
estrujándose en bruscas oleadas,  
á la armada española que enlazado  
su pendon con las armas coaligadas  
entraba al eco de marciales sonos  
de músicas, campanas y cañones.

Nunca júbilo igual, nunca alborozo  
hubo en pueblo jamás, ni recibida  
fué una nacion con tan inmenso gozo.  
Mesina entusiasmada, agradecida,  
ve con encanto á general tan mozo  
que jura por su Dios y por su vida,  
salvar la cristiandad de su querella  
ó sepultarse bajo el mar con ella.

Las naves con vistosos gallárdetes,  
las góndolas tambien engalanadas,  
músicas, fuegos, arcos y cohetes,  
las calles con follages tapizadas,  
descargas de cañones y mosquetes,  
las ventanas abiertas y colgadas  
y arrojando las damas entre aromas  
versos, coronas, flores y palomas.

Puesto al frente don Juan de aquella liga  
que asombradas miraban las naciones  
á quienes triste situacion castiga,  
da al viento sus auríferos pendones,  
su ardor guerrero con pesar mitiga,  
así como el valor de sus leones  
y al eco de su trompa atronadora  
dejan el puerto al despuntar la aurora.

Parece el mar al paso turbulento  
de tanta nave como va cruzando  
sobre su espalda á la impulsión del viento,  
un bosque que se mece y va ondulando  
sin dejar á las aguas movimiento,  
que hundidas á sus piés y suspirando  
no dejan estallar sus fieras olas  
por temor á las armas españolas.

Al frente va la altiva capitana  
haciendo sobre el mar surcos de espuma  
moviéndose ligera y soberana  
como en alas del viento leve pluma;  
don Juan, con el valor de la temprana  
edad que cuenta, con presteza suma,  
haciendo de ella inexpugnable torre  
toda la línea con afán recorre.

Mesina ve partir entre el estruendo  
de mil cañones que la mar atruenan  
las tres armadas que la mar hendiendo  
sus récias olas á la vez enfrenan,  
sus trompetas el aire estremeciendo  
con su señal el derrotero ordenan,  
conociéndose sólo las naciones  
por el vário color de sus pendones.

Cuando del sol naciente ante la lumbre  
que brotó de la noche en la tiniebla  
apenas se divisa á la vislumbre  
la armada que se pierde entre la niebla,  
el grito de la alegre muchedumbre  
el mar, el viento y los espacios puebla,  
que exclama al ver sus últimos destellos:  
¡La bendición de Dios vaya con ellos!

## PARTE SEGUNDA

---

### EL COMBATE

---

El turco sin mostrar por nada espanto  
surca con bravo ardor los anchos mares  
sin recelar en su poder quebranto;  
fija el ojo avizor en Curzolaes  
y cerca de las aguas de Lepanto  
contempla los pendones seculares  
de la armada cristiana que comprende  
que á todo remo los abismos hiende.

El número mayor de sus galeras  
alegra y entusiasmo al otomano  
que miraba triunfantes sus banderas  
y vencido á sus plantas al cristiano:  
ni sus semblantes de indomables fieras  
revelaban temor, ni su inhumano  
corazon intranquilo, palpitaba  
ante el combate á muerte que esperaba.

Va avanzando con ímpetu bravo  
sus naves por el mar, el cual atruenan  
los ecos de su rudo vocerío:  
mansos los vientos su furor enfrenan  
pareciendo que amparan al impío,  
por todas partes cánticos resuenan  
que dominan el rápido oleaje  
con los acentos de su voz salvaje.

Al ver el orden que el cristiano lleva,  
la recta formacion en pelotones  
y que anclas pronto y presuroso leva  
con sus proas bordadas de cañones,  
la gente turca por tan dura prueba  
duda pasar y opone sus razones  
al general Alí segun las cuales  
en vez de gloria les esperan males.

«Aunque yo en mis campañas nunca cejo  
porque tengo valor y fortaleza  
y en mi raza además tengo un espejo,  
inclino á vuestro ruego la cabeza  
y decidan los jefes en consejo  
si al frente del contrario no es flaqueza  
pensar en el peligro y en la suerte  
en vez de combatir con él á muerte.»

El consejo reunióse en el instante  
acordando que formen media luna  
y sigan las galeras adelante  
sin pensar en el fin de la fortuna:  
Alí se pone al frente y arrogante  
va hablando á las galeras una á una  
diciéndoles precisa hacer pedazos  
la cruz que á Cristo recibió en sus brazos.

Así avanzando va como colonia  
que flota sobre el mar alborozada,  
ejerciendo su saña en Cefalonia  
y asolándolo todo á su pasada:  
como el feroz asirio en Babilonia  
lleva la muerte en su sangrienta espada,  
y hasta la niebla que al cristiano ciega  
con él parece que se goza y juega.

Mandada la derecha por Siroco  
Virey de Egipto en línea se dilata  
caminando de frente poco á poco:  
al centro marcha Alí do se retrata  
su juvenil ardor y de ódios foco,  
á la izquierda va Ulhuch, feroz pirata  
que en su galera provocante aloja  
al terror de los mares Barbarroja.

Además otros muchos capitanes  
de extremado valor y nombradía,  
brillan en los bajeles musulmanes  
probados en la lid por su osadía  
y temidos tambien por los desmanes  
á que los lleva su codicia impía,  
por lo que siempre manchan sus historias  
y deshonoran sus timbres y sus glorias.

Lo mismo que los jefes otomanos  
en vista de lo grave del asunto,  
entraron en consejo los cristianos  
apreciando las cosas en conjunto:  
despues de discutir todos ufanos  
estuvieron conformes en un punto;  
en vencer ó morir del turco al frente  
sin que ninguno sus contrarios cuente.

La armada al divisar al enemigo  
sus alas extendió con gallardía;  
la izquierda la comanda Barbarigo,  
el bravo Doria la derecha guía,  
la batalla don Juan, el cual consigo  
lleva á Colonna y gente de valía;  
el socorro Bazan, á cuyo lado  
va de segundo el noble Coronado.

El turco caminando lentamente  
porque faltaban fuerzas á sus remos,  
al fin se pone del cristiano enfrente  
tocándose los des por los extremos:  
un cañonazo parte de su gente  
anunciando han llegado los supremos  
instantes en que Dios allí decida  
á quién la muerte da y á quién la vida.

Don Juan sobre cubierta, con las manos  
puestas sobre la cruz de Jesucristo,  
«Luchemos, dijo, aquí como cristianos  
en el nombre de Dios que nos ha visto  
emprender esta guerra como hermanos;  
si morimos en ella, ya previsto  
el galardón está, la eterna vida  
hallaremos al fin de la partida.

»Yo, el último soldado de la armada,  
el primero seré que en mi galera  
en sangre bañe mi tajante espada:  
si ellos nos viesan vacilar siquiera,  
si nos vieran morir en la jornada  
después de mancillar nuestra bandera,  
*¿Dónde está vuestro Dios? Preguntarian*  
con befas que en el alma os tocarían.

»Vosotros de lealtad claros crisoles,  
que con sangre sellásteis las edades,  
que habeis luchado bravos españoles  
con rayos y furiosas tempestades  
en siete siglos de sangrientos soles  
retando con valor adversidades:  
¿negareis á la muerte y al extrago  
que sois hijos de España y Santiago?»

Un grito de entusiasmo y de alegría  
que resonó perdiéndose á lo léjos  
por los escollos de la mar bravía  
al Príncipe aplaudió por sus consejos:  
al punto la estruendosa artillería  
ahogando al sol los límpidos reflejos  
le dijo al turco con su voz potente  
que ya estaba el cristiano frente á frente.

Admira el espectáculo grandioso  
que el golfo de Lepanto representa  
bajo el cielo más puro y luminoso,  
el sol desde el cénit claro se ostenta  
pintando el agua con su rayo hermoso  
como el iris despues de la tormenta,  
y dando el sér que la virtud imprime  
al acto aquel de religion sublime.

Paradas, sin rumor, las raudas quillas  
domadas sus soberbias altiveces,  
ochenta mil soldados de rodillas  
elevan sobre el mar á Dios sus preces:  
el sacerdote enjuga sus mejillas  
que el llanto humedeció cien y cien veces,  
y al eco de solemnes oraciones  
tributa las postreras bendiciones.

Apenas acabó, que las trompetas  
raudas sonaron con agudo toque,  
las naves entre lluvias de saetas  
al par crugieron en terrible choque:  
rotas por el cañon las escaletas  
se empiezan á incendiar sin que revoque  
la sentencia de muerte que las guía  
los ayes del herido en su agonía.

Cruge el cañon con hórrido estampido  
y avanzan á la vez lunas y cruces,  
pasan las balas con mortal silbido:  
que vomitan mosquetes y arcabuces:  
el humo en ancha nube enrarecido  
del sol oculta las brillantes luces,  
hechas pedazos saltan las entenas,  
arden bancos, trinquetes y gumenas.

Las balas sin cesar pasan barriendo  
los barcos, y la gente que va encima  
á los tiros, las voces y el estruendo  
el combate mortífero se anima.  
Don Juan á todas partes acudiendo  
con su presencia á todos los reanima;  
entre las filas del contrario se entra  
y rompe y echa á pique cuanto encuentra.

Teñidas por la sangre ya las olas  
van cubiertas de miembros hechos trizas  
de escotillas, maderos, portañolas,  
barriles reventados y portizas:  
ardiendo sobre el mar las batayolas  
amasan con el agua sus cenizas,  
y en el buque que cruge y se grietea  
cual penacho de luz arde la brea.

En medio de la muerte y la matanza,  
entre aquél espantoso remolino,  
corre Siroco y con su nave avanza  
y otras siete en revuelto torbellino  
buscando á Barbarigo en su venganza;  
cierra con él cortándole el camino,  
y á pesar de su heroica resistencia  
rompe su nave con feroz potencia.

Barbarigo resiste y se defiende  
como tigre encerrado sin salida,  
cara su vida el que sucumbe vende  
ó por lo ménos da vida por vida,  
el fuego del cañon al fin enciende  
la nave del cristiano, que partida,  
sin árbol ni timon sobre cubierta  
tiene su gente destrozada ó muerta.

Venganza Barbarigo en su agonía  
pide al ver como el alma se le sale  
tras de aquella brutal alevosía:  
acuden Porcia, el Proveedor Canale,  
Contarini con Nani y con Munguía  
y aunque Siroco á fuerzas les iguale,  
ellos con tanto ardor como fortuna  
incendian sus galeras una á una.

Cuando ve entre las llamas su galera  
que parece en el mar inmensa pira  
y rota y desgarrada su bandera;  
cuando su gente degollada mira  
y ni socorro ni favor espera,  
Siroco al agua rápido se tira  
por ver si puede libertarse á nado  
en otra nave que le preste el hado.

Al ver saltar al desalmado griego,  
que de armas y de insignias se despoja,  
Contarini tambien por la ira ciego  
trás él al mar con rapidez se arroja:  
abrasados los dos entre agua y fuego  
luchan sin compasion: hasta que roja  
el agua vése, en la que ya flotando  
la cabeza del turco va sangrando.

Quirini rinde con heróico brio  
diez galeras y al jefe que las manda,  
mientras que el fiero Uluch rinde bravío  
la de Malta, y su gente la desvanda;  
acude Santacruz y al turco impío  
que quince naves con valor comanda,  
le cerca, le arremete, le destruye,  
y la presa le arranca mientras huye.

Pertev con furia y con rencor pelea  
al eco aterrador de sus cañones,  
su nave rota por doquier chorrea  
sangre de sus osados campeones;  
Ojeda llega cuando ve que ondea  
la turca enseña y lanza sus leones  
que á los del noble Urbino se juntaron,  
y al turco y su galera sepultaron.

Malta el aragonés al ver que brilla  
la luna en un bajel, con ruda saña  
salta en él sólo, al jefe lo acuchilla,  
y dando un grito por su madre España,  
rompe, rasga, destroza y acribilla,  
llegando á tanto su valiente hazaña  
que los turcos las armas arrojaron  
y al español invicto se entregaron.

Manda la Capitana genovesa  
el príncipe de Parma que ha vencido  
la galera de Hassam que lleva presa:  
mas al luchar con otra decidido  
que rabiosa á su paso se atraviesa,  
ve en la suya de asombro estremecido  
una mujer que con audaz coraje  
rechaza al enemigo en su abordaje (1).

El príncipe tambien y los soldados  
de España, Gil y Dávalos asaltan  
la galera de Agá por los costados,  
los tres en ella valerosos saltan,  
en tanto que los turcos asustados  
de miedo y de terror se sobresaltan,  
y al verse acuchillar, llenos de heridas,  
la nave rinden al pedir las vidas.

En tanto Caracuch, turco imponente  
por su aspecto feroz y su estatura,  
lucha con su galera prepotente  
contra el jefe Cortés á quien apura:  
el capitan cristiano herido siente  
su orgullo nacional, y con bravura,  
tras el bárbaro turco que le asalta,  
espada en mano á su galera salta.

Golpe á golpe sus ímpetus desfogan,  
y rotos en sus manos los aceros,  
se arañan, y se muerden y se ahogan;  
cual tigres implacables, carniceros,  
se arrojan á la mar en donde bogan  
abrazados los dos, mientras que fieros  
buscan matarse, y como no se hieren,  
asidos como están se hunden y mueren.

---

(1) Esta mujer fué María, llamada la *bailadora*, que se batió en una galera.

En la nave de Doria, *La Marquesa*  
iba un bravo soldado de Castilla  
en triste lecho, de la fiebre presa,  
más cuando ve que el turco los humilla  
y nave y capitan con furia apresada  
salta del lecho, sube á la escotilla,  
y cada vez que su arcabuz enciende  
á cuantos turcos se presentan tiende.

A estocadas recobra su galera,  
y herido y manco al capitan socorre  
y hace la nave turca prisionera,  
sin ver su sangre que á torrentes corre:  
y esta historia inmortal que hoy se venera,  
que ni siglo ni tiempo hay que la borre,  
ha esculpido en sus páginas brillantes  
el nombre de ese bravo, el de Cervantes.

Con rencoroso afan se van buscando  
los jefes que disputan la jornada;  
Alí con cien galeras va ostentando  
la media luna en su bandera izada  
cuanto se encuentra al pasc destrozando,  
así arrasó con su sangrienta espada  
la *Patrona de Génova*, do herido  
el conde Santa Flor quedó tendido.

Por fin la enseña ve, que el viento hiende  
del príncipe Real que en aquel trance  
á la gloriosa cristiandad defiende:  
mas antes que el genízaro le alcance,  
su bandera don Juan desplega y tiende  
haciendo al punto la señal de avance  
que emprenden cual granítica muralla  
sus sesenta galeras en batalla.

Delante va la hermosa Capitana  
que el mar tranquilo recrugiendo azota,  
creyéndose del viento soberana,  
y ostentando el leon que altivo flota  
que con sus ricos timbres la engalana,  
semejando á la impávida gabiota  
que entre las olas al cruzar parece  
que el viento arrulla y que la mar la mece.

Impelidos los dos por sus deseos  
tronando sus bombardas y cañones  
que habrán de ser del vencedor trofeos,  
se embisten cual mortíferos leones;  
sujetan las dos naves con arpeos  
cruzándose á la par los espolones,  
y quedándose unidas de tal suerte  
que se separan solo con la muerte.

Amarradas así, con tal coraje  
se embisten, se destrozan y golpean,  
que las cortantes hachas de abordaje,  
hirviente sangre por doquier chorrean:  
las galeras parando el oleaje  
ni reclaman favor ni lo desean,  
sino que unidas por los férreos lazos,  
de aquel duelo saldrán hechas pedazos.

Mastiles, jarcias, remos, gallardetes,  
volando van al mar hechos astillas,  
las cubiertas las barren los mosquetes,  
al trueno del cañon saltan las quillas,  
ruedan cascos, turbantes, coseletes,  
cierran los muertos ya las escotillas,  
y á los tiros que el odio va aumentando  
salta en lluvia la sangre salpicando.

En medio de la muerte y la matanza  
á socorrer á Alí cón diez galeras  
el sanguinario Uluch corriendo avanza:  
la Real desgarradas sus banderas  
contra todos resiste en su venganza  
luchando sus soldados como fieras,  
resueltos á morir sin entregarse  
ó en el mar con su barco sepultarse.

Con cien arcabuceros Figueroa  
siembra la muerte en la enemiga nave:  
don Juan lucha tambien desde la proa  
al ver aquella situacion tan grave.  
El príncipe de Urbino, Juan Ochoa,  
el de Parma, Guzman, y cuanta cabe  
de gente en los costados del navío  
se bate allí con ímpetu bravío.

En esto á socorrer la Capitana  
con ocho naves llega el de Cardona  
y aunque de tres heridas sangre mana  
mas ¡ay! sus iras el dolor encona:  
el sargento Muñoz con alma ufana  
el lecho en que está herido lo abandona,  
mata seis turcos al primer asalto,  
pero muriendo al fin de sangre falto.

Rota la Capitana, hecha pedazos  
al número infinito va cediendo  
sembrada de cabezas, piés y brazos,  
que el hierro del cañon iba esparciendo:  
mal herido don Juan de dos saetazos  
sigue como un soldado combatiendo  
é infundiendo el valor que él mismo siente  
entre los restos de su brava gente.

El de Austria presta aliento á sus soldados  
á pesar de los muchos que le faltan,  
los que fieros, valientes, denodados,  
la galera de Alí con furia asaltan;  
hieren, matan y vuelven rechazados  
siempre que en ella vengativos saltan,  
hasta que al fin cansados retroceden  
y ante refuerzos numerosos ceden.

Enarbola don Juan las Santas Cruces  
y les dice: ¿Temeis las cimitarras  
vosotros invencibles andaluces,  
nacidos junto al Betis y Alpujarras?  
¿No teneis vuestras hachas y arcabuces?  
Esos garfios romped y esas amarras,  
y esa nave arrojad bajo las olas  
envuelta en las banderas españolas.

Y airado, audaz y con soberbio enojo  
coge el hacha con ímpetu bravío,  
exclamando al blandirla en sangre rojo:  
¿Qué ha sido Cataluña de tu brío?  
Aragon y Castilla ¿y vuestro arrojo?  
Antes que caiga bajo acero impío  
ni que rendirme á los contrarios tenga,  
el que quiera morir conmigo venga.

Y á un esfuerzo gigante, sobrehumano,  
las amarras rompió, y acometiendo  
con heróico valor espada en mano,  
iba con sangre su camino abriendo,  
que enturbiaba la faz del Océano:  
mas en medio á la lucha y al estruendo  
entre el atroz gritar se revolvía,  
como res que acorrала la jauría.

Las galeras de Alí les acometen,  
y tanta resistencia les despechan,  
y mientras más las de don Juan se meten  
con más furor las otras las estrechan;  
á la vez se avalanzan y arremeten,  
si bien las turcas á don Juan acechan,  
y envolviéndolo en círculo de fuego  
lo creen cautivo en su coraje ciego.

Suena de pronto ronca gritería,  
maldiciones sin fin, y las descargas  
cercanas de espantosa artillería,  
y aquellas horas de dolor tan largas  
que fueron para el príncipe aquel día  
y para todos por demás amargas,  
tornáronse en contento al que se entregan  
al ver las naves de Bazan que llegan.

Antes que aquella lid desesperada  
infunda en los cristianos el desmayo,  
don Alvaro Bazan lanza su armada  
en pos de la del turco como el rayo:  
«Estos son los soldados de Granada,  
los héroes descendientes de Pelayo,»  
gritaba en su furor arremetiendo  
y naves y cañones destruyendo.

Como turbion que rasga el firmamento,  
como feroz y borrascosa tromba  
que aturde el mar y que sacude el viento,  
como el ronco estallar de hirviente bomba  
que revienta con ímpetu violento  
tras sí dejando refulgente comba  
mientras los aires con sus fuegos surca,  
así se avanzan á la nave turea.

Los golpes se repiten instantáneos,  
saltan hechas pedazos las espadas,  
al rechocar en los huesosos cráneos:  
en las olas rebrincan mutiladas  
las cabezas infieles: los titáneos  
miembros con las arterias desgarradas,  
sobre las aguas temblorosos flotan  
y encima los cadáveres rebotan.

Cual trueno de flamígera tormenta  
la galera de Alí con furia carga,  
rompiéndole el fanal y palamenta,  
y arrastrando el esquife á la descarga,  
la sujeta, la asalta y pavimenta  
de muertos las crugías y la embarga  
los movimientos tal, que sin valerse  
tiene que sucumbir ó defenderse.

Atruenan los cañones estridentes,  
los mosquetes con ímpetu disparan;  
brama el viento entre llamas recrugientes,  
los golpes y el estrépito no paran:  
gritan, juran, blasfeman maldicientes  
cual si el mar y la tierra se juntaran  
y rodando bajaron al abismo  
estallando los dos á un tiempo mismo.

Las hachas, los cañones y la tea  
matan, incendian, con horrible extrago;  
se entra el mar en el barco, arde la brea,  
que forma con la sangre hirviente lago:  
Alí desesperado en la pelea  
lucha feroz, mas de su ardor en pago  
ve su muerte en la nave ya perdida,  
y se echa al mar para salvar la vida.

• Arrójase el soldado malagueño  
José de Montañés, puñal en mano,  
detrás del turco con viril empeño;  
en las olas le espera el otomano,  
luchan cual fieras, mas al cabo, dueño  
de su cabeza vil se hace el cristiano,  
que la clava en su espada cual bandera,  
volviéndose nadando á su galera.

• Muerto el jefe, la armada ya combate  
sin órden ni concierto, pero embiste  
con rudo empuje y aguerrido embate;  
la galera que muere se resiste  
y ni se rinde ni el pendon abate  
mientras con vida un musulman existe,  
solo el grito de muerte ya se escucha,  
de fiera, atroz, desesperada lucha.

En tanto avanza el capitan Torrella  
con otros valerosos catalanes,  
y en la nave de Alí la suya estrella  
humillando á sus piés los musulmanes,  
que ya cansados de la lucha aquella  
y prodigar estériles afanes  
se entregan al que tanto les acosa  
con las riquezas de su nave hermosa.

En ella al penetrar los campeones  
hijos de Cataluña y de Valencia,  
el oro lo encontraron á montones  
como causa de tanta resistencia:  
allí vieron tambien entre aflicciones  
revelando el candor de su inocencia,  
los dos niños de Alí, tiernas criaturas  
que lloraban sus tristes desventuras.

Don Juan, como una ráfaga de viento  
que barre el mar en su potente saña  
cruzando sobre el líquido elemento,  
cada choque conviérte en una hazaña;  
combate acá y allá con ardimiento,  
y al grito santo de la invicta España  
sin encontrar en su pujanza dique,  
cuántas galeras vé las echa á pique.

Venciendo y destrozando á tiempo llega  
de socorrer los huérfanos rendidos,  
con los que noble su bondad despliega,  
al verlos tan llorosos y afligidos  
les presta su consuelo y los entrega  
á cuatro caballeros escogidos  
que cuiden de ellos en su propia nave,  
hasta que el riesgo de la lucha acabe.

Aún las naves de Uluch, feroz pirata,  
as del valiente Doria contrarestan,  
que lucha allí contra la suerte ingrata  
con las pocas galeras que le restan.  
Este, intrépido rompe, hiere, mata,  
y tanto los dos jefes se detestan,  
que al fin para acabar sin entregarse  
en duelo personal quieren matarse.

Mas antes que consuman la venganza  
á que aspiran los dos con tanto brío,  
don Juan acude y denodado lanza  
sus cien cañones contra el turco impío:  
envuelto entre la sangre y la matanza  
el fiero Uluch revuélvese bravío,  
buscando sepultar en su odio insano  
con su nave en el mar la del cristiano.

Cuando Uluch que le ataca con desprecio  
creyéndole vencido y su cautivo  
contempla de la lucha en lo más recio  
llegar triunfante el estandarte altivo  
del príncipe Real, su orgullo nécio  
compite con su espíritu agresivo,  
y en pié sobre un cañon de su galera  
provoca á Doria y á don Juan espera.

Este con sus galeras, arrogante  
echa á pique los tres que al paso encuentra:  
Santacruz por la izquierda entra triunfante,  
y Doria por el centro tambien entra:  
el turco acorralado, en tal instante  
las naves que le restan reconcentra,  
y en tanto que se sigue defendiendo  
deja á los suyos del combate huyendo.

Cuando el turco escapó, ya sus bajeles  
de toda resistencia desistieron  
entregándose muchos á los fieles  
mientras á Maura los demás huyeron  
perdidas sus riquezas y laureles;  
otros rajados en el mar se hundieron,  
dejando entre las olas que se abrian  
círculos de la sangre que vertian.

Desechas ó rendidas las galeras;  
los cautivos remeros rescatados;  
rasgadas en girones las banderas;  
sus generales muertos ó apresados;  
sus armas convertidas en hogueras;  
sus cañones ó rotos ó clavados:  
sólo se oye el chasquido del que boga  
ó el grito aterrador del que se ahoga.

Causa horror ver las olas sangrentadas  
cubiertas de despojos palpitantes;  
unos gritan ahogándose, crispadas  
manos y piernas; otros jadeantes  
se abrazan á los muertos: mutiladas  
cabezas sin los cuerpos van flotantes;  
diciéndole al cristiano en su victoria  
que ha comprado con lágrimas su gloria.

Rugiente el huracan rompe y destronca  
las galeras que arrastra en sus silbidos  
ruge la tempestad, áspera y ronca,  
rodando en los espacios sus bramidos:  
la mar tonante, rebatida y bronca  
sacude entre las olas los heridos  
cadáveres sangrientos que se agitan,  
y en la postrera convulsion palpitan.

Allí bajo la fé de sus pendones,  
que antes jurara su conciencia pura  
ensanchando sus grandes corazones,  
cayeron sin dolor, mas con bravura,  
valientes y cristianos campeones,  
que al hallar en el mar su sepultura  
escribieron con sangre de sus pechos  
sus martirios, sus nombres y sus hechos.

Don Juan cuando se ve sin enemigos  
el júbilo del alma le enagena,  
ante el mar y los cielos por testigo  
llama á su gente cuyo ardor enfrena,  
y corren á buscar puertos amigos  
ante la horrible tempestad que truena,  
y en rayos y centellas estallando  
parece que va el triunfo celebrando.

Mas antes de partir, don Juan reuniendo  
los jefes todos en amigos lazos,  
por naciones los iba recibiendo  
estrechándolos todos en sus brazos,  
y el pendon del Pontífice estendiendo  
hecho trizas á tiros y saetazos  
dijo: ¡Valientes, tan heróica hazaña  
es digna de vosotros! ¡Viva España!

Y en el instante aquel dobla la frente  
y ante los brazos de la cruz divina,  
cae de rodillas con su brava gente  
que al rezar la oracion tambien se inclina;  
y al demostrar su gratitud ferviente  
pide al Dios que sus glorias ilumina,  
que á sus hermanos dé bajo su manto  
tumba santa en las aguas de Lepanto.

Así acabó bajo el poder cristiano  
el encono cruel del turco fiero  
que quiso hollar el pabellon hispano,  
que asombro fué del universo entero:  
allí su furia al ejercer tirano  
halló en su odioso y criminal sendero,  
que España al maldecir de su deshonra  
sabe vencer ó sucumbir con honra.

Bajo el pendon católico esplendente  
que alzó en sus naves valerosa España,  
la fama del genízaro insolente  
cayó en Lepanto en colosal campaña:  
allí acabó bajo la fé creyente  
ignominiosa su pujante saña,  
que barrió las naciones cual galerna  
al soplo vil de su ambicion eterna.

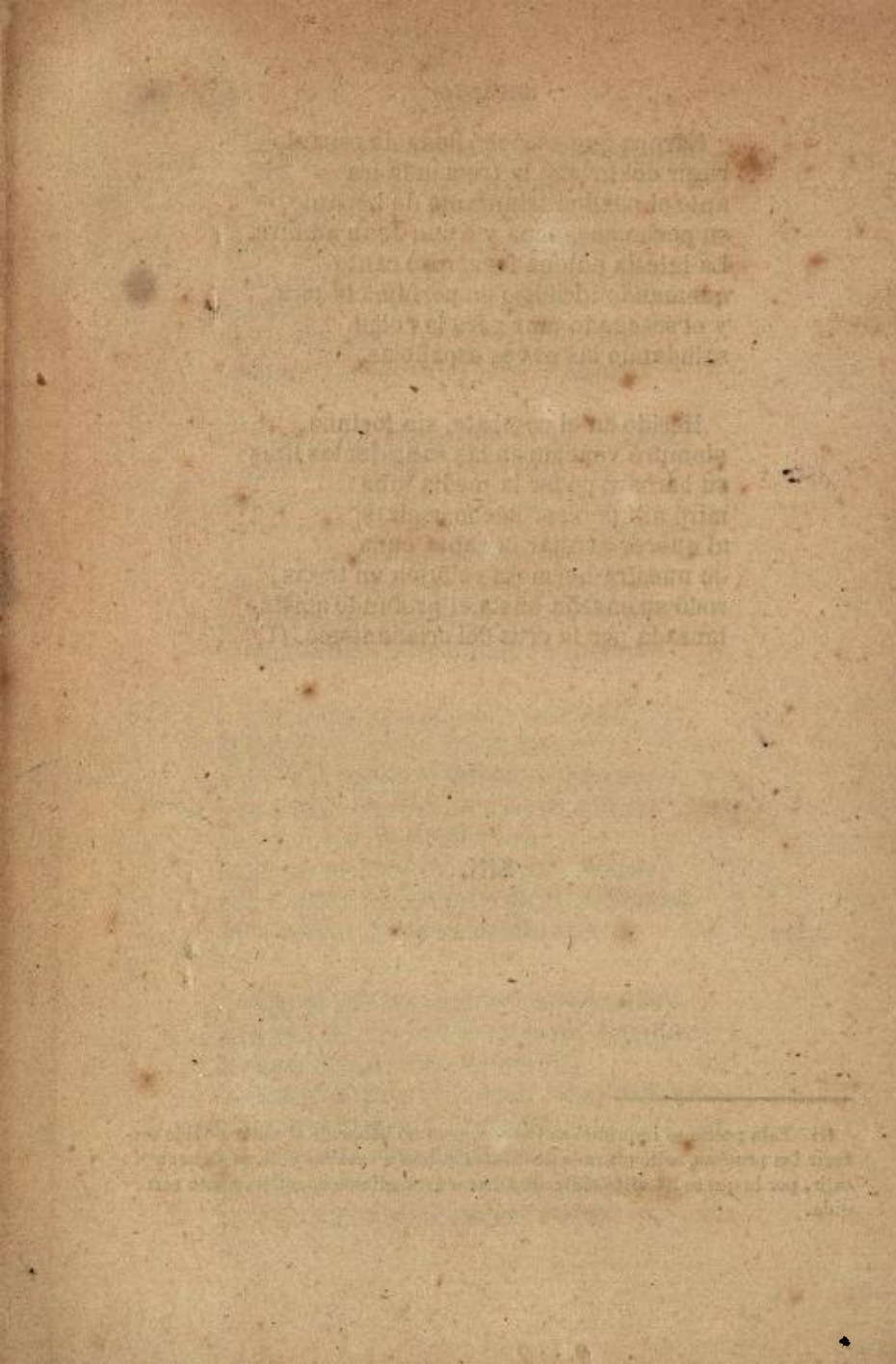
Europa que escuchó llena de espanto  
rugir del griego la tremenda ira  
ante el pendon triunfante de Lepanto,  
su pecho ensancha y á don Juan admira.  
La iglesia entona fervoroso canto  
quemando incienso en perfumada pira,  
y el sosegado mar pára las olas  
saludando las naves españolas.

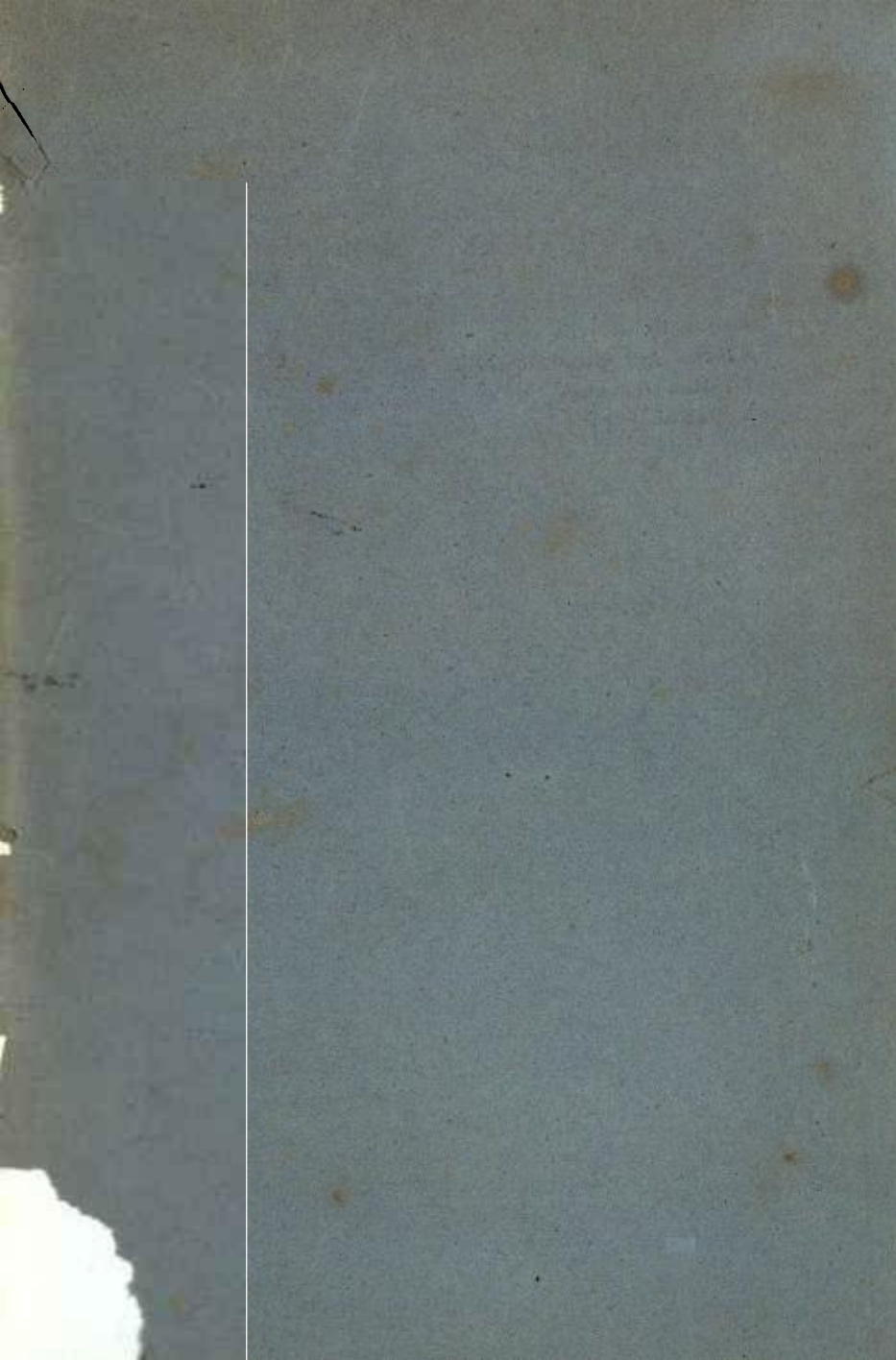
Herido en el combate, sin fortuna,  
siempre vencido en las sangrientas lizas  
su bárbaro poder la media luna  
miró allí perecer hecho cenizas:  
al querer arrojar la santa cuna  
de nuestra hermosa religion en trizas,  
rodó su enseña hasta el profundo abismo  
lanzada por la cruz del cristianismo. (1)

FIN.

---

(1) Esta poesia se imprimió en Geroná, pero no habiendo el autor podido corregir las pruebas, salió plagada de erratas y hasta octavas enteras dejaron de salir, por lo que se ha visto obligado á hacer esta edicion completamente corregida.





## OBRAS DEL MISMO AUTOR

---

**Hojas de laurel**, poesías premiadas, 3 pesetas.

**Flores del Guadalquivir**, poesías y leyendas, 5 pesetas.

**Medina Azzahrá**, leyenda horiental, una peseta.

**Lepanto**, poema, una peseta.

---

Los pedidos se dirigirán á Victoriano Suarez, calle de Jacometrezo, 72, ó á las librerías de Fé, San Jerónimo; Gaspar y Martinez, calle del Príncipe; San Martin, Córdoba y Rosado, Puerta del Sol; Guño, Arenal; Guijarro, Preciados. Leocadio López, Cármen; Murillo, Alcalá; Moya y Cuesta, Carretas y otras.

CÓRDOBA, García Lobera.

SEVILLA, Fé.

BARCELONA, Perera y Espasa.





